

CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



TU ERES PEDRO

BALMES Y DONOSO CORTÉS

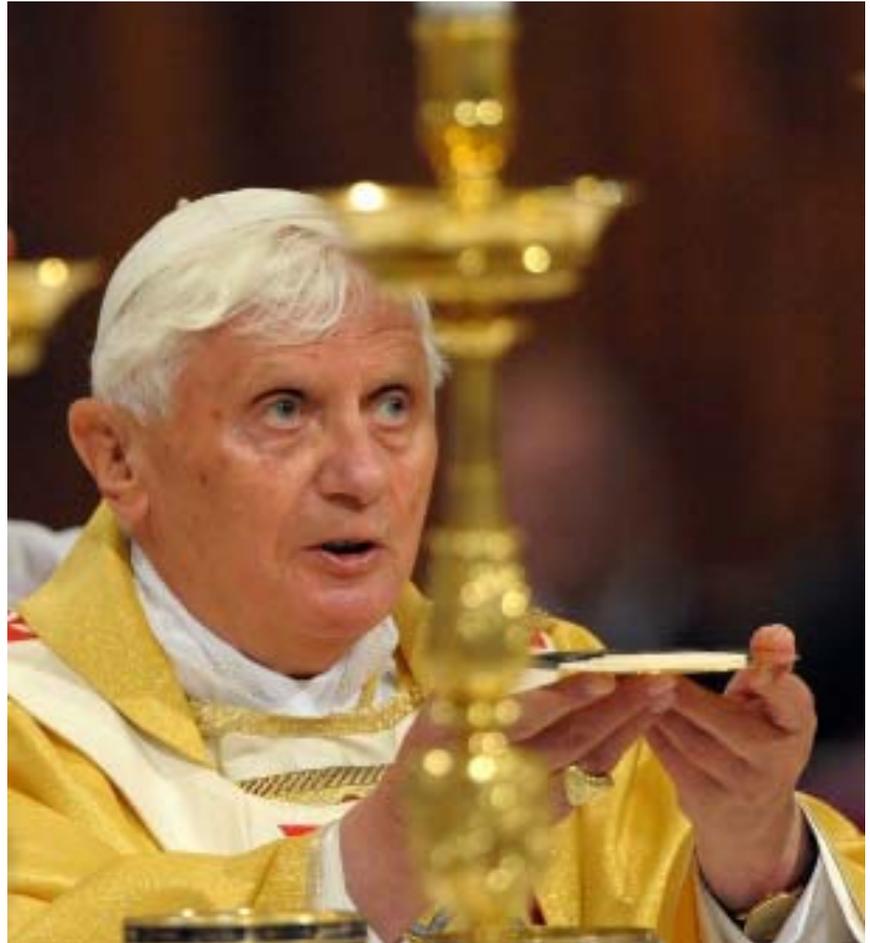
La religiosidad
de la nación
española

Consideraciones
en torno
a la familia

La carta
al cardenal
Fornari

El «Ensayo»

La Virgen de los
últimos tiempos



«En este año dedicado a los sacerdotes, os propongo de forma especial la figura de san Juan María Vianney, que comprendió tan profundamente el misterio del sacerdocio... El Cura de Ars entendió perfectamente la gran bendición que supone para una comunidad un sacerdote bueno y santo: «Un buen pastor, un pastor según el corazón de Dios, es el tesoro más grande que el buen Dios puede conceder a una parroquia, y uno de los dones más preciosos de la misericordia divina». Que por la intercesión de san Juan María Vianney se revitalice el sacerdocio en Irlanda y toda la Iglesia en Irlanda crezca en la estima del gran don del ministerio sacerdotal.»

Año LXVII- Núm. 946
Mayo 2010

Benedicto XVI: Carta a los católicos de Irlanda
(19 de marzo de 2010)

Sumario

Tú eres Pedro <i>Josep Maria Mundet</i>	3
Homilía del cardenal Bertone en la beatificación de Josep Tous	4
Josep Tous i Soler (1811-1871)	6
Biografía de Jaime Balmes <i>Montserrat Prevosti</i>	7
La religiosidad de la nación española, según Balmes <i>Francesc M^a Manresa i Lamarca</i>	9
Consideraciones en torno a la familia, según Balmes <i>Filo De La María</i>	13
Releyendo «El Criterio», de Balmes <i>Miguel Alsina</i>	15
Biografía de Juan Donoso Cortés <i>Montse Serra</i>	18
«De cómo en toda gran cuestión política va envuelta siempre una gran cuestión teológica» <i>Luis Cuesta Cuesta</i>	20
La carta al cardenal Fornari <i>Luis Tomás García</i>	23
«La mort de Balmes» <i>Mn. Jacint Verdaguer</i>	28
A Cristo por María La Virgen María en los últimos tiempos <i>Ramón Gelpí</i>	30
El padre Agustín de Cardaveraz, recordado en la revista «Cristiandad» <i>Ignacio M^a Azcoaga Bengoechea</i>	34
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	36
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	37
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	38
Hemos leído. <i>Aldobrando Vals</i>	41
Hace 60 años. J.M.M.G.	43

RAZÓN DEL NÚMERO

EL próximo 28 de agosto se cumplirá el doscientos aniversario del nacimiento de Jaime Balmes, y el 6 de mayo de 2009, ahora hace un año, celebrábamos el segundo centenario del nacimiento de Juan Donoso Cortés. CRISTIANDAD ha hablado de ellos con alguna frecuencia, como dos de las figuras más importantes del siglo XIX español. Hoy queremos insistir, porque sus escritos tienen un valor impercedero y sus juicios sobre la Revolución son de los más clarividentes que ha dado la literatura contrarrevolucionaria. Pero aunque el resultado es parecido, los caminos que siguen son distintos.

Balmes es un «político». En cuanto termina la primera guerra carlista se lanza a la palestra: escribe y publica, viaja, funda periódicos, traza planes de fusión dinástica, siempre con la mirada puesta en la situación de España, dividida entre carlistas, moderados y progresistas; y con la Iglesia perseguida, sin pastores, ahogada por los sucesivos gobiernos. Sus escritos políticos son como crónicas de actualidad que ponen de manifiesto el itinerario de la Revolución, el camino lento de los moderados y el atajo de los progresistas. Página a página, la «vía española» de la Revolución quedará al descubierto para siempre de manera diáfana. Precisamente, uno de los temas presentes en su obra será la política antirreligiosa de los gobiernos liberales: la desamortización, la expulsión de los religiosos, como el padre Tous, cuya beatificación hemos celebrado el pasado mes de abril y de la que nos hacemos eco en estas páginas.

Donoso es distinto; es un «converso» de la política. Después de unos años al servicio de la política isabelina moderada, en vísperas de la Revolución de 1848, decide seguir «nuevos derroteros y rumbos». Su blanco no serán las maniobras de la Revolución española, sino la Revolución en sí, como el virus que intenta penetrar en la Iglesia y en la sociedad, con una visión ya muy clara de lo que representarían el socialismo y el comunismo. Su *Ensayo*, su *Carta al cardenal Fornari*, sirven el antídoto contra el veneno.

Para aprovechar su legado hay que evitar algunos graves errores de perspectiva que tergiversan sus figuras. Uno de los errores es hacer de Balmes un «moderado», un término medio, un «juste milieu», entre la derecha y la izquierda, y así ha servido en España para justificar políticas contrarias a la auténtica tradición. Y Donoso Cortés no fue un epígono de los tradicionalistas franceses. Es cierto que en un primer momento recibió su influencia pero después el impacto del *Ensayo* sobre el grupo de *L'Univers* fue mayor que el recibido de él. Tampoco es, como quería Carl Schmitt, uno de los padres de la teoría de la dictadura. Para complementar los textos del presente número, recomendamos vivamente la lectura del número 229, de 1 de octubre de 1953, dedicado a Donoso Cortés, en especial el artículo de Francisco Canals Vidal, «Donoso Cortés en Francia».

Finalmente, pero en el lugar más destacado, expresamos nuestra incondicional adhesión al sucesor de san Pedro, Su Santidad Benedicto XVI, primado de la Iglesia universal.

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2^a
Redacción: 93 317 47 33
Administración y fax: 93 317 80 94
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: regnat@telefonica.net

Imprime: Campillo Nevado, S.A. - D.L.: B-15860-58

Tú eres Pedro

Las denuncias y lamentaciones por los casos de pederastia protagonizados por sacerdotes y religiosos han llenado las páginas de los periódicos y las pantallas de la televisión en las últimas semanas. Es un tema gravísimo por diversos conceptos. Lo es el hecho en sí mismo, porque al pecado del causante se añaden el daño infligido a la víctima y la llaga abierta en el cuerpo de la Iglesia, como ocurre siempre que lo más relevante del autor de un escándalo es su condición de católico; y lo es porque con demasiada frecuencia las denuncias y lamentaciones parecen obedecer más al deseo de dañar el crédito de la Iglesia que al objetivo de buscar el bien de las víctimas y de evitar nuevos casos. Algunas honrosas excepciones en la prensa han puesto de manifiesto el carácter unilateral e intencionado de las denuncias y de la campaña mediática. CRISTIANDAD no se ha ocupado del tema de la pederastia. Podría hacerlo, porque todo en este mundo es susceptible de ser mirado *sub specie aeternitatis*, y por supuesto el mal, el pecado, la tentación, la infidelidad a la vocación, o la imprudencia de los pastores. Pero CRISTIANDAD aspira a algo más: no sólo cree que es posible, sino que es necesario mirarlo todo, y en especial lo que atañe al bien y al orden de las cosas, desde una perspectiva sobrenatural.

Desde esta perspectiva sobrenatural se pueden escrutar las causas de que esta peste esté tan extendida entre la sociedad, porque todos sabemos –todos saben– que el porcentaje de casos atribuibles a sacerdotes y religiosos es una mínima parte de los que se producen. Y la extensión del mal no excusa a ninguno de los culpables, pero también acusa a quienes han llevado a la sociedad al presente caos en el que se ha perdido el sentido del pecado, en el que es delito la pederastia, la violencia de género y –todavía– algunos supuestos de aborto, pero en el que todo lo que subyace en ello es visto como un avance social: la permisividad sexual, la destrucción de la familia, la pornografía... Tampoco es extraño que aún hoy en algunos colectivos se siga reivindicando, como un signo de libertad, la pederastia, aunque esta palabra nefanda quede escondida.

Mirar las cosas sobrenaturalmente nos debe ayudar a no turbarnos –aunque nos lamentemos amargamente– por la presente situación o por cualquier otra semejante. Todos estamos sujetos a las tentaciones: los célibes y los casados, los sacerdotes y los laicos, los católicos y los que no lo son, pero todos tenemos las mismas armas para defendernos: la oración, la vida austera, la confianza en Dios. La mayor o menor responsabilidad, la magnitud del pecado, la juzgará este mismo Dios. Todo está en los Evangelios: la tentación, el pecado, el perdón, el castigo...

En la Carta a los obispos de Irlanda, del pasado 19 de marzo, el papa Benedicto XVI ha afrontado con valentía el problema de la pederastia, ha denunciado el mal, ha descrito sus causas, y ha enumerado las medidas pastorales y de gobierno que deben tomarse para que sea erradicada del presbiterio. El Papa ha mirado esta lacra desde una perspectiva sobrenatural.

«La Iglesia, enriquecida con los dones de su Fundador, observando fielmente sus preceptos de caridad, de humildad y de abnegación, recibe la misión de anunciar el Reino de Cristo y de Dios, de establecerlo en medio de todas las gentes, y constituye en la tierra el germen y el principio de este Reino», definió el Concilio Vaticano II (LG, 5). Pero el Maligno opera contra la Iglesia buscando su desprestigio para que esta presencia de Dios en el mundo, anuncio de su Reino, quede aislada de los hombres, y para ello encuentra aliados en los campos de la política, la cultura, la ciencia... Jesucristo prometió que las «puertas del infierno» no prevalecerían sobre ella, y esta promesa está unida al primado de Pedro: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no podrán contra ella. Te daré las llaves del reino de los cielos, y cuanto atares sobre la tierra, quedará atado en los cielos...» (Mt 16,18-19).

La misión de apacentar a la Iglesia encomendada al Papa le convierte en el blanco de los ataques de quienes quisieran erradicar cualquier signo de la presencia de Dios en el mundo, y en especial de aquella institución a través de la cual Dios nos llama a todos a su regazo. Por eso debemos ver en el Papa al sucesor de Pedro, al representante de Cristo en la tierra, para que su título de primacía, su misión de confirmar en la fe a todos sus súbditos, sea plenamente eficaz y confunda a los enemigos de Dios.

En 1945, el padre Orlandis, en un artículo en esta revista titulado «Sobre la actualidad de la fiesta de Cristo Rey», escribió: «Esta es la necesidad más urgente de nuestro tiempo: sobrenaturalizarlo todo, incluso el Romano Pontífice. Esta vida sobrenatural es la que trae consigo el reinado de Jesucristo; esta es la que implora sin darse cuenta la indigencia de nuestro tiempo, esta es la que reclama el alma de nuestra sociedad». La actual situación hace plenamente vigentes las palabras del padre Orlandis.

En estas circunstancias, los redactores de CRISTIANDAD expresamos a Su Santidad Benedicto XVI nuestra filial adhesión y la promesa de nuestras oraciones en su tarea de regir y defender a la Iglesia.

JOSEP MARÍA MUNDET
Director

«Pasó por la vida haciendo el bien, como su Señor, y dispensando “paz y bien”, como su maestro y padre en el espíritu, san Francisco de Asís»

Homilía del cardenal Bertone en la beatificación de Josep Tous

(Santa María del Mar, Barcelona, 25 de abril de 2010)

Señor Cardenal Arzobispo de Barcelona,
Señor Cardenal Arzobispo emérito,
Venerables Hermanos en el Episcopado,
Queridos sacerdotes y consagrados,
Hermanas Capuchinas de la Madre del Divino
Pastor,
Queridos hermanos y hermanas

En este domingo llamado del Buen Pastor, y señalado en la Iglesia como la Jornada de oración por las vocaciones, tenemos la alegría de elevar a la gloria de los altares al capuchino padre José Tous y Soler, que con su consagración religiosa y su ministerio sacerdotal supo dar realce a la presencia viva de Cristo en todos los tiempos, y que se entrega a los hombres para que tengan la vida eterna.

Es una celebración que tiene lugar en esta bellísima basílica de Santa María del Mar. Propiamente hablando, es la primera beatificación que se celebra en esta ciudad desde el siglo XII, aunque la archidiócesis ya tuvo el gozo de ver beatificado otro sacerdote el pasado veintitrés de enero, el doctor José Samsó y Elías, mártir de Cristo, gran catequista y párroco de la basílica de Santa María, en la ciudad de Mataró.

Desitjo fer-vos arribar la proximitat del Papa Benet XVI, i trametre a tots la seva benedicció, tot esperant que ell mateix pugui manifestar-vos el seu afecte directament aquest mateix any, quan visiti Barcelona, per consagrar el magnífic temple de la Sagrada Família. [Deseo haceros llegar a todos la cercanía del papa Benedicto XVI, y transmitir os su bendición, en espera de que él mismo pueda expresar os su afecto directamente este año, en su visita a Barcelona, para consagrar el admirable templo de la Sagrada Familia.]

La disposición de celebrar las beatificaciones en las Iglesias locales ofrece la oportunidad de situar estas ceremonias muy cerca de los lugares y ambientes en que vivieron aquellos siervos de Dios, que se proponen a la imitación de todos los cristianos. En ellos se guarda su recuerdo y se los siente más cercanos, como uno de nosotros que nos sigue animan-

do a la santidad.

Así, la ciudad de Barcelona, y esta misma iglesia dedicada a Santa María, en el popular barrio de la Ribera, nos habla del sacerdote y capuchino José Tous, que hoy es beatificado. En esta basílica ejerció su ministerio sacerdotal, como beneficiado, entre los años mil ochocientos cuarenta y tres y mil ochocientos cuarenta y cinco, y es una bella coincidencia en este Año Sacerdotal el que un virtuoso capuchino y un sacerdote secular sean beatificados precisamente donde ejercieron el ministerio sagrado.

Hay también en este lugar algo que no sólo nos habla de hechos pasados, sino que es como un eco de la espiritualidad y la vida del nuevo beato. Esta basílica gótica conserva toda la esbeltez y belleza de su estructura arquitectónica, pero al visitante atento no se le ocultan las heridas de este bello templo de Santa María del Mar, por incendios, persecuciones y otras circunstancias adversas. Y, no obstante, a pesar de todos estos avatares, sigue cumpliendo su cometido esencial de acoger al Pueblo de Dios, para celebrar su culto de alabanza a Dios y su compromiso de vida de caridad y fraternidad entre todos.

La vida del padre Tous fue también una vida llena de pruebas y dificultades, externas e internas, como la delicada salud que le acompañó siempre. Pero él, en medio de las adversidades y cruces, fue haciendo su camino y dando frutos de virtudes cristianas heroicas. Por eso, a él le podemos aplicar, con el gozo de la pascua cristiana, estas palabras que un anciano dice al autor del libro del Apocalipsis, y que hemos escuchado en la segunda lectura: «Estos son los que vienen de la gran tribulación, han lavado y blanqueado sus mantos en la sangre del Cordero. Por eso están ante el trono de Dios dándole culto día y noche en su templo» (Ap 7,14-15).

No faltaron ciertamente tribulaciones en la vida del padre Tous. Aunque arrancado de la vida claustral, por las disposiciones civiles de su tiempo, logró ser en todo momento de su vida un fiel cumplidor de las observancias de la espiritualidad fran-



Josep Tous i Soler

ciscana y de la Orden capuchina. Nunca se dejó vencer por la amargura o el resentimiento, ni conocemos reproches o ataques contra quienes le impedían seguir su primera vocación de capuchino. Fue un hombre de una caridad exquisita, con una gran capacidad para soportar y comprender las deficiencias de los demás. Numerosas situaciones en su vida muestran también su gran disponibilidad para la acogida y el perdón. Se dice de él que nunca dejó a nadie agraviado. Realmente, pasó por la vida haciendo el bien, como su Señor, y dispensando «paz y bien», como su maestro y padre en el espíritu, san Francisco de Asís.

En este Año sacerdotal, al que el Papa ha dado como lema «Fidelidad de Cristo, fidelidad del sacerdote», el beato José Tous nos ofrece un alto ejemplo de fidelidad. Y nos invita a todos a vivir esta fidelidad a Cristo, nuestro Buen Pastor, en el momento presente, en el que tampoco faltan dificultades. A este respecto, qué actuales resultan aquellas palabras suyas que son como un lema de vida: «Aunque todo sea oscuro, hay que ser siempre fiel. Fiel a Dios y fiel a los hombres». Así lo hizo él. Por eso, también hoy es modelo para sacerdotes, para religiosos y religiosas, y para todos los fieles cristia-

nos. El buen padre Tous nos exhorta a «ser fieles al favor de Dios», como lo hicieron Pablo y Bernabé a aquellos primeros cristianos de Antioquía de Pisidia, según hemos escuchado en la primera lectura.

Así pues, seamos fieles a la fe y pongamos toda nuestra confianza en Dios, como reza el lema escogido para esta beatificación: «Fe y confianza en Dios»; una fe que se expresa en la confianza, porque se cree en Dios en la medida en que se confía en él; una confianza que se concretiza y se hace forma de vida cuando se recurre a Dios en la oración, se participa asiduamente en la misa dominical, se frecuentan los sacramentos y se practica la caridad. De este modo, se ha forjado el alma más genuina de esta tierra de santos, y el padre Tous nos lo recuerda hoy, en unos momentos en que la indiferencia religiosa o el sentido relativista de la vida alejan a tantos de la rica identidad cristiana transmitida de generación en generación.

El beato padre Tous ayudó con su ejemplo de vida y apostolado a forjar esta identidad, y es un preclaro exponente de la misma, pues «pasó haciendo el bien» especialmente allí donde veía más necesidad. Él sentía mucha predilección por la infancia y la juventud más desfavorecida de su tiempo, sobre todo por la juventud femenina, que en aquel momento histórico no podía acceder a la formación humana y cristiana. Por eso, dedicó todos sus esfuerzos a la fundación de una congregación dedicada a la educación integral de estas jóvenes. Y él mismo intervenía en la instrucción de las niñas, utilizando historias, parábolas y narraciones de los santos más populares en sus comarcas, adaptándose así al lenguaje, a la capacidad de comprensión y al ambiente más familiar de la infancia.

Comenzó su obra, la fundación de las Hermanas Capuchinas de la Madre del Divino Pastor, con la ayuda de tres jóvenes, a las que dirigía especialmente en una iglesia situada entonces muy cerca de aquí, en la parroquia de San Francisco de Paula, a la que estaba adscrito por decisión de su obispo. Recordemos sus nombres: Isabel Jubal, Marta Suñol y Remedio Palos y Casanova. Los medios de que disponía eran muy escasos, pero su confianza en Dios era grande. Y así nació su obra, que hoy enriquece con su carisma y su misión diversas partes de España y varios países latinoamericanos. Quienes han venido desde tan lejos para esta ocasión, muestran el alcance sin fronteras del proyecto que Dios puso en el alma del padre Tous.

Este tiempo pascual, en que la comunidad cristiana se goza de la presencia de Cristo resucitado entre los suyos, como fuente de esperanza, nos invita también a contemplar la gloria final, a mirar a esa «muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del

trono y del Cordero» (Ap 7,9), es decir de Cristo resucitado, y en la cual vemos también al amado padre Tous. Aunque peregrinos, ya pregustamos en este mundo esta realidad en la liturgia, como expresa bellamente el Apocalipsis: «El que se sienta en el trono acampará entre ellos [...]. El Cordero que está delante del trono será su pastor, y les conducirá hacia fuentes de aguas vivas» (Ap 7,15-17).

Queridas hermanas capuchinas de la Madre del Divino Pastor, con esta firme esperanza, seguid fielmente vuestro carisma, que la Iglesia os propone nuevamente con la beatificación del fundador. Sed comunicadoras de vida y misioneras de Cristo. Hacedlo todo con aquella «sabiduría del corazón» que mostró siempre el padre Tous, en especial cuando os propuso esta sabia norma: «Enseñad más con amor de madres que con rigor de maestras». Las madres educan desde el amor desinteresado, con constancia, con esperanza y con alegría. Y, en esta Jornada mundial de oración por las vocaciones, pidamos al Señor que llame a muchas a vivir el carisma y compartir la misión que el padre Tous os ha confiado.

La vostra terra ha estat fecunda de sants i santes en el passat, i avui s'afegeix, com un nou rebrot, el pare Josep Tous. Com ha dit el papa Benet XVI, "els

sants són els veritables portadors de llum en la història, ja que són homes i dones de fe, d'esperança i de caritat" (Deus caritas est, 40). *Que la seva intercessió sigui font de tota classe de béns, espirituals i materials, de santedat i de gràcia, de pau i de justícia, de convivència serena i constructiva per a aquesta estimada terra i per a tot el món.*

Poso les vostres esperances en mans de la Benaurada Verge Maria, Mare del Diví Pastor, com ho faré demà als peus de la imatge de la Mare de Déu de Montserrat, patrona dels bisbats catalans. [Vuestra tierra ha sido fecunda en santos y santas en el pasado, y hoy añadimos, como nuevo retoño, al padre José Tous. Como ha dicho el papa Benedicto XVI, «los santos son los verdaderos portadores de luz en la historia, porque son hombres y mujeres de fe, esperanza y caridad» (Deus caritas est, 40). Que su intercesión sea fuente de toda clase de bienes, espirituales y materiales, de santidad y de gracia, de paz y de justicia, de convivencia serena y constructiva para esta querida tierra y para todo el mundo.

Encomiendo vuestras esperanzas a la Santísima Virgen María, Madre del divino Pastor, como lo haré mañana ante la imagen de Nuestra Señora de Montserrat, patrona de las diócesis catalanas.]

Josep Tous i Soler (1811-1871)

EL beato José Tous nació en Igualada (Barcelona), en el seno de una piadosa familia y fue el noveno de doce hermanos. A los 17 años ingresó en el convento de los padres capuchinos de Sarrià (Barcelona). Aquí se distinguió por su piedad y en especial por su fidelidad al espíritu franciscano y por su devoción a la advocación mariana de la Divina Pastora. En 1834 fue ordenado sacerdote y destinado al convento de Santa Madrona de Barcelona.

En julio de 1835, en pleno proceso de desamortización, las turbas incendiaron varios conventos y monasterios, especialmente en Barcelona, pero también los de Poblet, Santes Creus y Ripoll. Cerca de veinte frailes fueron asesinados. Las comunidades debieron huir y dispersarse. Josep Tous –fra Josep d'Igualada– pasó un tiempo en Italia y más tarde se instaló en Toulouse, donde se encargó de la asistencia religiosa a un convento de monjas benedictinas.

En 1843 pudo regresar a Barcelona, pero como simple sacerdote porque las órdenes religiosas están prohibidas. Promueve la devoción a la Eucaristía y a la Virgen María como madre del Buen Pastor y funda una asociación piadosa: la Asociación de Doncellas de la Niña y Mártir Santa Romana.

Pero Tous ve también los peligros que acechan a

la infancia y a la juventud ante la amenaza de la descristianización de la sociedad y de la falta de formación, sobre todo en las familias sin recursos, y funda, junto con las jóvenes Elisabet Jubal, Marta Suñol y Remei Palos, una congregación de terciarias capuchinas dedicadas a la enseñanza; son las «Hermanas Capuchinas de la Madre del Divino Pastor». Les rige una adaptación de la Regla de santa Clara y de las clarisas capuchinas de Maria Àngela Astorc. La primera escuela será la de Ripoll, creada en 1850, para expandirse con el tiempo por España y el continente americano. El beato Tous se une así al numerosísimo grupo de catalanes, muchos de ellos beatificados o canonizados, que en el siglo XIX recibieron la llamada de Dios a fundar obras educativas y asistenciales.

No le faltaron dificultades en el nacimiento y crecimiento de la nueva congregación. Pero todo lo sufrió en silencio, con humildad, ejerciendo la virtud de la prudencia y con una intensa vida de oración.

El 27 de febrero de 1871, en plena celebración de la misa, en la capilla del colegio de Barcelona, y instantes antes de la Consagración, Josep Tous cayó muerto. El pasado 25 de abril sería beatificado en la iglesia de Santa María del Mar de Barcelona.

BIOGRAFÍA DE JAIME BALMES

MONTSERRAT PREVOSTI

NACIÓ en la ciudad de Vic el 28 de agosto de 1810, fecha que coincidió con la guerra de la Independencia, en el seno de una familia católica de nueve hijos, donde la severidad, la inflexible norma de conducta y la impasible mirada ante el discurrir de las cosas eran la base para la buena educación. Sus padres se llamaban Jaime, curtidor de oficio, y Teresa. Tal era la aparente sequedad de su madre, que sus hijos jamás recibieron un solo beso de ella, pero a la vez escondía una entrega de ternura y piedad que mostraba llevando cada día a sus hijos a la iglesia. Ya desde niño, el futuro filósofo estaba encomendado al gran pensador santo Tomás de Aquino, pues su madre le tenía especial devoción, aunque más tarde él diferiría en algunos puntos de su doctrina.

Fue bautizado el mismo día de su nacimiento, comulgó por primera vez a los siete años y con la misma edad entró en el seminario. Ya en esa época era un niño de aventajada inteligencia y aficiones poco corrientes para su edad; fue convirtiéndose en una persona estudiosa, meditativa y meticulosa.

El contexto histórico que se vivía en las primeras décadas del siglo XIX selló también el aire que se respiraba en aquella familia. La invasión de los franceses, los crímenes cometidos por los soldados napoleónicos, las luchas de los españoles, etc. serían frecuentes temas de conversación y preocupación.

Sus primeros tres años en el Seminario estudiando latín pusieron al descubierto, según refiere el biógrafo Manfredi, tres rasgos muy característicos suyos: su ambición por el saber, el querer ser el primero entre los primeros y su rigidez a no dejarse intimidar para poder mantener una conducta fiel a su pensamiento.

A los estudios de latín le siguieron dos años de retórica, tres de filosofía y uno de teología. Durante este tiempo no fue nunca reprendido por sus profesores por faltas de disciplina o tibieza. Su territorio se limitaba a su casa, la iglesia, el colegio y la biblioteca del Palacio Episcopal. Posiblemente su única distracción era la estrecha relación que mantenía con su hermano Miguel, con el que gustaba de hablar, reír y divertirse.

Ya desde muy joven tenía ansia por la lectura de buenos libros, los cuales meditaba largos ratos dejando la habitación a oscuras para hacer rendir el cerebro y llegar finalmente a alguna conclusión. Lo mismo hacía en las conversaciones cuando le surgía alguna duda o le llamaba algo la atención, se paraba unos instantes para meditarlo o grabarlo en su memoria para el posterior estudio.

Tanto se entregaba a los estudios que no quiso

meterse en temas políticos ni participaba en actos de protesta contra el invasor como hacían los demás estudiantes. Ya en su adolescencia Balmes vio derribar imágenes, cerrar conventos e iglesias e incluso el asesinato del obispo.

El 6 de mayo de 1823 entraron los franceses en Vic y derribaron el monumento a la constitución, jurada por el Ayuntamiento dos años antes, acto en el cual Balmes sí estuvo presente.

Tres años más tarde, comenzó sus estudios superiores de Teología en la Universidad de Cervera. Allí le concedieron una beca del Real Colegio de San Carlos, gracias a su integridad moral y política.

Durante el curso 1827-1828 estuvo a punto de morir por una grave enfermedad y le llegaron a administrar los Santos Sacramentos. A finales del curso, curado milagrosamente, subió a una ermita a dar gracias a la Santísima Virgen del Camino, a la que se había encomendado.

En el año 1830, el gobierno decretó el cierre de las universidades y Balmes fue a su pueblo a estudiar por su cuenta y prepararse para las reválidas oficiales. Fueron dos años de estudio muy intenso, completando sus conocimientos de filosofía, física, metafísica... Llegó también a dominar el latín y el francés.

Al abrir de nuevo las universidades, le ofrecieron impartir sustituciones de varias cátedras. En este ambiente de diálogos entre el profesorado fue donde empezó a interesarse más por la política.

Una vez finalizada la carrera en el año 1833, antes de ser ordenado sacerdote, Balmes se presentó simultáneamente a dos oposiciones (a la cátedra de Teología de la Universidad de Cervera y a la canonjía magistral de Vich), las cuales no ganó por motivos muy discutidos.

Fue ordenado diácono el 24 de mayo de 1834, el mismo día que recibió el subdiaconado el que más tarde había de ser san Antonio María Claret.

Ya como sacerdote continuó estudiando cánones por petición del obispo a la vez que impartía clases de Sagrada Escritura hasta que obtuvo el grado de doctor. Debido a los acontecimientos de la guerra, se recluyó en su casa de Vic. Allí se dedicó a estudios personales y se encargó de la cátedra de matemáticas de la misma ciudad ya que, según Balmes, «el cálculo y la geometría no son cristinos ni carlistas». Como anécdota cabe comentar que siempre llevaba un compás en el bolsillo y lo utilizaba a menudo.

Fue muy aficionado al ajedrez gracias a su amigo Blanche-Raffin, con el cual tuvieron varias disputas por este juego.

La situación económica de Jaime Balmes era

más bien precaria. Como ejemplo, no tenía ni para pagar los derechos que debía a la universidad al recibir el diploma de licenciado en Teología.

Su débil constitución y mala salud le llevaron a realizar su testamento con poco más de treinta años, el cual repitió al cabo de diez años por mejorar su situación económica.

Convencido por sus amigos se presentó de nuevo a otras oposiciones, las cuales ganó en febrero de 1835. A razón de este honor tuvo que pronunciar un discurso en homenaje a los monarcas reinantes (reina gobernadora doña María Cristina), en el que mostró su talento por dejar al público confuso de su postura política.

Los años posteriores fueron muy duros para el filósofo. España sufría la guerra carlista de los Siete Años por numerosos puntos de la península. Los cargos eclesiásticos que él asumía fueron prohibidos por el gobierno y tuvo que pasar por una época de crisis económica, disgustos, tribulaciones morales, soledad... Con todo, su enfermedad rebrotó. La muerte de su madre en el año 1839 fue otro golpe fuerte para Balmes en tiempos difíciles.

Al terminar la guerra civil se fue a vivir a Barcelona donde empezó una época de gran productividad literaria. En abril de 1840 publicó *Observaciones sociales, políticas y económicas sobre los bienes del clero*, que tuvo mucho éxito. Gracias a éste se animó a redactar *El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilización europea* (publicada en 1842). Con motivo de esta edición viajó a París, donde además se exiliaban grandes ilustres españoles, como Martínez de la Rosa, razón por la que sus viajes a la capital francesa y también a Londres fueron acusados de tener un carácter conspirador en vez de literario, lo cual Balmes siempre negó.

Paralelamente a sus obras publicaba artículos en periódicos como *El madrileño católico* y colaboraba en la revista *La Civilización*. En el periódico barcelonés *La Paz* se dedicó a la poesía comenzando con *La Lira* (1838), aunque muchos no la apreciaron.

En agosto de 1840 publicó en Barcelona *Consideraciones políticas sobre la situación de España*, a la que siguió *La religión demostrada al alcance de los niños* (1841) y *Conversa d'un pagès de la muntanya sobre lo Papa* (1842). Algunas de sus obras fueron traducidas, por él mismo o por contrato, al francés y al inglés.

Sin pedir el consentimiento de los demás colaboradores de la revista *La Civilización*, Balmes editó por su cuenta en marzo de 1843 un nuevo periódico llamado *La Sociedad*, hecho que le supuso recibir muchas críticas hasta el punto de ser acusado de mal amigo, soberbio y ambicioso, sobretudo por el escritor y amigo José Ferrer y Subirana.

Estando Balmes en Barcelona, comenzó una revolución en la ciudad en agosto de 1843, llena

de crímenes, saqueos y violencias. El joven sacerdote se vistió de seglar, con un pañuelo negro al cuello, y se fue a la calle a observar el motín con sus propios ojos. Las torres de Canaletas fueron tomadas como prisión, las iglesias invadidas de revolucionarios «centralistas» o «jamancios», como se denominaban en aquella ocasión. Balmes cogió la Biblia, el Kempis y su Breviario y huyó aquella madrugada a una masía de unos amigos en el Prat de Dalt. Escondido en una habitación sobre la bóveda de la sacristía, de la que no salía más que para decir misa, comer y dormir, Jaime Balmes empezó a escribir el guión de la que más tarde sería su gran obra *El Criterio*.

En noviembre del mismo año regresó a su casa de Barcelona, donde se encontró con que había estallado una bomba debajo del sofá en el que acostumbraba a sentarse para escribir sus obras.

Con el proyecto en manos de fundar un nuevo periódico, se dirigió a Madrid en enero de 1844. Según él decía, «la prensa comenzó dando a luz la Biblia y ha descendido hasta el lenguaje de las verduleras». Esta idea le llevó a dirigir un nuevo periódico basado en artículos sobre los problemas de la política, que se llamó *El Pensamiento de la Nación* y llegaba a manos incluso del papa Pío IX. De este periódico nació también *El Conciliador*, que después de cinco meses de su primera publicación fue denunciado e incautado por la policía. A todo esto contestó Balmes con una obra autobiográfica: *Vindicación personal*. Con la desaparición de su periódico en 1846, terminó su intensa vida periodística.

En julio de 1844 volvió a Barcelona a apoyar al Marqués de Viluma, que acabó dimitiendo de su cargo de Ministro de Estado por no ser aceptados sus nobles objetivos. Balmes estuvo luchando en las elecciones convocadas dirigiendo las de Cataluña, pero su candidatura fracasó. Su actividad política continuó con un viaje a París relacionado con la abdicación de don Carlos, según cree García de los Santos.

En sus últimos años seguía trabajando incansablemente; traducía al latín *Filosofía fundamental*, estudiaba griego y hebreo, publicó la biografía *Pío IX*, y tenía la intención de escribir una biografía de san Ignacio de Loyola.

En mayo de 1848 quiso volver a su ciudad natal, Vic, desistiendo de su intención de ir a Italia, por sufrir una crisis de su enfermedad. El día de Corpus comulgó y el 26 de junio volvió a hacer testamento, hasta que el 8 de julio de 1848 murió en su cama acompañado de su familia y amigos como él deseaba.

La vida y obra de Jaime Balmes demuestran claramente que era una persona de carácter peculiar y de una talla humana e intelectual por encima de lo corriente. Según dice Manfredi, la distancia que nos separa de él es como la de un liliptiense asomado al bolsillo gigantesco de Gulliver!

La religiosidad de la nación española, según Balmes

FRANCESC M^a MANRESA I LAMARCA

«La unidad religiosa se identifica con nuestras costumbres y nuestras leyes»

EN los escritos de Jaime Balmes que hacen referencia a la historia o actualidad de España, existe una afirmación, explícita o no, que actúa constantemente como premisa y que resumida diría así: *España ha sido y es hoy católica, y esta religión católica es elemento esencial de su unidad y fundamento necesario de su porvenir*. Esta premisa, según nuestro autor, es la base necesaria sobre la que debe en primer lugar considerarse la historia, atender y juzgar la realidad social y construir un futuro esperanzador para la nación.

El objeto de este artículo es glosar esta idea de Balmes siguiendo la misma estructura de argumentación que nos ofrecen sus artículos: consideración del pasado, juicio del presente y aplicación para el futuro. Pero, los escritos políticos de Balmes que tratan comúnmente nuestro tema, tienen a la vez por objeto tratar la actualidad de la nación. Por ello, propiamente no hallamos en Balmes una investigación histórica a través de la cual se nos muestre el desarrollo y la conformación de la realidad nacional desde el fundamento de la fe católica, sino que encontramos solamente afirmaciones de ello, fruto de su atento estudio y pausada reflexión.

Estas afirmaciones, siempre de carácter concluyente, nos enseñan que «en España el principio católico [...] había estado en pacífica posesión de los hombres y las instituciones»,¹ de ahí que se siga que «había en el país una cosa que entrañaba una fuerza propia, independiente de toda institución política, que no se había modificado con el incremento del poder monárquico, y cuya conservación afectaba a las ideas, las costumbres, los intereses de la sociedad; esta cosa era la religión católica».²

Consecuentemente, para Balmes este principio de unidad religiosa ha penetrado hondamente toda la vida social, política y cultural de España a lo largo de su historia, hasta el punto que la «unidad religiosa se identifica con nuestros hábitos, nuestros usos,

nuestras costumbres, nuestras leyes; guarda la cuna de nuestra monarquía en la cueva de Covadonga, es la enseña de nuestro estandarte en una lucha de ocho siglos con el formidable poder de la Media Luna; desenvuelve lozanamente nuestra civilización en medio de tiempos tan trabajosos; acompaña a nuestros temibles tercios cuando imponían silencio a la Europa; conduce a nuestros marinos al descubrimiento de nuevos mundos, a dar los primeros la vuelta a la redondez del globo; alienta a nuestros guerreros a llevar a cabo conquistas heroicas, y en tiempos más recientes sella el cúmulo de tantas y tan grandiosas hazañas derrocando a Napoleón».³

Este recorrido por la historia, nos muestra además un rasgo de carácter del pueblo español al que Balmes recurrirá con frecuencia y al que tilda de «sumamente belicoso» en pos de su fe y su monarquía, como el del «caballero armado que guardaba las puertas de la ciudad santa»⁴ y que en los últimos tres siglos era «el representante de un principio religioso combatido en todas partes menos en España».⁵

«La generalidad de los españoles es católica»

TRAS breves consideraciones acerca de la historia, se esfuerza Balmes en demostrar que, fruto de ella, existe hoy la realidad incontestable «de que la religión católica domina todavía en el entendimiento y en el corazón de la generalidad de los españoles».⁶

No se le oculta, sin embargo, que si bien esta realidad es absoluta ahí donde habitan la mayoría de los españoles, esto es, en pueblos y poblaciones importantes, contrariamente en las grandes ciudades «se han importado de golpe la cultura extranjera [...] para arrebatarnos las tradiciones y las costumbres nacionales»⁷ y tristemente «es necesario confesar la existencia de un número considerable de incrédulos, o más bien ignorantes, que blasfeman de Dios porque no le co-

3. «El protestantismo comparado con el catolicismo», *ibídem*, vol. V, pág. 196.

4. Cf. «La religión en España», *ibídem*, vol. XXV, pág. 146.

5. «El remedio de nuestros males», *ibídem*, vol. XXV, pág. 62.

6. «La religiosidad de la nación española», *ibídem*, vol. XXIV, pág. 12.

7. *Ídem*, pág. 16.

1. *Obras completas del Dr. D. Jaime Balmes, pbro.*, MCMXXVI, vol. XXIV, pág. 34. «La religiosidad de la nación española».

2. «El remedio de nuestros males», *ibídem*, vol. XXV, pág. 62.

nocen y menosprecian la religión porque la han visto repetidas veces objeto de vilipendio».⁸

La España que vive Balmes es un país revuelto, sin paz,⁹ donde se suceden una y otra vez los envites de una revolución que se apoderó primero de la esfera política y ahora intenta bajar a la esfera social;¹⁰ vive la realidad de un país donde el pueblo, a pesar de haber sufrido el rodillo de la Revolución, se asienta aún sobre un catolicismo vigoroso, «con sus principios vivos e invariables, con sus convicciones robustas, con sus altos pensamientos, con aquel lenguaje de seguridad que revela al hombre con toda certeza su origen y su destino, con aquel ademán majestuoso que le marca la línea de sus deberes. Ahí está, en medio de esa sociedad disuelta, conservándose como columna en pie en medio de un campo en ruinas».¹¹

¿Y la prueba de ello? —se preguntará retóricamente el autor—: la hallamos ante la intromisión del poder revolucionario con las tropas de Napoleón, en la reacción del pueblo español al grito de *Rey, Religión e independencia de la patria*, principios que no tenían afinidad ni semejanza con la libertad¹² entendida en aquella constitución de 1812, tan ajena al sentir y voluntad del pueblo español.¹³ O en el mismo pueblo que en la década de 1820 se debate en luchas en contra de los excesos —aparentemente contrapuestos— de unos principios sobrevenidos; o en el mismo pueblo que reconoce en la causa de D. Carlos la defensa del principio, que es su propio fundamento,¹⁴ ante «los esfuerzos que más de treinta años ha se están haciendo para extirparle»,¹⁵ y que «perdura aún hoy [en 1840] aun cuando aquellos que los representaban hayan fracasado en su misión».¹⁶

«Un elemento de bien: la unidad religiosa»¹⁷

ÉSTAS SON apenas una muestra de las reflexiones de un Balmes que en la década de 1840 —hasta su muerte en 1848— decide tomar parte activa en la vida política del país, para la que in-

cluso fundará *El pensamiento de la nación* con el fin de convertirla, según su idea, en «gobierno» de la misma.¹⁸

En este aspecto de participación en la actualidad política, se nos presenta nuestro autor como un hombre a la vez especulativo y práctico: firme en sus principios, enjuicia con amplitud y serenidad la realidad social y política de aquella España, y a través de los medios que se le ofrecen se hace oír incluso ahí donde no quieren escucharlo, donde antes prefieren ignorarlo que atenderlo.

El Balmes especulativo, circunscrito al tema que nos atañe, es aquel que propone tres principios para lo que hoy llamaríamos una verdadera reconstrucción nacional. El primero: «que la religión católica es el más fecundo elemento de regeneración que se abriga en el seno de la nación española»,¹⁹ porque «no es la política la que ha de salvar a la religión, la religión es quien debe salvar a la política; [...] la sociedad no ha de regenerar a la religión, la religión es quien debe regenerar a la sociedad».²⁰ Y ante aquellos que acusarán a la religión de opresora de los pueblos, ofrece Balmes esta luminosa reflexión: «la unidad en la fe católica no constriñe a los pueblos como aro de hierro, no los impide moverse en todas direcciones: la brújula que preserva del extravío en medio del océano jamás se apellidó opresora del navegante».²¹

El segundo principio es aquel en el que afirma que la política «ha de fundarse en el verdadero estado social, entendiendo por política todo lo que es materia de gobierno: administración, instrucción, justicia y hasta las relaciones entre la Iglesia y el estado»,²² o de otro modo «que el poder político ha de ser expresión del poder social»²³ porque es condición para alcanzar verdadera unidad.

Y el tercero, aquel en el que reflexiona que «lo que falta por lo común al hombre y a la sociedad no son buenas reglas, sino su aplicación; no son buenas leyes, sino su cumplimiento; no son buenas instituciones, sino su genuina realización [...] Ésta es una verdad luminosa que esclarece el horizonte de la filosofía de la historia y es una guía que puede servir a muchos en los intrincados senderos de la práctica».²⁴

El mismo Balmes especulativo, no se detiene so-

8. Ídem, pág. 17.

9. Cf. «Consideraciones políticas sobre la situación de España», ibídem, vol. XXIII, pág. 27.

10. Cf. «El protestantismo...», ibídem, vol. V pág. 195.

11. «Consideraciones políticas...», ibídem, vol. XXIII pág. 144.

12. Cf. «La religiosidad de la nación española», ibídem, vol. XXIV, pág. 32.

13. Cf. «Consideraciones políticas...», ibídem, vol. XXIII, pág. 43.

14. Ídem, pág. 74.

15. Cf. ídem, pág. 76.

16. Cf. ídem, pág. 79.

17. Cf. ídem, pág. 130.

18. Cf. P. Ignacio Casanovas, S.J., *Balmes. La seva vida. El seu temps. Les seves obres*, Barcelona, Balmes, 1932, vol. II, pág. 439.

19. «La religiosidad de la nación española», ibídem, vol. XXIV, pág. 11.

20. «La religión en España», ibídem, vol. XXV, pág. 148.

21. «El protestantismo...», ibídem, vol. V pág. 212.

22. Cf. P. Ignacio Casanovas, S.J., ob. cit., vol. II, pág. 472.

23. Cf. «El remedio de nuestros males», ibídem, vol. XXV, pág. 55.

lamente en los principios, sino que desde ellos enjuicia entonces la situación del país y desvela sin miedos ni concesiones el mal que los amenaza: la Revolución, esa «hija de la corrupción y el error, terrible personificación de la fuerza levantada contra la ley»²⁵ que «se dirige en derechura a combatir el poder en su esencia, atacando principalmente al ser moral que llamamos autoridad, gobierno».²⁶

Sigamos por un momento una comparación de Balmes en la que nos explica que las revoluciones son comparables a los accesos de exaltación, fiebre y delirio de una enfermedad; sin embargo, si no atiende el médico convenientemente a sus causas verdaderas, a pesar de una aparente bonanza, aquella convalecencia minará sordamente la salud del enfermo hasta conducirlo a su muerte.²⁷ Con ello, nos introduce el autor en la reflexión de que en toda revolución existen unas causas previas que son sustrato necesario de sus manifestaciones más brutales, que no se resuelven tan sólo por mitigar sus síntomas y que suelen perdurar incluso después de ellos. Y buena experiencia tenía Balmes conociendo como conocía a la Francia posrevolucionaria.

Porque no es lo peor la Revolución que en su auge de agitación «destruye todo lo existente, amontona escombros y ruinas, relaja los vínculos sociales y domésticos, rompe los lazos políticos, acostumbra a la insurrección, mina la disciplina de los ejércitos, esparce abundantemente la semilla de la inmoralidad [y] sume a los pueblos en el caos más espantoso»;²⁸ sino que más temible es aquella época que sucede a las revoluciones y acostumbra a apellidarse *regeneración*, en la que «se mostrará de una parte recelosa esquividad con respecto a las doctrinas demasiado populares y de otra mucha prevención contra las reacciones que tiendan a resucitar los principios y sistemas antiguos. La alianza del orden con la libertad será la bella fórmula en que se compendiará el pensamiento dominante: nada de anarquía, se dirá, nada de exageraciones democráticas, *nada tampoco de despotismo, nada de superstición, nada de pretensiones fanáticas*. Fuerza en el gobierno, vigor en la administración, centralización de todos los ramos; pero libertad en las ideas, indulgencia en las costumbres. Vigilante inspección sobre la enseñanza, pero completa tolerancia y disimulo en todo lo

que dimane de excesivo celo por la ilustración y el adelanto. Protección a la Iglesia, pero protección desconfiada, suspicaz, que se alarme fácilmente por la firmeza de un párroco o la pastoral de un prelado; protección que haga respetar los templos, pero que se procure encerrar en ellos la religión de suerte que no salga de allí y no alcance a ejercer influencia sobre la sociedad; permisión de defender el dogma y la moral contra sus enemigos, pero dignidad y severidad contra los que se atrevan a revelar malas tendencias del gobierno, pésimo influjo de altos magistrados, aviesas miras de un plan de instrucción, abusos de profesores que propinen funestas enseñanzas a la juventud».²⁹

Éste ha sido el devenir de las revoluciones y no ha sido la de España una excepción. Existe en las revoluciones una doble velocidad, o mejor, dos velocidades distintas... pero en la misma dirección, sea cual sea la dualidad: progresista o conservadora, exaltada o moderada, incluso de izquierdas o derechas... de modo que lo que una destruye, la otra lo barre sin preocuparse de otra cosa que no sea el modo o la celeridad con que aquello se viene abajo. «Así —concluye Balmes— con pocos años de paz y de orden, se cambiarán radicalmente las ideas, se modificará el carácter nacional y la España adelantada y culta conservará apenas un recuerdo de lo que fuera en tiempo de nuestros antepasados.»³⁰

Cerraría el juicio, según este esquema, la denuncia del modo inicuo por el que están siendo introducidos los principios revolucionarios en el país: desde aquella «España oficial y directora» que en el momento en que se sacudía la nación el yugo francés «la entrega en espíritu al monstruo derrotado»;³¹ pasando por «los progresistas [que cuando] invocan al pueblo solamente invocan aquel pueblo que participa de sus ideas y que favorece sus miras; pero si el genuino desarrollo del elemento popular los contraría, entonces se oponen a este desarrollo con todas sus fuerzas»;³² hasta aquella falsa posición de los moderados que, imbuidos de las mismas ideas que los anteriores y «pronunciando sin cesar las palabras *moderación, oportunidad, tino y lentitud en las reformas, sin descuidar el afianzamiento de la libertad*, se hallan persuadidos de que poseen la feliz combinación de las dotes que se necesitan para gobernar bien en la presente época».³³

Finalmente, después del hombre especulativo, en-

29. Ídem, pág. 370.

30. «Todavía hay tiempos peores que la revolución», ídem, vol. XXIV, pág. 371.

31. Cf. P. Ignacio Casanovas, S.J., ob. cit., vol. I, pág. 15.

32. «Consideraciones políticas...», ídem, vol. XXIII, pág. 99.

33. Ídem, pág. 112.

24. «Consideraciones políticas...», ídem, vol. XXIII pág. 42.

25. «Todavía hay tiempos peores que la Revolución», ídem, vol. XXIV, pág. 365.

26. «Consideraciones políticas...», ídem, vol. XXIII pág. 32.

27. Cf. «Todavía hay tiempos peores que la Revolución», ídem, vol. XXIV, pág. 367.

28. Ídem, pág. 366.

tra en escena el Balmes práctico, el hombre que propone a la nación transtornada el fundamento de una verdadera constitución. Una constitución que se inicie por el respeto de las creencias de aquel pueblo eminentemente católico, que no erija en derecho la injusticia, que no ponga licencia en vez de libertad, ni falsee las instituciones con pretextos; que llame al bien bien y al mal, mal sin paliativos ni rodeos.³⁴ Que afiance el trono, lejos de sistemas y sacudimientos revolucionarios, reuniendo en pos de él todos los grandes intereses de la nación; que procure que desaparezca la exacerbación entre partidos, dé ejemplo de desinterés, imparcialidad, moderación y justicia en la distribución de los empleos y gracias, y que labore por la reconciliación amplia y sincera de todos los españoles; que abandone el camino en que no hallará sino insurrecciones y nuevas catástrofes y que trabaje en fundar y consolidar un gobierno superior a todos los partidos que tienda su vista sobre los pueblos, lejos de mezquinas pasiones e intereses particulares; que acomode a las necesidades actuales las instituciones antiguas, repare cuanto sea posible los males causados a la Iglesia y acelere el restablecimiento de las relaciones con la Santa Sede *para que caiga ese muro de separación entre potestades que deben vivir en íntima concordancia*.³⁵

Desde hoy...

HOY, a través de la perspectiva que el tiempo ofrece, cabe considerar todavía un Balmes profeta. No porque dedique espacio en su obra a la consideración del futuro, sino porque en la línea de su argumentación, así como anuncia los bienes que se sucederán si se siguen aquellos buenos principios que propone, deduce –y previene– aquellos males que pudieran sucederse si no se atienden a ellos.

En esta línea, encontramos la consideración acerca de cómo podría sobrevenir a España la «religión protestante» que, si bien es cierto que no ha sucedido, no es menos cierto que el modo en que Balmes previno aquella «importación» de una nueva religión no haya sido el modo por el que nos han impuesto aquellos principios de disolución social que entrañaba el protestantismo o aun peores males o más nefastas religiones. «La veríamos –diría Balmes– reclamando tan sólo habitación en nombre de la tolerancia y la hospitalidad; pero bien pronto le viéramos acrecentar su osadía, reclamar sus derechos, extender sus pretensiones y disputar a palmos

el terreno a la religión católica. [...] El desvío con que mirarían los pueblos a la pretendida reforma sería, a no dudarlo, culpado de rebeldía, las pastorales de los obispos serían calificadas de insidiosas sugerencias, el celo fervoroso de los sacerdotes católicos acusado de provocación sediciosa y el concierto de los fieles para preservarse de la infección sería denunciado como conjuración diabólica, urdida por la intolerancia y el espíritu de partido, y confiada en su ejecución a la ignorancia y el fanatismo».³⁶

Bajo este aspecto, topamos también con un Balmes que confiesa que «ninguno de nuestros gobiernos ha acertado a cerrar el cráter de las revoluciones, y por eso se han reproducido sin cesar y más terribles cada vez, y se reproducirán en adelante, [...] así, sin un gobierno asentado en una base amplia y sólida] no habrá paz, sino treguas [y] se divisará de continuo en el confín del horizonte la revolución y la guerra civil».³⁷ Y no le faltó razón desde aquel 1840 hasta nuestros días.

Y si también por los profetas habla el Dios consolador, Balmes se reviste de ello cuando concluye «que no es el acaso, no, quien rige los destinos del mundo: Dios vela sobre la suerte de los individuos y de las naciones, y su benéfica y omnipotente mirada suele fijarse sobre el infortunio».³⁸

Desde la muerte del gran Jaime Balmes, han pasado muchos lustros... y no pocas revoluciones, traiciones taimadas y leyes injustísimas, persecuciones y gloriosos mártires, santos fundadores y maravillosos ejemplos de vida cristiana, decadentes constituciones y desvergüenza política, persecuciones descaradas y resistencias heroicas, ideas perniciosas y adoctrinamientos miserables, desprecio de la fe y ataques a sus ministros, deshonorosas claudicaciones y una cruzada gloriosa... Y aquel pueblo belicoso, tenaz a lo largo de su historia en la defensa de la fe, se ha ido desgastando hasta ver hoy impasible, derrotado o humillado –entre el regocijo de no pocos– cómo le arrancan de nuevo sus crucifijos, se calumnia a sus ministros y se ridiculiza su fe... Pero, así como en 1842 porfiaba Balmes a las muestras de fe de la Semana Santa la vigencia de la religiosidad católica en España,³⁹ viendo hoy pasar «el Nazareno con la cara ensangrentada y la mirada del Dios bueno» por nuestras calles y plazas a hombros de tantos y tantos españoles, abriga el corazón la esperanza y el consuelo de recibir de Dios su benéfica y omnipotente mirada sobre esta España infortunada.

36. «El protestantismo...», *ibídem*, vol. V pág. 193.

37. «Consideraciones políticas...», *ibídem*, vol. XXIII, pág. 134.

38. *Ídem*, pág. 153.

39. Cf. «La religiosidad de la nación española», *ibídem*, vol. XXIV, pág. 40.

34. *Ídem*, pág. 116.

35. «Renuncias de algunos diputados», *ibídem*, vol. XXVII, pág. 446.

Consideraciones en torno a la familia, según Balmes

FILO DE LA MARÍA

La familia nace del amor

A lo largo de sus escritos, Jaime Balmes describe la civilización moderna descomponiéndola en sus elementos más simples: el individuo, la familia y la sociedad. En el presente artículo querríamos fijarnos en algunos temas de actualidad relacionados principalmente con la familia y vistos desde el pensamiento balmesiano.

«En el fondo del corazón del hombre hay un sentimiento fuerte, vivo, indeleble, que le inclina a conservarse, a evitar males y a procurarse bienestar y dicha.» «El hombre –continúa Balmes– no se encuentra solo en el mundo del mismo modo que no ha nacido para vivir solo». Estas afirmaciones reflejan el hecho de que el hombre es un ser social por naturaleza y que alcanza su perfección en la relación con los demás, no sólo por la necesidad de ser ayudado en lo material sino por una razón más insondable: porque Dios nos creó para amar.

Siguiendo estas consideraciones cabría hablar de cómo la familia nace de un amor que exige la totalidad en el espacio y en el tiempo y por esta razón es necesario el vínculo matrimonial. Quisiera subrayar un punto significativo en el que Balmes habla de la importancia de que durante el noviazgo se compararan un cierto número de nociones y de sentimientos comunes, al igual que la fe, pues éstas serán la base del hogar. En caso de que esto no fuera así, ocurriría que el individuo se acabaría convirtiendo en un principio de trastorno y disolución para la sociedad. Desde esta perspectiva, Balmes califica a la familia como «la primera sociedad» nombrándola, por tanto, base de la sociedad civil. Considerando la importancia que tiene el matrimonio dentro de la sociedad doméstica sería beneficioso dar algunas pinceladas sobre cómo trata nuestro autor este tema.

En la familia el padre y la madre desempeñan dos funciones distintas pero igual de enriquecedoras. El padre es nombrado cabeza de familia pues es el encargado, en la gran mayoría de ocasiones, de velar por la protección y sustento de la familia; y la madre es vista como el lazo de ésta pues encarna la sensibilidad y corazón en el sentido metafórico de la palabra. En este sentido y teniendo en cuenta que la familia nace de un amor inmenso y que por eso es necesario el matrimonio, Balmes señala la necesidad de que éste sea indisoluble, como bien manda la Iglesia ca-

tólica por diversas razones (Balmes resume la doctrina cristiana sobre el matrimonio en «uno con una y para siempre») en las que ahora no entraré pero destacaré una que me parece de gran envergadura como es la de custodiar la tranquilidad de las familias. En las obras de Balmes vemos cómo profetiza que la multiplicación del número de divorcios, algo que por desgracia es muy usual hoy día, acarrearía males de gravísima cuenta. Estos males los vemos especialmente reflejados en los hijos, pues son las principales víctimas, presentando problemas tanto psicológicos-emocionales como a nivel académico.

La relación paterno-filial

UN tema en boga en la actualidad es la relación entre padres e hijos, como podemos constatar por los numerosos cursillos y másters relacionados con el tema que se imparten hoy en día. Balmes lo trata de una manera muy clara y concisa. Para ello enfatizaré los siguientes aspectos tratados por el autor: la autoridad, el deber de los hijos para con los padres y el deber de los padres para con los hijos.

«Ninguna sociedad por pequeña que sea, puede conservarse ordenada sin una autoridad que la rija; donde hay reunión es preciso que haya una ley de unidad, de lo contrario es inevitable el desorden». La familia al ser una sociedad doméstica, como sociedad requiere una autoridad que en este caso reside en los padres debido a que estos tienen más experiencia de la vida que sus herederos. «Así, la autoridad paterna está fundada en la misma naturaleza, anteriormente a toda sociedad civil».

En cuanto al deber que tienen los hijos para con los padres Balmes lo trata como «obligación moral», como «deberes prescritos por la piedad filial». Hace una enumeración un tanto extensa donde aparece el deber del amor, de la obediencia, del respeto, de la veneración, del auxilio en las necesidades, la tolerancia de sus molestias, el compasivo disimulo de sus faltas, la paciencia en las enfermedades y las flaquezas de la vejez. Hoy en día vemos como estos deberes no son cumplidos como correspondería puesto que existe una descarada desobediencia y falta de respeto de los hijos hacia los padres, algo que, según el criterio de Balmes, va en contra de la naturaleza.

Por último encontramos el deber de los padres para con los hijos, otro tema que en nuestros días se ve terriblemente afectado por la deformada idea de que los hijos son para los padres y no los padres para los hijos, olvidando que los hijos son regalos y no simples caprichos o apetencias temporales para los padres. A esto también podríamos añadir como la gran mayoría de matrimonios han optado por renunciar a su papel de educadores de sus hijos, delegándolo a las escuelas y olvidando, por tanto, uno de sus deberes que es el de formar el entendimiento. Nuevamente vemos otra noción profética de Balmes alegando que el mundo iría al fracaso cuando los padres olvidaran sus responsabilidades. Estos deberes por parte de los padres son el de «alimentar y educar a sus hijos, porque sin esto no puede conservarse el linaje humano», entendiendo la vida humana como vida física, intelectual y moral. La educación, imprescindible para cualquier sociedad, ha de consistir en ir formando el entendimiento y corazón, siguiendo unas «verdaderas ideas de bienestar y dignidad, tales como les enseña la razón y sobre todo la religión cristiana y formaréis un buen ciudadano; dádselas equivocadas, exageradas, absurdas y sembraréis abundante semilla de turbulencias y desastres».

La Iglesia católica en el desarrollo de la familia

EL catolicismo ha sido la religión de la vasta mayoría de los europeos, hasta la aparición de las religiones protestantes en el siglo XVI, y ha aportado una serie de bases para la conducta del individuo absolutamente necesarias para la creación de la familia. Entre ellas vemos la abolición de la esclavitud, la monogamia y junto a ésta la indisolubilidad del matrimonio. La doctrina cristiana, afirma Balmes, ha sido la causa de que la civilización europea haya otorgado una mayor importancia y respeto a la mujer a diferencias de otras religiones y culturas, al igual que han facilitado una buena organización de la familia.

Cierto es que la institución familiar es anterior al

cristianismo, pues el amor de los padres hacia los hijos «se haya tan claro en lo más intrínseco del hombre», como queda patente a lo largo del Antiguo Testamento; pero resulta indispensable que, tras el pecado original, algo tan importante como es el matrimonio, unión indisoluble y cimiento de la familia, sea bendecido y auxiliado con la gracia de Dios. De ahí que Dios haya instituido el sacramento del Matrimonio que la Iglesia administra para la santificación de los fieles. Esta necesidad de bendición resulta de lo más natural ya que, como podemos ver en la antigüedad, y aun en la actualidad en otras muchas religiones (africanas, orientales, etc.), realizan celebraciones invocando el auxilio de los dioses o de la naturaleza. Sin embargo, el protestantismo ha optado por despojar al matrimonio de este misterio, queriendo quitarle la participación del amor de Dios y, por tanto, su felicidad total, pues únicamente Dios puede llenar de sentido pleno y darnos la fuerza necesaria para mantener la unidad de nuestra familia.

Conclusiones

LAS consideraciones realizadas a lo largo de este artículo abren ventanas a muchos otros campos, como la filosofía, la sociología, la antropología o la historia, que Balmes trata en sus obras y que, a quien lea sus escritos, le ayudarán a una mejor comprensión de un tema tan nuclear en nuestro tiempo como el de la familia. Asimismo verá como a lo largo de sus obras va presagiando todo aquello que comporta las deformaciones que hoy contemplamos en las familias, el individuo y la sociedad. Resulta necesario mencionar que para muchas de las cosas que trata nuestro autor en sus obras es indispensable tener en cuenta la forma de pensar de la época en que vivió.

Para finalizar mencionar cómo Balmes nos muestra también el remedio para la salvación de la familia de nuestros tiempos: ser santos como nuestro Padre es santo. «La santidad es la más segura prenda del bien de las familias, la primera piedra sobre que se debe cimentar la verdadera civilización.»



Releyendo «El criterio» de Balmes

MIGUEL ALSINA

EN *El criterio* Balmes entretiene un compendio de directrices de gran actualidad para la reflexión sobre diversos aspectos del conocimiento humano, estimulando y guiando el entendimiento en la búsqueda de la verdad, para ayudar al hombre a alcanzar su fin último, Dios.:

Creen algunos que los grandes talentos y el mucho saber propenden de suyo al mal; esto es una especie de blasfemia contra la bondad del Criador.[...] No, no debe el hombre huir de la luz por temor de caer en el mal; la verdad no teme la luz y el bien moral es una gran verdad. Cuanto más ilustrado esté el entendimiento mejor conocerá la inefable belleza de la virtud, y conociéndola mejor, tendrá menos dificultades en practicarla.

En el presente artículo resaltaremos e ilustraremos con reflexiones y aplicaciones algunos de los puntos de la obra que pueden resultar de especial interés.

Sobre la pérdida de la historicidad de la historia

EN nuestros días es común hablar de la memoria histórica, sin embargo los contenidos de la enseñanza básica sobre esta materia, como de otras, se han visto tergiversados en la mayor parte de la enseñanza pública y en los centros de más confianza, cuanto menos reducidos, de manera que son pocos los que posean un esquema claro de los cambios culturales, políticos, religiosos que ha sufrido nuestro país a lo largo de la historia.

Por otra parte, los medios de comunicación continuamente difunden artículos, reportajes o noticias ofreciendo con autoritarismo irrefutable su visión de la historia. El espectador desprovisto de conocimientos sólidos, sólo puede dar fe ciega a lo que éstos dicen o cuanto menos encuentra dificultades para presentar un fundado reproche sobre la falta de veracidad de lo que se está transmitiendo.

A esta dificultad se suma el hecho de que, en lugar de reconocer la propia ignorancia, las generaciones ascendentes, colmadas de orgullo, se atreven a entablar discusiones o a expresar juicios armadas de unos conocimientos que se basan en la simple combinación y reproducción de las opiniones bombardeadas por lo medios.

De esta manera todo aquel, cuyo criterio no haya sido bien formado en la materia, debiera temblar ante las páginas de un periódico, sabiéndose en perfecta disposición de adquirir cuanto menos prejuicios capaces de alejarle de la verdad.

Veamos la apreciación que nos ofrece el sacerdote catalán sobre las fuentes periodísticas:

Es muy dudoso si el periodismo causará daño o provecho a la historia de lo presente pero no puede negarse que multiplicará el número de los historiadores con la mayor circulación de documentos.

Antes, para proporcionarse algunos de ellos era necesario recurrir a secretarías o archivos, mas ahora, son pocos los que son tan reservados que, o desde luego o a la vuelta de algún tiempo, no caigan en manos de un periódico y por poco que valgan pueden contar con infinitas reimpresiones en varias lenguas. Por manera que ahora las colecciones de periódicos son excelentes memorias para escribir la historia. Esto aumenta el número de los hechos en que se pueda fundar el historiador y de que puede aprovecharse con gran fruto, con tal que no confunda el texto con el comentario.

La conclusión es bien clara, las opiniones nos pueden merecer mayor o menor confianza pero nunca constituyen un axioma sobre el que fundar nuestros conocimientos, todo aquel que pretenda por necesidad o por interés albergar un conocimiento certero sobre una materia, acuda al estudio o al menos a quienes con seguridad les hayan adelantado en ello y sean dignos de confianza.

De la advertencia, procede Balmes al consejo, indicándonos de forma clarividente cuál habrá de ser nuestra postura ante cualquier fuente de información que pretendamos utilizar como referencia:

No siempre nos es dable adquirir por nosotros mismos cierto conocimiento y entonces nos es preciso valernos del testimonio ajeno. Para que esto no nos induzca a error son necesarias dos condiciones: 1ª que el testigo no sea engañado (tradúzcase que no haya sido formado en el error) 2ª que no nos quiera engañar. Es evidente que faltando cualquiera de éstos dos extremos, su testimonio no sirve para encontrar la verdad.

Es decir, son necesarios que el referente posea un conocimiento verdadero de lo que transmite y que transmita aquello que él conoce; es decir, que sea veraz.

Si bien lo que acabamos de transcribir puede parecer de Perogrullo, nos asombraríamos comprobando con cuanta frecuencia se ha desviado el criterio de personas que con buena fe pero imprudentemente han puesto su confianza en fuentes poco fiables, tomándolas como verdaderas y veraces.

Así como en materia de fe y moral debemos acudir al magisterio de la Iglesia antes de formar cualquier opinión. En el resto de materias es necesario buscar referentes que nos permitan acceder a conocimientos fieles a la realidad. Una vez, adquiridos unos conocimientos sólidos, fruto del estudio, y por lo tanto inmunizados contra toda mentira, podrá ser conveniente analizar aquellas otras fuentes dudosas, de las cuales podremos extraer el error para poder incluso corregir al que hierra o advertir a aquellos que estén en disposición de hacerlo.

De la misma manera que no cualquiera puede enfrentarse a la enfermedad sino el médico que la conoce y la domina, en lo que concierne a la salud de nuestra alma es no menos imprudente enfrentarse al error sin el conocimiento adecuado.

Sobre los modelos que propone la sociedad actual

EN la historia de los pueblos desde las primeras referencias históricas y hasta parte del siglo pasado, observamos cómo éstos habían buscado que sus jefes, por lo menos exteriormente, fueran un ejemplo de rectitud moral.

El evangelio mismo lo testimonia cuando Jesús reprocha a los fariseos que todo lo hacen de apariencia. Aún sin ser rectos de corazón, los maestros de la ley conocían bien la necesidad de guardar una imagen intachable para ganarse el respeto del pueblo.

En esta actitud subyace el reconocimiento de que la autoridad no sólo es el derecho al mandato sino que conlleva el deber de hacerse digno de la misma con el testimonio de la propia vida. Así, en los libros de historia podemos releer como en tantas ocasiones el pueblo se ha revelado contra reyes o gobernantes que habrían hecho uso abusivo de esta autoridad.

El olvido de principios tan elementales es la causa del fracaso de la vida política en una sociedad que exige efectos sin molestarse en evaluar las causas. Cuántas veces, al acercarse las elecciones oímos hablar del voto punitivo, de manera que lo que propicia el cambio del gobierno de un partido político a otro es un error imposible de ocultar a los ojos del más ignorante. Sin embargo, si se analizaran bien las pequeñas decisiones y las circunstancias que rodean a las acciones políticas se llegaría a la conclu-

sión de aquello que dice el dicho catalán «*d'on no n'hi ha no en pot rajar*» (de donde no hay no puede salir nada) permitiendo una acción preventiva.

A la hora de evaluar a un dirigente político, Balmes recuerda cuánta información y garantía nos revelan algunos aspectos de la vida privada del mismo.

De ésta manera, qué credibilidad se le debería dar a un ministro de sanidad que ha fracasado en su vida profesional como médico. O qué confianza merece una ministra de educación que no ha tenido el más mínimo contacto con la labor educativa. O más grave aún qué expectativas de seriedad en su trabajo ofrece un alcalde que exhibe infidelidad matrimonial.

De nuevo una idea clara que todos podemos reconocer como asumida pero que merece ser resalta-da porque es la fuente de algunos de los males que acontecen en la sociedad actual.

Sobre la prudencia científica y los peligros que entraña su carencia

APUNTA el sacerdote vicense en sus escritos, la importancia de revestirse de prudencia antes de iniciar todo estudio.

El buen estudioso, según Balmes, será aquel que en el punto de partida pone su ánimo no en la satisfacción de su ansia de conocimiento sino en la finalidad suprema de todo estudio, la cual debe ser la búsqueda de la verdad.

De ésta actitud, señala nuestro escritor, se puede deducir una conclusión o hallazgo concreto pero también cabe el reconocimiento de que aquello que se estudia no puede ser conocido o explicado por la ciencia, admitiendo que la inteligencia del hombre no puede abarcar toda la realidad.

De éste razonamiento se deriva fácilmente la aceptación de la existencia de un Ser Creador, de inteligencia infinita, que todo lo comprende.

En éste breve párrafo se atreve nuestro autor a penetrar en los designios de Dios al poner límite al conocimiento humano, expresándose de manera tan esperanzadora:

El autor de la naturaleza nos ha dado el suficiente conocimiento para acudir a nuestras necesidades físicas y morales, otorgándonos el de las aplicaciones y usos que para este efecto pueden tener los objetos que nos rodean; pero se ha complacido, al parecer, en ocultar lo demás, como si hubiese querido ejercitar el humano ingenio durante nuestra mansión en la tierra y sorprender agradablemente al espíritu al llevarle a las regiones que le aguardan más allá del sepulcro, desplegando a nuestros ojos el inefable espectáculo de la naturaleza sin velo.

Por el contrario, el estudioso movido por la vanidad de hacer propio un descubrimiento o por el interés mal dirigido, solo admitirá en sus pesquisas, un resultado concreto, descubrimiento o cuanto menos una hipótesis, de ésta manera surge el peligro de modificar aquellos conocimientos que se van adquiriendo modelándolos con el objetivo de expresar una conclusión razonable.

No nos es difícil identificar en este tipo, al hombre de hoy, el cual, en su orgullo, rechaza profundamente que en la naturaleza de las personas, de los objetos, existan aspectos que no pueden ser explicados, de ésta manera en un esfuerzo por abarcarlo todo con la razón, genera razonamientos incongruentes.

Para ello, no duda en acudir al amparo del relativismo, para permitir que blanco y negro coexistan en una misma explicación.

Sobre la influencia de los sentimientos sobre el entendimiento

No es necesaria demasiada reflexión para comprender que los sentimientos influyen de forma constante sobre nuestras reflexiones, de tal manera que siendo éstos adecuados nos permitirán conocer de una manera más profunda y minuciosa y a la vez que las verdades extraídas de la reflexión penetren con mayor intensidad en nuestro entendimiento.

Así, un estudiante apasionado por la medicina encontrará mayor grandeza y más facilidad en comprender una clase de fisiología del cuerpo humano que aquel de económicas cuyo interés es nulo.

Por el contrario, aquellos sentimientos inadecuados nos dificultarán el conocimiento de la verdad, de tal manera que pueden constituir una barrera insalvable para conocer aquellas cosas más evidentes.

Son ejemplos de esto segundo, las opiniones que se extienden cada vez más sobre el respeto que merece la vida humana. Con la excusa de fomentar sentimientos de compasión frente a la mujer violada o a la adolescente precozmente embarazada, se ha conseguido que una gran parte de la sociedad vea como el gran derecho de la mujer el acabar con la vida del hijo que lleva en su seno, despreciando completamente la segunda.

Así podríamos ir analizando uno a uno los principales tópicos de los que se arma la sociedad de hoy en día para expresar sus opiniones sobre religión, política, historia, etc...

Ante éste fenómeno Balmes nos previene de la necesidad de «tener ideas fijas y opiniones formadas sobre las principales materias, y cuando esto no sea dable, lo mucho que importa el abstenerse de improvisarlas, abandonándonos a inspiraciones repentinas».

Ante esta reflexión, comprendemos que el principal argumento para atacar aquello que la Iglesia defiende es apelar a una mentalidad poco abierta. El desprecio a la única verdad del hombre postmoderno le lleva a rechazar cualquier idea fija, sin comprender que cuando no se reconoce nada como lo que es, todo se destruye, cayendo en un nihilismo que solo puede llevar al sinsentido.

Penetrando en este aspecto, es lógico pues que nuestro escritor sea muy crítico con el arte contemporáneo, cuya única preocupación es exaltar los sentimientos, sin importar hacia dónde dirigen éstos al entendimiento humano, o dirigiéndolo abiertamente al error. Así, se atreven a llamar arte y acoger en una Universidad de prestigio una exposición que insulta y degrada la figura de la Sagrada Familia de una manera penosa y vulgar, sin que siquiera el sentido común, anestesiado, se advierta de la gravedad del asunto.

Así, las series de televisión de emisión diaria se constituyen en el principal medio para formación de la opinión pública, llevando cualquier realidad a situaciones extremas con el único propósito de evocar sentimientos que penetran como una peste altamente enfermiza para el alma. La mayor parte de los espectadores, desprovista de un criterio firme, absorbe como una esponja de coral todo lo que les han querido transmitir.

Así, sin ir más lejos, podemos reconocer en nosotros mismos comentarios sobre una película objetivamente bien realizada, reconociéndola como una obra de arte, mientras en ella se ha atacado sutilmente o no tanto a la familia, la virtud de la pureza o a la misma Iglesia.

Lejos de despreciar algo que ha sido pensado por Dios, Balmes nos muestra el lugar que las pasiones deben ocupar en el conocimiento:

La razón es fría pero ve claro: [se debe] darle calor y no ofuscar su claridad, las pasiones son ciegas, pero dan fuerza, [a éstas] darles dirección y aprovecharse de su fuerza.

El entendimiento sometido a la verdad, la voluntad sometida a la moral, las pasiones sometidas al entendimiento y a la voluntad y todo ilustrado, dirigido, elevado por la religión; he aquí el hombre completo, el hombre por excelencia. En él la razón da luz, la imaginación pinta, el corazón vivifica, la religión diviniza.

Esperamos que la sencillez de estas reflexiones, invite al lector a acudir a la lectura de Balmes, para armarse de criterios sólidos con los que enfrentarse al error, que de forma basta algunas veces y sutil en otras, llama continuamente a nuestra puerta y poder así desarmarlo a los ojos de aquellos que habiendo bebido de sus fuentes tienen sed de la verdad.

BIOGRAFÍA DE JUAN DONOSO CORTÉS

MONTSE SERRA

JUAN Donoso Cortés, marqués de Valdegamas, nació en el valle de La Serena el 6 de mayo de 1809. Tuvo una educación cristiana en su noble hogar, aunque su formación universitaria intelectual fue rápida y atropellada. Al contrario que Balmes, Donoso es más romántico e idealista, aficionado a síntesis históricas, más artista y más soñador, con actitudes de poeta. Penetró como nadie en la esencia del principio revolucionario, vio sus consecuencias y las predijo.

Inició los estudios de Derecho en la universidad de Salamanca, continuó en Cáceres y en la universidad de Sevilla. Terminó a los 19 años y regentó un año la cátedra de Humanidades en el instituto de Cáceres. En 1830 partió para Madrid.

Alcanzó notables triunfos, siendo aún muy joven, en el Ateneo y en la prensa. Devoraba, sin criterio alguno, toda clase de libros, principalmente franceses, de historia, política y filosofía. Aunque siempre fue profundamente religioso, se afilió al partido liberal y llegó a pronunciar frases en honor de Lutero y de la Revolución francesa. La filosofía de Victor Cousin obscureció algún tiempo su inteligencia; pero su voluntad se mantuvo siempre recta. Dijo más tarde que dos cosas le habían salvado de aquella época crítica: «el sentimiento exquisito que siempre tuve de la belleza moral y una ternura de corazón que llega a ser una flaqueza; el primero debía hacerme admirar el catolicismo y la segunda me debía hacer amarle con el tiempo».

Su primera actuación en el Parlamento fue en 1838, donde se reveló como orador grandilocuente, y ya entonces, habló de Dios y de la Providencia. Sin embargo, hasta 1847 y 1848 no rompió abiertamente con el liberalismo doctrinario.

En 1840 emigra a París con la reina regente. Allí recibe influjos tradicionalistas del conde De Maistre y de Bonald. En 1843 regresa a Madrid, y en 1847 publica *El Faro*, artículos sobre Pío IX, coincidiendo con Balmes. Alaba al pontífice y proclama que la fraternidad y libertad se deben a la Iglesia.

Poco antes de que estallara la revolución del 48 afirma rotundamente que está dispuesto a seguir «nuevos derroteros y rumbos». Desde ahora su pluma y su palabra están al servicio de la verdad católica. Se ha discutido si hubo en Donoso verdadera conversión. Él lo dice así: «Yo siempre fui creyente en lo íntimo de mi alma; pero mi fe era estéril, porque ni gobernaba mis pensamientos, ni inspiraba mis discursos, ni guiaba mis ac-

ciones. Creo, sin embargo, que si en el tiempo de mi mayor abandono y de mi mayor olvido de Dios me hubieran dicho: “Vas a hacer abjuración del catolicismo o a padecer grandes tormentos”, me hubiera resignado a los tormentos por no hacer abjuración del catolicismo. Entre esta disposición de ánimo y su conducta había, sin duda, una contradicción monstruosa... Tuve un hermano, a quien vi vivir y morir, y que vivió una vida de ángel y murió como los ángeles morirían, si murieran. Desde entonces juré amar y adorar, y amo y adoro... Cómo usted ve, aquí no ha tenido influencia ni el talento ni la razón; con mi talento flaco y con mi razón enferma, antes que la verdadera fe me hubiera llegado la muerte. El misterio de la conversión es un misterio de ternura. No le amaba, y Dios ha querido que le ame, y le amo; y porque le amo, estoy convertido».

El 4 de enero de 1849 pronunció el famoso discurso en el Parlamento «Cuando el termómetro religioso está subido, el termómetro de la represión está abajo, y cuando el termómetro religioso está abajo, la represión política, la tiranía, está alta». Nuevos discursos, como el «Discurso sobre Europa», electrizaron el Congreso en 1850. Afronta las cuestiones sociales y exclama: «¿Se quiere combatir el socialismo? Al socialismo no se le combate... si se quiere combatir al socialismo, es preciso acudir a aquella religión que enseña caridad a los ricos, a los pobres la paciencia...». Y luego: «El remedio radical contra la Revolución y el socialismo no es más que el catolicismo, única doctrina que es su contradicción absoluta».

En 1851 es enviado como embajador a París, donde se relaciona con personalidades de la política y diplomacia europeas, y es la figura más saliente del mundo católico y diplomático. Allí escribe, negocia, hace obras de caridad y se santifica. Todas las semanas visitaba a los pobres, y a menudo muchas veces. Entre sor Rosalía y él mediaba un pacto con que habían concertado ayudarse mutuamente en el ejercicio de sus buenas obras. Esta Hija de la Caridad le conducía a la morada de los pobres, y él por su parte hacía para con ella el oficio de embajador cerca de los ricos y poderosos del mundo. Las Hermanitas de los Pobres tenían en él su más fiel y generoso protector...

Caracterizado por su alegría y su palabra pronta, inflamada, sincera, que era lo más inofensiva que podamos imaginar. La humildad era su virtud más llamativa, había echado raíces muy hondas en su alma.

Discurría acerca de su fe como un hombre de genio, la practicaba como un niño, sin solemnidad, sin miramiento alguno humano. Cómo escribía al conde Raczynski, embajador de Prusia en Madrid: «Levanto a Dios los ojos y veo en Él lo que en vano buscaría en otra parte».

En sus discursos parlamentarios, de perenne actualidad, contra el liberalismo y el socialismo y en todos sus escritos, el marqués de Valdegamas nos dejó sus visiones políticas y su concepción filosófica y cristiana. Donde aparecen más

sistematizadas es en el *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*, publicado en 1851. El único libro español que influye en el pensamiento contrarrevolucionario de Europa y en el que pone como base que en toda cuestión política va envuelta otra cuestión religiosa.

Cuando tenía todo preparado para ingresar en la Compañía de Jesús, le alcanzó la muerte el 3 de mayo de 1853, a los cuarenta y tres años.

Donoso fue un profeta de la historia, y lo fue precisamente por sus intuiciones a la luz de la fe.

ORACIÓN POR LA IGLESIA EN IRLANDA

Dios de nuestros padres,
renuévanos en la fe que es nuestra vida y salvación,
en la esperanza que promete perdón y renovación interior,
en la caridad que purifica y abre nuestro corazón
a amarte a ti, y en ti, a todos nuestros hermanos y hermanas.

Señor Jesucristo,
que la Iglesia en Irlanda renueve su compromiso milenario
en la formación de nuestros jóvenes en el camino
de la verdad y la bondad, la santidad y el servicio generoso a la sociedad.

Espíritu Santo, consolador, defensor y guía,
inspira una nueva primavera de santidad y celo apostólico
para la Iglesia en Irlanda.

Que nuestro dolor y nuestras lágrimas,
nuestro sincero esfuerzo por corregir los errores del pasado
y nuestro firme propósito de enmienda,
den una cosecha abundante de gracia
para la profundización de la fe
en nuestras familias, parroquias, escuelas y comunidades,
para el progreso espiritual de la sociedad irlandesa,
y el crecimiento de la caridad,
la justicia, la alegría y la paz en toda la familia humana.

A ti, Trinidad,
con plena confianza en la amorosa protección de María,
Reina de Irlanda, Madre nuestra,
y de san Patricio, santa Brígida y todos los santos,
nos encomendamos nosotros mismos,
y a nuestros hijos
así como las necesidades de la Iglesia en Irlanda.

Amén.

(De la Carta de Benedicto XVI a los católicos de Irlanda, 19 de marzo de 2010)

«De cómo en toda gran cuestión política va envuelta siempre una gran cuestión teológica»¹

LUIS CUESTA CUESTA

Sobre el «Ensayo»

ANTES de embarcarnos en el desglose de esta rotunda pero verdadera afirmación hay que entender la obra que la da cabida. El *Ensayo* de Donoso Cortés es una reacción contra los desafueros de la razón; una expansión de un alma iluminada por la luz de la Verdad, un afán de restablecer los derechos de la libertad humana, encerrando a la razón dentro de los límites que le trazara la Sabiduría eterna, una contraposición entre la auténtica y verdadera libertad, la cristiana, y la falsa libertad, la racionalista

También se ha definido el *Ensayo* como una exposición teológico-doctrinal de principios y problemas políticos. Un análisis de errores liberales. Un esfuerzo para restablecer en la sociedad el imperio de las verdades católicas, poniéndola de nuevo bajo la tutela y amparo de la Iglesia y haciendo que su espíritu vivificante y sus fecundas enseñanzas penetren y dirijan a los entendimientos, los corazones, las costumbres, los gobiernos y las naciones.² En resumen, se podría decir que, junto al *Liberalismo es pecado*, de Félix Sardà y Salvany, son las dos obras antiliberales por excelencia del siglo XIX.

La teología, océano que contiene y abarca todas las cosas

DONOSO Cortés concebía la teología como la ciencia de Dios, el océano que contiene y abarca todas las ciencias, así como Dios es el océano que contiene y abarca todas las cosas. Aún más, Donoso creía que todas las cosas están en Dios y que Dios está en todas las cosas, sin caer aquí en ningún tipo de panteísmo. Por otra parte, la fe es necesaria para conocer la Verdad. Si tenemos en cuenta esta afirmación, vemos que es necesario tener la fe en Dios para llegar a comprender la realidad que nos rodea. Esto no es una iluminación re-



Juan Donoso Cortés

ciente o del propio Donoso, sino que así lo han creído todos los hombres, en todos los tiempos que han considerado la religión como el fundamento indestructible de las sociedades humanas. Porque la sociedad (o la persona) que disminuye su fe o confianza en Dios, lleva asociada esta disminución de fe a una disminución de la verdad, pero no lleva consigo forzosamente la disminución, sino el extravío de la inteligencia humana. Donoso escribe: «Misericordioso y justo a un tiempo mismo, Dios niega a las inteligencias culpables la verdad, pero no las niega la vida; las condena al error, mas no a la muerte». Como vemos, Donoso ve totalmente improbable que una persona sin fe pueda alcanzar la verdad porque la verdad es única y está en Dios («Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida»), pero ésta ausencia de fe no provoca una ausencia de la inteligencia en la persona humana sino un «oscurecimiento». De esta manera se puede entender que los últimos siglos hayan sido unos siglos de pérdida de fe generalizada de las sociedades occidentales pero que a la vez han producido una cantidad de cultura altísima. En las sociedades que abandonan el culto austero de la verdad por la idolatría del ingenio no hay esperanza ninguna, dice Donoso Cortés seguramente pensan-

1. Juan Donoso Cortés, *Ensayo*, libro primero, capítulo I.

2. Fernando Serrano y Misas, «De lo que es el *Ensayo* y la lección que nos da», *Cristiandad*, marzo de 1947.

do en todas las sociedades occidentales baluartes de la Cristiandad en el pasado y que ya en el siglo XIX habían desarrollado la revolución liberal en su seno. Donoso hablaba con conocimiento de causa ya que él mismo había sufrido una conversión que explica de la siguiente manera: «yo siempre fui creyente en lo íntimo de mi alma; pero mi fe era estéril, porque ni gobernaba mis pensamientos, ni inspiraba mis discursos, ni guiaba mis acciones».

Donoso afirma que el hombre que no está unido a Dios por la Providencia, la gracia y la revelación no lo está de ninguna manera. Por tanto, aquél que niegue cualquiera de estas tres facetas, no podrá nunca afirmar que está realizando la voluntad de Dios. Y en la política, es exactamente lo mismo. La mentalidad liberal lleva a argumentar que una cosa es la fe y otra la política, que una cosa es ser católico y otra cosa es la actuación profesional política o de diversión. En definitiva, que una cosa es el ser y otra distinta el actuar y que ambos no han de estar vinculados de tal de tal manera que el obrar no ha de seguir al ser. Y lo contrario lo rechazan como un «error integrista» o «la negación de la legítima autonomía de lo humano». Pero hay que entender la legítima autonomía de las cosas creadas, tal como lo afirma la Iglesia en el Concilio Vaticano II: «que la realidad creada es independiente de Dios y que los hombres pueden usarla sin referencia a su Creador, no hay creyente a quién se le oculte la falsedad envuelta en tales palabras».³ Por tanto, no hay ninguna esfera de lo humano, ni siquiera la política, que escape a la redención de Jesucristo. En cuanto consideramos la política como un aspecto más de lo humano, tampoco puede escapar de la teología. Esta cuestión, nos lleva al núcleo de este artículo, que es la influencia de la teología en lo político.

La teología en lo político

DONOSO afirma que todo error político es en el fondo un error teológico «Posee la verdad política el que conoce las leyes a las que están sujetos los gobiernos; posee la verdad social el que conoce las leyes a las que están sujetas las sociedades humanas; conoce estas leyes el que conoce a Dios; conoce a Dios el que oye lo que Él afirma de sí y cree lo mismo que oye. La teología es la ciencia que tiene por objeto estas afirmaciones. De donde se sigue que toda afirmación relativa a la sociedad o al gobierno supone una afirmación relativa a Dios, o lo que es lo mismo, que toda verdad

3. Javier Jaurrieta Galdiano, pbro., «El pensamiento antiliberal de Donoso Cortés», *Cristiandad*, noviembre-diciembre de 1999.

política o social se convierte forzosamente en una verdad teológica».

Por tanto, Donoso demuestra no sólo la posibilidad, sino la realidad de la perfecta armonía entre la ciencia teológica y la ciencia política cuando ésta no se aparta de los principios cristianos. Donoso entiende que si todo se explica en Dios y por Dios, y la teología es la ciencia de Dios, en quien y por quien todo se explica, la teología es la ciencia de todo. La ciencia política, la ciencia social, no son más que clasificaciones arbitrarias que el hombre en su flaqueza distingue, mientras que para Dios todo está en una unidad simplicísima. En Dios no hay sino una afirmación, única, indivisible y soberana, cuando los hombres quizá estamos viendo una afirmación política, social, o religiosa. Por tanto, la teología es el asunto perpetuo de todas las ciencias, así como Dios es el asunto perpetuo de las especulaciones humanas. En rectitud, en vez del título que encabeza este artículo se tendría que sustituir por la siguiente «de cómo en toda gran cuestión, va envuelta siempre una gran cuestión teológica». Incluso la persona que más niegue la naturaleza divina de Dios, no puede cambiar la realidad de su naturaleza, que ha sido creada por Dios.

Por tanto, el error liberal consiste en haber negado o falseado el orden inmutable existente que Dios ha puesto en las cosas. Este orden consiste en la superioridad jerárquica de todo lo que es sobrenatural sobre todo lo que es natural y, por consiguiente, en la superioridad jerárquica de la fe sobre la razón, de la gracia sobre el libre albedrío, de la Providencia divina sobre la libertad humana y de la Iglesia sobre el Estado; en resumen, la superioridad de Dios sobre el hombre. Es una cosa puesta fuera de toda duda que todo movimiento político y social que sale de las vías católicas conduce a las naciones fuera de las vías de la civilización hasta volver a dar con ellas en las edades bárbaras. Esto mismo, que nos enseña la razón, nos lo atestigua la Historia.

La teología en lo político a través de la historia

DONOSO repasa las grandes civilizaciones humanas que ha habido a lo largo de la historia para confirmar su afirmación anterior. «En los pueblos orientales, como en las repúblicas griegas, y en el imperio romano como en las repúblicas griegas y en los pueblos orientales, los sistemas teológicos sirven para explicar los sistemas políticos: la teología es la luz de la historia». Sólo hay que ver el ejemplo del pueblo de Israel para darse cuenta de esta realidad; cuando Moisés levantaba las manos al Señor, Israel no podía ser vencido, y

no podía vencer cuando las derribaba hacía el suelo. Igualmente, Roma cae porque sus dioses sucumbieron. Por último, la máxima expresión de la unión o relación entre la teología y la política es el juicio contra Jesucristo, donde lo que motivó su condena fue que se había llamado a sí mismo «Hijo de Dios» (teología) y que una gran multitud había estado a punto de proclamarle «rey de los judíos» (política). También, se puede ver esta dicotomía en los mismos verdugos de Jesucristo, Caifás lo veía desde la óptica religiosa, aunque estaba completamente seguro de las connotaciones políticas del problema y así se lo hace ver a Pilatos, que sólo lo ve desde la óptica política.

Causas teológicas en la Revolución

YA hemos podido comprobar tanto teóricamente como observándolo a lo largo de la historia, que no se puede disociar la religión en el análisis político. Por eso, hay que ver las consecuencias de todo este proceso, en el mayor error de nuestros tiempos que es la Revolución liberal. La síntesis de las doctrinas de la Revolución se reducen a que el hombre deberá rechazar toda norma o creencia que no se acomode a los dictámenes de la pura razón individual, es decir, que admite como axioma la autonomía ética del hombre, en otras palabras, el naturalismo. Autonomía y naturalismo que supone una radical ruptura con Dios, a quien los hombres no se sienten subordinados y cuya existencia incluso pueden negar o desconocer. Como la naturaleza y la ley son anteriores y superiores a los mandatos de la ley civil, ésta sólo puede fundarse sobre la noción de un «contrato social». La soberanía del pueblo, con carácter de inalienable, se impone como criterio general en los siglos XVIII y XIX. Para que tales ideas políticas llegaran a prevalecer, fue necesario que la filosofía fuera destruyendo las nociones cristianas, la creencia en Dios, en la Providencia y en la inmortalidad. De esta manera, se imponía que la razón del hombre es el único criterio válido, alegando que fue la única ley antes de que se instituyera la sociedad civil y, una vez establecida ésta, es la piedra fundamental para la validez de todas las leyes. Toda esta doctrina revolucionaria de Rousseau, Locke, Voltaire, Hobbes fue minando poco a poco los fundamentos últimos de las sociedades cristianas de la época.

Donoso ve claro que los intentos bien intencionados de algunos de buscar una conciliación entre las consecuencias del pensamiento revolucionario y la doctrina cristiana son radicalmente absurdos y completamente estériles. Por esto, proclama la necesidad y urgencia de un orden rehecho desde los

mismos fundamentos, lo que quiere decir, que hay que decidirse de una vez a poner en vigor los principios cristianos con todas sus consecuencias, arrancando del supuesto –y de la realidad– de que el orden social en que estamos viviendo, no es cristiano, sino radicalmente naturalista y pagano, semejante en muchos aspectos al que prevalecía en la Roma antigua y en la época de las invasiones bárbaras, antes de que fueran penetradas por las ideas cristianas para dar origen a la Cristiandad.⁴

Conclusiones

EN este artículo hemos querido expresar a partir del título que lo encabeza, una síntesis de los aspectos más fundamentales del pensamiento de Juan Donoso Cortés en el *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*. Donoso es un autor que tuvo una conversión progresiva, y por esta razón, nos avisa y alerta categóricamente del error liberal. Ve muy claro que Dios y política no se pueden separar como realidades diferentes. Pero Donoso no se limita a denunciar las consecuencias o los errores que observa en el mundo de su época sino que va más allá, analizando las posibles causas. Estas causas, él las observa en la sociedad francesa primero y posteriormente en el resto de Europa, y es el ataque progresivo de las filosofías revolucionarias a los fundamentos cristianos de la sociedad. Se sustituye la fe en Dios y la humilde aceptación de que lo sobrenatural es superior a lo natural por la entronización de la razón humana como único medio válido para conocer la verdad. Y de esto, si lo pasamos a la polis, se deduce que la soberanía del pueblo es el fundamento último de cualquier sociedad política, desplazando a Dios fuera de cualquier decisión política, ya que al diferenciar las dos realidades, no se puede argumentar desde la religión como criterio válido.

Como ya hemos visto al principio del artículo, la Verdad es única y reside en Dios; por lo tanto, toda actuación política según estos principios llevará inexorablemente a la sociedad al error y a la confusión. Donoso realiza un análisis brillante de los problemas de su época y podemos decir que no se equivocó al ver los efectos de la Revolución en nuestros días. Por último, Donoso (y nosotros) veía como solución frente al error del liberalismo, sobrenaturalizarlo todo. Tenemos la certeza de que el Corazón de Jesús reinará en España y que Cristo Rey triunfará, esa es nuestra esperanza teológica y... política.

4. Jesús Sáinz Mazpule, «El concepto de Revolución en Donoso Cortés», *Cristiandad*, mayo de 1953.

La carta al cardenal Fornari, de Juan Donoso Cortés

LUIS TOMÁS GARCÍA

«En los tiempos que alcanzamos, el error está en todas partes: está en los libros, en las instituciones, en las leyes, en los periódicos, en los discursos, en las conversaciones, en las aulas, en los clubs, en el hogar, en el foro, en lo que se dice y en lo que se calla. Apremiado por el tiempo, he preguntado a lo que está más cerca de mí; y me ha respondido la atmósfera».

JUAN DONOSO CORTÉS: *Carta al cardenal Fornari*

La petición de un «Syllabus» de errores

EN 1849 recibía Pío IX, exiliado en Gaeta (en el reino de las Dos Sicilias) a causa de las revoluciones del año anterior, una petición proveniente del concilio provincial de Spoleto convocado por el cardenal Pecci, futuro León XIII, en la que se instaba al Pontífice a que constituyera un índice de los errores que se presentaban en aquellos días:

«Pidamos insistentemente a S. S. el Papa que nos dé una constitución en la que, censurando los diversos errores relativos a este triple asunto –Iglesia, autoridad, propiedad– cada uno con su nombre propio y de tal manera que se pueda, por decirlo así, abarcarlo de una sola ojeada, se les aplique la censura teológica debida y se les condene en la forma ordinaria. En efecto, aunque estos mismos errores modernos hayan sido ya separadamente condenados por la Iglesia, el santo Concilio está, no obstante, persuadido de que sería de gran provecho para la salud de los fieles presentárselos en la forma que se presentan en nuestros días agrupados en índice y calificados con su nota específica.»

Recogió Pío IX la idea con la prudencia característica de los papas y en 1852 encomendó los trabajos preparatorios para la elaboración de un posible documento que diera respuesta a la petición. Dicha tarea fue confiada al cardenal Fornari.

Donoso, Veuillot y L'Univers

RAFFAELE cardenal Fornari fue designado en 1843 nuncio apostólico en Francia y creado cardenal *in pectore* en 1846. En la época de su nunciatura en París *L'Univers* era el portador del estandarte católico en la prensa periódica francesa, y su editor Louis Veuillot, luchador incansable contra el liberalismo. Acerca del periódico escribiría Donoso Cortés:

«Hoy día es menester que la verdad dé en el tímpano del oído, y que resuene en él monótona y perpetuamente, si sus ecos han de llegar hasta el recóndito santuario en donde las almas yacen enervadas y dormidas. Los combates de tribuna sirven poco: los discursos, siendo frecuentes, no cautivan: siendo raros, no dejan huella en la memoria; los aplausos que arrancan, no son triunfos, porque se dirigen al artista, no se dirigen al cristiano. Entre todos los periódicos que hoy ven la luz pública en Francia, el *Univers* es el que me parece que ha ejercido, sobre todo en estos últimos tiempos, la influencia más saludable y provechosa.»

Siendo embajador en Berlín, escribía esto Donoso al conde Charles de Montalembert en 1849, en una carta en respuesta a su felicitación por uno de sus famosos discursos. Por aquel entonces Montalembert aún mantenía buenas relaciones con *L'Univers* y aún no había roto con Veuillot, pero en el texto de la carta se percibe el intento de contener al conde en el camino que había de tomar hacia el liberalismo.

Es en noviembre del mismo año cuando Donoso y Veuillot se conocen al pasar aquel por París de regreso de la embajada. En este encuentro germinaría el *Ensayo*, publicado en París en 1851, al mismo tiempo que en Madrid, en la biblioteca iniciada por Veuillot. La persecución que sufrió Veuillot a propósito de la publicación de la obra de Donoso por los católicos liberales franceses (Montalembert, Gaduel, Dupanloup, entre otros) se cobró la vida de la biblioteca y cargó contra *L'Univers*, a la vez que el Papa animaba a Veuillot a continuar el combate.

Mientras, el cardenal Fornari era nombrado prefecto de la Sagrada Congregación de Estudios ese mismo año, tras haber sido hecho público su cardenalato un año antes. Sería, además, quien presidiría, también por encargo del Papa, la comisión encargada de preparar la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción.

La consulta del Papa

CON fecha de 20 de mayo de 1852 remite el cardenal Fornari una carta a Louis Veuillot de la cual se extrae lo siguiente:

«Habiendo la Santidad de nuestro Señor decidido emprender estudios sobre el estado intelectual de la sociedad moderna en lo que toca a los errores más generalmente difundidos relativos al Dogma y a sus puntos de contacto con las ciencias morales, políticas y sociales, ha deseado que se recurra para tener más amplias y seguras informaciones, a los personajes que por sus trabajos y por su situación se juzguen más capaces de desempeñar esta misión.

»Habiendo sido encargado por Su Santidad de dar cumplimiento a sus órdenes y apreciando por otra parte el mérito de los conocimientos de V. S. y la pureza de su celo por cuanto concierne al bien de la Iglesia católica, no he dudado un momento en invitarle a tomar parte en este trabajo que no puede dejar de ser útil a los intereses de toda la Cristiandad.»

Añadía el cardenal al final que se guardase «un religioso silencio sobre todo este asunto» (que Donoso guardó con gran celo) y que se contestara en el plazo de un mes. No sabemos si es esta la misma carta que remitió a Donoso Cortés, pero lo que sí conocemos, por la respuesta que remitió éste, es que recibió el mismo encargo.

Al eminentísimo cardenal Fornari sobre el principio generador de los más graves errores modernos

COMIENZA la carta con la que responde el español al cardenal Fornari lamentándose de la arrogancia con la que se ponen en aplicación a la sociedad las herejías y los errores: «El árbol del error parece llegado hoy a su madurez providencial: plantado por la primera generación de audaces heresiarcas, regado después por otras y otras generaciones, se vistió de hojas en tiempos de nuestros abuelos, de flores en tiempos de nuestros padres, y hoy está delante de nosotros y al alcance de nuestra mano, cargado de frutos.» Prosigue después justificando el documento que pedía el cardenal Pecci en Spoleto: «Sus frutos deben ser malditos con una maldición especial, como fueron en los tiempos antiguos las flores con que se perfumó, las hojas que le cubrieron, el tronco que las sostuvo, y los hombres que lo plantaron.»

Vuelve Donoso a los temas tratados en el *Ensa-*

yo, centrándose en las cuestiones políticas y sociales. El origen de los errores contemporáneos está en la negación de que Dios cuide y tenga misericordia de los hombres y de que el hombre haya sido concebido en pecado y necesite de Dios.

La negación del sobrenaturalismo

DE estas negaciones se siguen y se afirman diversas cosas. Negado el pecado, no hay otro mal que aquel que la razón entiende como mal, ni otro pecado que aquel que la razón dice que es pecado. No hay verdad alguna a la que la razón, sana de por sí, no pueda alcanzar, no siendo verdad aquella a la que no alcanza. La voluntad del hombre no necesita ser rectificadora, es recta de por sí. La vida temporal no es un tiempo de santificación sino de gozo en el que debemos buscar el placer huyendo del dolor, carente de sentido, y elevarnos por nuestros propios esfuerzos, por medio de un progreso indefinido, a las más altas perfecciones. El hombre es bueno y sano de por sí.

Estas negaciones y afirmaciones con respecto al hombre conducen a otras respecto a Dios: «En la suposición de que el hombre no ha caído, procede negar, y se niega, que el hombre haya sido restaurado. En la suposición de que el hombre no haya sido restaurado, procede negar, y se niega, el misterio de la Redención y el de la Encarnación, el dogma de la personalidad del Verbo, y el Verbo mismo. Supuesta la integridad natural de la voluntad humana, por una parte; y no reconociendo, por otra, la existencia de otro mal y de otro pecado sino el mal y el pecado filosófico, procede negar, y se niega, la acción santificadora de Dios sobre el hombre, y con ella el dogma de la personalidad del Espíritu Santo. De todas estas negaciones resulta la negación del dogma soberano de la Santísima Trinidad, piedra angular de nuestra fe, y fundamento de todos los dogmas católicos».

De aquí nace un vasto sistema de naturalismo, contradicción radical de la asistencia sobrenatural de Dios, obra de su infinito amor y de su misericordia infinita al hombre pecador necesitado de perpetuo socorro. Ese sobrenaturalismo, que es «clave universal y universal explicación de las cosas humanas», es también «negado, implícita y explícitamente, por los que afirman la concepción inmaculada del hombre: y los que esto afirman hoy, no son algunos filósofos solamente; son los gobernadores de los pueblos, las clases influyentes de la sociedad, y aun la sociedad misma, envenenada con el veneno de esta herejía perturbadora».

El desprecio a la Iglesia

No se detiene aquí este naturalismo. Si la fe no es necesaria, la razón es soberana e independiente. Los progresos de la verdad dependen de los progresos de la razón. Si la voluntad del hombre es de por sí recta le basta el atractivo del bien para seguir el bien, sin el auxilio sobrenatural de la gracia. Si este auxilio no es necesario tampoco son necesarios los sacramentos ni las oraciones que los procuran. Si la oración no es necesaria, ésta es ociosa e inútil, y con ella la vida contemplativa. Si el hombre no necesita de sacramentos tampoco necesita de quien se los administre; y si no necesita de Dios, tampoco de mediadores. De aquí surge el desprecio o la proscripción del sacerdocio. Allí donde el sacerdocio es despreciado, la Iglesia es despreciada, y este desprecio es igual al desprecio de Dios. «Allí donde Dios está relegado en el cielo, la Iglesia está relegada en el Santuario; y al revés, allí donde el hombre vive sujeto al dominio de Dios, se sujeta también natural e instintivamente al dominio de su Iglesia».

Así, habiendo el hombre rechazado todo sobrenaturalismo, no necesitando a Dios ni a su Iglesia, convierte sus ojos hacia la tierra y se consagra al culto de los intereses materiales. Este estado de riqueza material y de indigencia religiosa hace «imposible de toda imposibilidad» impedir la invasión de las revoluciones y el advenimiento de las tiranías. Atado Dios a su cielo y escondida la Iglesia en su Santuario se intenta vanamente rellenar el gran vacío que en la sociedad deja con una distribución artificial y equilibrada de los poderes públicos.

La herencia del liberalismo

TRATADOS hasta aquí los principales errores de los hombres, comienza Donoso a tratar los errores, «todavía más perniciosos y abominabilísimos», de aquellos que reclaman la gran herencia de la gobernación de las naciones, que no son más que consecuencias lógicas, inevitables de los errores del liberalismo.

Se preguntan estos si, siendo nuestra razón luminosa y nuestra voluntad recta, no serán también nues-

tras pasiones, presentes en nosotros como nuestra razón y nuestra voluntad, excelentísimas. Si no ha de haber, suponiendo lo anterior, libertad absoluta de pensar, querer y obrar. Si siendo la discusión buena como medio de llegar a la verdad, ha de haber cosas sustraídas a su jurisdicción soberana. Si moviéndonos indefinidamente hacia el bien movidos por nuestra razón, no se ha de elevar el gozo a la concupiscencia. Si siendo la Iglesia inútil, se le ha de consentir en el Santuario. Y si no siendo Dios bueno en la sociedad, se le ha de consentir en el Cielo.



Beato Pío IX

Hay aún un error que, por sus consecuencias, es más trascendental. Es el de aquellos que creen que estos errores no nacen necesaria e inevitablemente de los otros. «Si la sociedad no sale prontamente de este error, y si saliendo de él, no condena a los unos como consecuencias y a los otros como premisas, con una condenación radical y absoluta, la sociedad humanamente hablando, está perdida».

Distingue Donoso dos destinos para estos frutos inevitables del liberalismo: los que van a parar a una confusión absoluta y a una absoluta anarquía; y los que hacen necesario para su realización un despotismo de proporciones gigantescas. Los primeros destruirán todas las instituciones, exaltando la libertad individual a expensas de la autoridad pública suprimida. Los segundos suponen una ambición organizadora, suprimiendo la libertad humana y expandiendo sin límite la autoridad del Estado. Son estos los hijos de los errores liberales: el socialismo y el comunismo.

Los errores religiosos del socialismo y el comunismo

Lo monstruoso de estos errores sociales proviene de lo magno de sus errores religiosos. «Los socialistas no se contentan con relegar a Dios en el Cielo, sino que pasando más allá hacen profesión pública de ateísmo, y le niegan en todas partes. Supuesta la negación de Dios, fuente y origen de toda autoridad, la lógica exige la negación de la autoridad misma, con una negación absoluta: la negación de la paternidad universal lleva consigo la negación de la paternidad doméstica; la negación

de la autoridad religiosa lleva consigo la negación de la autoridad política. Cuando el hombre se queda sin Dios, luego al punto el súbdito se queda sin rey, y el hijo se queda sin padre».

En cuanto al error religioso del comunismo, Donoso ve evidente su procedencia de las herejías panteístas, analizándolo de manera magistral: «Cuando todo es Dios y Dios es todo, Dios es, sobre todo, democracia y muchedumbre: los individuos, átomos divinos y nada más, salen del todo que perpetuamente los engendra, para volver al todo que perpetuamente los absorbe. En este sistema, lo que no es el todo, no es Dios, aunque participe de la divinidad; y lo que no es Dios, no es nada, porque nada hay fuera de Dios, que es todo. De aquí ese soberbio desprecio de los comunistas por el hombre, y esa negación insolente de la libertad humana. De aquí esas aspiraciones inmensas a una dominación universal por medio de la futura demagogia, que ha de extenderse por todos los continentes, y ha de tocar a los últimos confines de la tierra. De aquí esa furia insensata con que se propone confundir y triturar todas las familias, todas las clases, todos los pueblos, todas las razas de las gentes, en el gran mortero de sus trituraciones. De ese oscurísimo y sangrientísimo caos debe salir un día el Dios único, vencedor de todo lo que es vario; el Dios universal, vencedor de todo lo que es particular; el Dios eterno sin principio ni fin, vencedor de todo lo que nace y pasa: ese Dios es la demagogia, la anunciada por los últimos profetas, el único sol del futuro firmamento; la que ha de venir traída por la tempestad, coronada de rayos, y servida por los huracanes. Ese es el verdadero todo, Dios verdadero, armado con un solo atributo, la omnipotencia; y vencedor de las tres grandes debilidades del Dios católico, la bondad, el amor y la misericordia. ¿Quién no reconocerá en ese Dios a Luzbel, Dios del orgullo?».

Termina lamentándose temeroso del protagonismo de estas doctrinas en los tiempos apocalípticos: «Si un pavor religioso no me impidiera poner los ojos en esos tiempos formidables, no me sería difícil apoyar en poderosas razones de analogía la opinión de que el gran imperio anticristiano será un colosal imperio demagógico, regido por un plebeyo de satánica grandeza, que será el hombre de pecado».

Lo que afecta al gobierno de Dios sobre el hombre afecta a los gobiernos civiles

TRAS haber considerado en general los principales errores de los tiempos y que todos ellos tienen su origen en algún error religioso, considera Donoso oportuno ejemplificar más claramente esta dependencia. Toma el principio de indepen-

dencia y la soberanía de la razón como el primer error religioso de aquellos últimos tiempos. A este error religioso corresponde en el orden político la afirmación de la soberanía de la inteligencia. De aquí nacen las monarquías parlamentarias, el censo electoral, la división de poderes, la imprenta libre y la tribuna inviolable.

El segundo error que toma es la afirmación de que la voluntad es recta de suyo, no precisando del impulso ni el llamamiento de la gracia. En este error se gesta el sufragio universal y el sistema republicano, ya que no existe ninguna razón que no haya de ser dirigida, sino que todas son directoras.

Por tercer error se refiere a la immaculada concepción del hombre, por la cual todos los apetitos del hombre son excelentes. A este error en el orden religioso le sigue en el orden político que los gobiernos se han de ordenar al único fin de satisfacer todas las concupiscencias. En este error se fundan los sistemas socialistas y demagógicos. Sistemas que, según Donoso, se impondrán «siguiendo las cosas su curso natural por la pendiente que llevan».

De esta manera, la negación del pecado original, por un lado; y la negación de la necesidad del hombre de la dirección divina conduce a la afirmación de estas tres soberanías perturbadoras: la de la inteligencia, la de la voluntad y la de las pasiones.

Los errores liberales afectan a la Iglesia

LA Iglesia ha sido objeto de los mismos errores. Considerada en sí misma, la Iglesia se ha visto en la necesidad de resistir la avenida de perniciosos errores. Entre ellos, los más perniciosos son los que se dirigen contra el Pontificado. Señala el embajador español particularmente (quizás por ser entonces de actualidad, sostenido por el conde de Montalembert) aquel que niega al Vicario de Cristo la sucesión única e indivisa del poder apostólico.

Denuncia Donoso el gran error del catolicismo liberal: «Otros hay que persuadidos, por un lado, de la necesidad en que está el mundo, para no perecer, del auxilio de nuestra santa religión y de nuestra Iglesia santa; pero pesarosos, por otro lado, de someterse a su yugo, que si es suave para la humildad, es gravísimo para el orgullo humano, buscan su salida en una transacción, aceptando de la religión y de la Iglesia ciertas cosas, y desechando otras que estiman exageradas. Estos tales son tanto más peligrosos, cuanto que toman cierto semblante de imparcialidad propio para engañar y seducir a las gentes: con esto se hacen jueces del campo, obligan a comparecer delante de sí al error y a la verdad, y con falsa moderación, buscan entre los dos no sé

qué medio imposible. Suelen encontrarse, y se encuentran, en medio de los errores. Pero entre la verdad y el error no hay medio ninguno, sino un inmenso vacío: tan lejos está de la verdad el que se pone en el vacío, como el que se pone en el error. En la verdad no está sino el que se abraza con ella».

Considerada en las relaciones con el Estado, los errores son de varias especies en función de lo que se afirme de la Iglesia. La teoría de la igualdad entre Iglesia y Estado lleva a que las controversias se resuelvan por aveniencias y concordias, derivando finalmente en la vigilancia, la inspección y la censura de la Iglesia en nombre del Estado. Si la Iglesia es inferior al Estado, surgen las Iglesias nacionales y el revoco de las concordias con el Sumo Pontífice, y el derecho del Estado de gobernar la Iglesia. Por último, si la Iglesia no sirve para nada, negando la Iglesia misma, se da paso a la persecución religiosa.

La Iglesia, restauradora de los principios naturales

TODOS estos errores se resuelven en uno sólo, que consiste en «haber desconocido o falseado el orden jerárquico que Dios ha puesto en las cosas». Ese orden consiste en la superioridad de lo sobrenatural sobre lo natural: de la fe sobre la razón, de la gracia sobre el libre albedrío, de la Providencia divina sobre la libertad humana, de la Iglesia sobre el Estado. De Dios sobre el hombre.

«De la restauración de estos principios eternos del orden religioso, del político y del social depende exclusivamente la salvación de las sociedades humanas. Esos principios empero no pueden ser restaurados sino por quien los conoce; y nadie los conoce sino la Iglesia católica».

La proclamación del Dogma mariano y la nueva consulta

AL año siguiente de escribir esta carta moriría Donoso Cortés, y en junio de 1854 lo haría también el cardenal Fornari. Ese mismo año sería proclamado el dogma de la Inmaculada Concepción. No fue acompañada de la condenación expresa de los errores, de cuya conveniencia había hablado, ya años antes, la *Civiltà Cattolica*, y que habían aconsejado Veillot y el conde Avogadro de la Motta en sus cartas al cardenal Fornari.

Sin embargo, una vez proclamado el Dogma, Pío IX ordenó a la comisión encargada de él que permaneciera reunida trabajando para la investiga-

ción de los errores de la época de cara a una futura condenación. En 1860 esta comisión realizó una nueva consulta, más extensa esta vez. Dos años más tarde, con motivo de la canonización de san Miguel de los Santos y los Mártires del Japón, se reunirían en Roma casi todos los preladados del mundo. Allí cada uno recibiría una lista de proposiciones con el fin de que la estudiara y calificara.

Entre los que recibieron dicha lista figuraba monseñor Dupanloup, quien la despachó ligeramente temiendo que la condenación expresa de aquellos errores sólo trajera calamidades a la Iglesia que podrían solventarse siendo más conciliadores con la Revolución. A su vuelta de Roma tendría lugar una reunión, nefasta para el movimiento católico francés, en el castillo propiedad del conde de Montalembert en La-Roche-en-Brenil, en la que tomaría parte el obispo junto a Montalembert, el conde de Falloux, Teófilo Foisset y Agustín Cochin. De aquella nos queda la inscripción en una lápida de mármol en la capilla: «En esta capilla, Félix, obispo de Orleans, ha distribuido el pan de la palabra y el pan de la vida a un pequeño grupo de amigos cristianos que, acostumbrados hace tiempo a luchar por la Iglesia libre en el Estado libre, han formado pacto de consagrar a Dios y a la libertad los años que les restan de vida, hoy, 13 de octubre del año del Señor de 1862».

La publicación del «Syllabus»

FINALMENTE vería la luz, el 8 de diciembre de 1864, diez años después de la declaración del dogma de la Inmaculada Concepción, la encíclica *Quanta cura*, acompañada del *Syllabus*. El mismo *Syllabus* que pedía el cardenal Pecci y que Donoso Cortés veía tan necesario para condenar explícitamente los errores de aquellos y de estos tiempos; para condenar el Estado que lo es todo, lo interviene todo, lo realiza todo; de cuya competencia nada escapa: la familia, la educación y la enseñanza, qué ver, qué escuchar, qué decir, qué pensar, qué creer; para condenar la ciencia que excluye a Dios de su propia y magnífica obra, y se afana en sostener la incompatibilidad entre lo que exponen como verdad y la Verdad; para condenar la concepción del ser humano como un accidente más, que no tiene mayores derechos que nada de lo que le rodea; para condenar a los que, aplicando atroces tiranías en nombre de las libertades, niegan el legítimo derecho y el misericordiosísimo auxilio de Dios hacia su tan amada y necesitada creación, que es el hombre; para condenar la sociedad que relega a Dios a su cielo y a su Iglesia a su Santuario.

«LA MORT DE BALMES»

MN. JACINT VERDAGUER

Jacint Verdaguer dedicó a Balmes dos de sus composiciones poéticas: una de 1875, «Record a Balmes», de la que hay varias versiones y que en las obras completas lleva el título de «A Vic. En l'aniversari de la mort de Balmes», y «La mort de Balmes», de 1888, que reproducimos a continuació. (La versió castellana es de Francesc M^a Manresa i Lamarca)

«Qui vol veure viu a Balmes
corre, corre cap a Vic,
lo veurà en ses darreries
agonitzant en son llit.
¡Oh soldats de la fe santa,
s'aterra vostre cabdill,
aquell qui branda el nou glavi
dessota l'arnés antic,
aquell qui pel nou Golia
té la força de David!
¡S'apaga el far que semblava
lo far de l'esdevenir!
A Espanya donà una estrella
lo cel, donat-li aqueix fill,
¡i aqueixa estrella s'acluca
quan arribava al zenit!

En sa cara de cadavre
només los ulls semblen vius,
¡aquells ulls que tot ho veien
y la mort va enterbolint!
Son cos era branca dèbil
per son gegant esperit,
y adés al pendre volada
l'ha deixat romput aixís.
Fins li entreteja la cambra
d'on l'ample balcó fa obrir,
y al vell Montseny que s'hi aboca
li parla com un amic:
– ¡Noble front de Catalunya,
marxapeu de l'infinit,
bé me n'has dites de coses
que jo al món no podré dir!
Jamai ni en somnis te munto
sens baixar-ne esbalaït
i amb lo front fet una flama

com Moisès del Sinaí.
¡Oh! del ramat d'eixos pobles,
de Barcelona, Madrid,
de les serres catalanes,
de Puigmal a Montjuïc,
del Montserrat, nial d'hèroes,
despedeix-te'n tu per mi!
¡Ah! ¡si volant a la glòria
pogués posar-me en ton cim
per dir-li adéu a ma terra,
la terra que tant amí!
¡Oh Catalunya! ¡Oh Espanya!
¿per què us he amades aixís?
¡La cadena amb què volía
en un cor los cors junyir,
d'amor la dolça cadena,
me l'han trencada pel mig!
¡l veig la guerra que torna
muntada en un terbolí,
y veig armats en batalla
los pares contra dels fills,
i els camps patris sadollar-se
de sang d'Abels y Caïns!

¡Oh!, aturau-vos, aturau-vos,
prou de matar y morir;
jo us porto el ram d'olivera
que agermana els enemics.

Mes ¡ai!, sols odis responen
a l'amor de Jesucrist,
i de Llull i de Teresa
miro entrar en lo jardí
l'impietat matadora,
com la serp al paradís.
l veig rodar a l'abisme

lo regne que més estim,
entre el fum de la revolta
i els capgirells dels partits.
¡Oh Espanya, ma dolça Espanya,
pogués tornar-te a camí!
Si pogués escriure un dia,
escriure un dia i morir! –
Tot dient eixes paraules
se mig asseu en son llit,
en desvari pren la ploma
com son glavi el paladí:
– ¡Espasa, la meva espasa,
encara m'has de servir! –
segona ratlla o tercera,
la ploma li cau dels dits;
quan se veu sense la ploma,
s'abraça amb lo Crucifix:
– ¡Oh! Déu de l'ànima mia,
sols Vós no podeu fallir,
faró de mes esperances,
aurora de mos desigs;
immens, etern, immutable,
sol principi y sola fi,
font ont tota font s'abeura,
mar ont tot riu va a morir,
puix de mon no-res jo surto
per entrar en vostre infinit,
salvau Vós la patria mia...
mes ¡ai! Salvau-me ara a mi,
que en vostres braços estesos
encomano l'esperit.–

Lo sol tramunta la serra;
plorau, campanes de Vic:
¡per Espanya y per Europa,
que negra baixa la nit!



*Detalle de la escultura
que corona el mausoleo
de Jaime Balmes, en el
claustro de la catedral de
Vic, obra de Josep
Bover (1865)*

«LA MUERTE DE BALMES»

Quien quiera ver vivo a Balmes,
que corra hasta Vic;
lo verá en las últimas,
agonizando en su lecho.
¡Oh soldados de la fe santa,
se muere vuestro caudillo,
aquel que blandió la espada nueva
bajo el arnés antiguo;
aquel que para el nuevo Goliat
tiene la fuerza de David!
¡Se apaga el faro que parecía
el faro del porvenir!
El cielo regaló a España una estrella
al darle aquel hijo,
¡y aquella estrella se apaga
cuando llegaba al zénit!

En su cara de cadáver
sólo los ojos parecen vivir,
¡esos que todo lo veían
y la muerte va oscureciendo!
Su cuerpo era rama débil
para su espíritu gigante;
y de ello, al tomar el vuelo
lo ha dejado así partido.
Hasta le ahoga la habitación
donde el ancho balcón manda abrir
y al viejo Montseny que se muestra
le habla como a un amigo:
— ¡Noble frente de Cataluña
umbral del infinito,
cuántas cosas me has dicho
que al mundo no podré decir!
Jamás en sueños te remonto
sin bajar estupefacto.
¡Oh!, del rebaño de estos pueblos,

de Barcelona, Madrid,
de las sierras catalanas,
desde el Puigmal a Montjuic,
del Montserrat, nido de héroes,
¡despidete tú por mí!
¡Ah!, si volando a la gloria
pudiese posarme en tu cima
para decir adiós a mi tierra,
¡la tierra que tanto amé!
¡Oh Cataluña! ¡Oh España!
¿Por qué os he amado así?
La cadena con la que quería
unir los corazones en un solo corazón,
de amor la dulce cadena,
¡me la han cortado por la mitad!
¡Y veo la guerra que vuelve
montada en una tromba,
y veo armados en batalla
los padres contra los hijos,
y los campos de la patria saturarse
de sangre de Abeles y Caínes!

¡Oh!, deteneos, deteneos,
basta de matar y morir,
yo os traigo la rama de olivo
que hermana a los enemigos:

Pero, ¡ay!, sólo los odios responden
al amor de Jesucristo,
y en el jardín de Llull y de Teresa
veo entrar la impiedad matadora
¡como la serpiente del paraíso!

Y veo rodar al abismo
el reino que más quiero,
entre el humo de la revuelta

y las volteretas de los partidos.
¡Oh España, mi dulce España,
si pudiese enderezar tu camino!
¡Si pudiese escribir un día,
escribir un día y morir!
Así dice estas palabras
se incorpora en el lecho,
enloquecido toma la pluma
como la espada el paladín:
-¡Espada, mi espada,
aún me has de servir!-
a la segunda raya o tercera
se le escurre la pluma
de entre los dedos;
y al verse sin la pluma
se abraza al crucifijo:
-¡Oh Dios de mi vida!
solo Vos no podéis morir,
faro de mis esperanzas,
aurora de mis deseos;
inmenso, eterno, inmutable,
único principio y fin,
fuente de donde toda fuente mana,
mar que todo río ve morir,
pues de mi nada salgo
para entrar en vuestro infinito,
salvad Vos la patria mía...
pero ¡ay! salvadme ahora a mí
que en vuestras manos tendidas
encomiendo mi espíritu.-

El sol se esconde en la sierra,
llorad, campanas de Vic:
¡para España y para Europa
qué negra baja la noche!

La Virgen María en los últimos tiempos

RAMÓN GELPÍ

VAMOS a iniciar en este número un complemento a la sección que venimos denominando genéricamente «Contemplando la vida de Cristo». Se trata de una pequeña serie dedicada a la Virgen María, y que alternaremos con la que dedicamos a la contemplación del Evangelio. La hemos titulado, parafraseando a san Luis M^a Grignion de Montfort, «A Cristo por María», y con ella pretendemos extender esta contemplación a la Madre de nuestro Redentor; pero no tanto en su vida terrenal junto a su Hijo, con el que ejerció de Corredentora, sino más bien por su tutela sobre la Cristiandad, iniciada con aquel «Madre, he ahí a tu hijo» que describe san Juan al pie de la cruz.

Este primer artículo se refiere a cómo describe proféticamente san Luis María, la tutela de la Virgen Santísima sobre la Iglesia, especialmente en los últimos tiempos.

La devoción a María

EL culto a la Virgen María, a la que también llamamos Madre de Dios por solemne definición de Éfeso, es una característica propia de la Iglesia católica. También algunas de las iglesias cismáticas, aparte otras cuestiones que les alejan de la obediencia al Primado, son especialmente fieles a este culto mariano, y en este sentido no se distinguen de los católicos de rito oriental. No es el caso de la mayoría de las iglesias protestantes que suelen omitir la denominación «Virgen» y dicen solamente «la madre de Jesús».

Esta forma de definir de los protestantes merece un pequeño comentario; no porque interese realmente su punto de vista, sino porque el contraste con el dogma católico nos permitirá ahondar más en él.

Esta denominación de «la madre de Jesús» es la que utiliza san Juan en el Evangelio. Este evangelista no la llama por su nombre, pero menciona a María por su condición de madre. Los protestantes, en general y salvo algunas excepciones, admiten la concepción virginal del Verbo en el seno de su Madre María, pero suelen omitir la denominación de «Virgen» al referirse a ella. Ciertamente, por otra parte, a la Madre de Jesús la mencio-

nan raras veces. Esto se debe a una reticencia que mantienen con respecto a los católicos, a los que nos acusan de hacer de ella una especie de «diosa» al estilo de los antiguos paganos. Y es que estos protestantes, al no admitir la autoridad del Primado, y la asistencia del Espíritu Santo, tampoco pueden admitir el progreso doctrinal y dogmático que llamamos Tradición, y que es realmente el cumplimiento de las palabras de Jesús: «... *el que a vosotros oye, a mí me oye; y el que a vosotros rechaza, a mí me rechaza; pero el que a mí me rechaza, rechaza al que me ha enviado ...*» (Lc 10, 16); «... *id, pues, y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo lo que os he mandado. Y estad ciertos de que yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos ...*» (Mt 28, 19 - 20)

Este progreso doctrinal de la Iglesia, obra del Espíritu Santo, debería servir también para desmentir a los malintencionados que acusan a la Iglesia de estar «anclada en el pasado». Este mentís no sólo se centra en la doctrina mariológica, su alcance es mucho más amplio; podemos también incluir, dentro de la cristología, la devoción al Sagrado Corazón, a la divina Misericordia y otras devociones, que también representan un progreso en la Iglesia que Cristo fundó, y a la que transfirió el poder de enseñar y perdonar los pecados.

Veamos ahora brevemente este progreso, en el tema que nos ocupa: el culto a la Virgen María a lo largo de la historia, hasta llegar a nuestro tiempo y, más concretamente, a los tiempos de apostasía que se avecinan.

La Madre de Jesús:

Los evangelistas nombran a la Virgen de diferente manera, aunque, especialmente en los sinópticos, quedan muy claras, la virginidad, la maternidad y la obra del Espíritu Santo.

«... La concepción de Jesús tuvo lugar de esta manera: Estando desposada María, su madre, con José; y antes de que conviviesen, se halló haber

concebido María por obra del Espíritu Santo ...» (Mt 1, 18)

«... fue enviado el ángel Gabriel de parte de Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una Virgen desposada con un varón llamado José, de la casa de David, y el nombre de la Virgen era María ...» (Lc 1, 26 - 27)

«... se celebró una boda en Caná de Galilea. La madre de Jesús estaba entre los invitados ...» (Jn 2, 1)

«... Después bajó a Cafarnaúm, con su madre, sus parientes y discípulos permaneciendo allí no muchos días ...» (Jn 2, 12)

«... Como viese Jesús a su madre y al discípulo que amaba, que estaba allí, dice a su Madre: Mujer he ahí a tu hijo. Después dice al discípulo: He ahí a tu Madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa ...» (Jn 17, 26 - 27)

Estas son las fuentes evangélicas en general, aunque la que más nos interesa a efectos de la consideración de la Virgen como Madre nuestra, e incluso, «Madre de la Iglesia» (Vaticano II) es esta última de san Juan, al pie de la cruz. En el Nuevo Testamento es nombrada nuevamente como Madre de Jesús en los Hechos de los Apóstoles, tras la Ascensión y a la espera de la venida del Espíritu Santo (Hech 1, 14). La Biblia tiene otros lugares en los que proféticamente se alude a la Virgen María sin mencionarla. El relato más conocido corresponde al Génesis, al mostrar Dios la enemistad entre la serpiente y la mujer. El lenguaje es simbólico, pero la afirmación es taxativa: *«... yo pondré enemistades entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya: ella aplastará tu cabeza y tú acecharás su calcañar ...»* (Gen 3, 15).

Aquí la mujer será una descendiente de Eva, no se especifica más, pero hoy sabemos, gracias a este progreso doctrinal que el Espíritu Santo promueve en la Iglesia católica, que esta mujer, preservada del pecado original por una gracia extraordinaria, sería la Madre del Mesías. Y esta «predestinación» estuvo en la voluntad de Dios desde la eternidad.

Los atributos definidos por la Iglesia católica

A sí vemos la función de María en el advenimiento de Cristo en humildad, para redimirnos del pecado, y hasta aquí no suele haber mucha controversia, al menos entre los creyentes. Pero Dios tenía previsto para ella otra misión, igual de excelsa, pero más gloriosa si cabe. Esta visión gloriosa de María se atisba ya en toda la devoción popular en el mundo entero. Tenemos imágenes y advocaciones de la Madre de Dios tan diferentes

como diferentes son las personas que las veneran. A veces se hace incluso difícil reconocer en estas imágenes, llenas de mantos y adornos, a la figura humana de María, la que contemplamos en la humildad de Nazaret, o las tremendas de la Pasión que al pie de la Cruz recibe de su Hijo el encargo de ser madre nuestra. Pero no importa, Dios mismo lo ha querido así en su Providencia. Las advocaciones populares de la Santísima Virgen acercan a los hombres a Dios de una forma tan profunda que hay que estar verdaderamente ciego para no reconocerlo.

Por su parte, la Iglesia la definió como Madre de Dios, como Inmaculada Concepción, como Asunta en cuerpo y alma, Madre de la Iglesia y ha avalado las advocaciones tales como la del Carmen y otras muchas cuya relación se haría interminable.

Los últimos tiempos

PERO la Virgen María, por su pertenencia (como también se admite en san José) al orden hipostático, es decir la unión de las naturalezas en Cristo, está llamada a participar junto al Cordero del Apocalipsis, al Cristo triunfante que ha de venir a juzgar a las naciones y a defender a los pecadores de la acusación del «enemigo del género humano».

Esta acción de la Virgen María en su misión maternal sobre todos los hombres, tras las palabras de Jesús en la cruz, aparece a lo largo de la historia de la Iglesia con todo el esplendor que ya hemos mencionado al referirnos a la infinidad de advocaciones con las que es venerada en todo el mundo. Pero es que además, esta Madre Virgen que, por designio de la Providencia, dio a luz a Cristo en humildad en Belén, será también ella, glorificada ya sobre todas las criaturas, la que traerá nuevamente al mundo al que ha de venir «en gloria y majestad».

San Luis M^a Grignon de Montfort, apóstol incansable de la devoción a la Virgen María, afirmaba en el siglo XVIII, que la devoción a María sería especialmente el auxilio de los cristianos de los últimos tiempos.

«... 35. María ha producido, por el Espíritu Santo, la mayor obra que se haya producido o que pueda producirse jamás, que es un Dios Hombre, y consiguientemente ella producirá las mayores cosas que haya en los últimos tiempos. La formación y la educación de los grandes santos que habrá hacia el fin del mundo, le está reservada; porque sólo esta excelente y milagrosa Virgen puede producir, en unión del Espíritu Santo, cosas grandes, extraordinarias, en la Iglesia de Jesucristo ...»

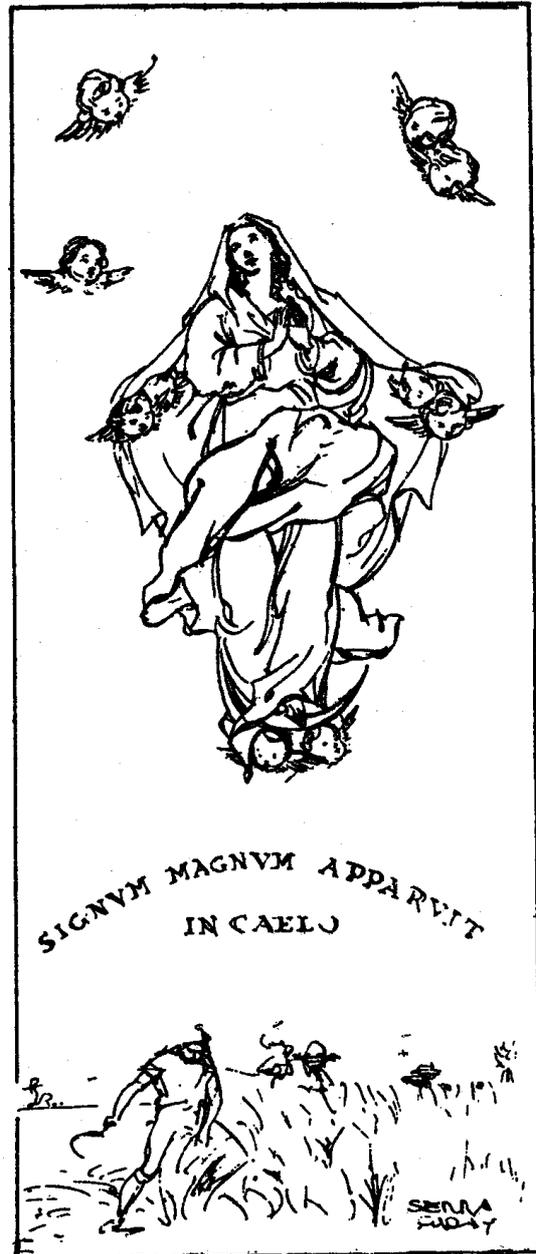
«... 51. De estas últimas y crueles persecuciones del demonio, que se aumentarán diariamente hasta el reino del Anticristo, debe principalmente entenderse aquella primera y célebre predicción y maldición de Dios, lanzada contra la serpiente en el paraíso terrestre, que aquí es oportuno explicar para gloria de la Santísima Virgen, salvación de sus hijos y confusión de Satanás ...»

Las apariciones

No se puede hablar de la Virgen María en nuestros tiempos, sin hablar de las apariciones. Es un signo evidente de estos últimos dos siglos, y su mención es obligada si se quiere ser fiel y riguroso al analizar la influencia de la devoción a la Virgen María en la conversión de los pecadores, y la santificación de los conversos. Hoy más que nunca María interviene según el mandato «... he ahí a tu hijo ...» Desde hace unos doscientos años, la Virgen María está presente, públicamente, en la salvación de los hombres. En los últimos tiempos, su intervención directa es visible.

No es doctrina canónica. La fe en las apariciones de La Salette, Lourdes, Fátima, la Medalla Milagrosa, etc., por citar sólo algunas de las que la Iglesia ha respaldado, no es obligatoria por mandato, si bien sería una imprudencia temeraria rechazarlas. Pero aunque las primeras de ellas que han tenido repercusión pública, se remontan a poco más de doscientos años (Lourdes ha cumplido su bicentenario este pasado año 2008), no se deben olvidar que las locuciones y visiones místicas se remontan a toda la historia de la Iglesia, y hemos de recordar el caso de Guadalupe, en 1531, y que convirtió a ocho millones de nativos mejicanos a la fe. Recordemos además el caso muy especial que se venera en España en la basílica del Pilar en Zaragoza. Esta aparición se dice fue «en carne mortal» porque la Madre de Jesús vivía aún, probablemente en Jerusalén, cuando se apareció a Santiago apóstol durante su evangelización por la Hispania romana de entonces. Fue por tanto, propiamente, una bilocación. Pero las apariciones de nuestro tiempo tienen un carácter ciertamente distinto.

Estas apariciones marianas de los últimos tiempos han representado una «acción directa» de la Madre de Dios en la conversión de pecadores, y consuelo de afligidos. Es muy singular esta acción, que en cada caso ha ocasionado tremendas controversias con las autoridades civiles y, frecuentemente también con algunos eclesiásticos que se han mostrado opuestos, e incluso hostiles, a esta acción directa de la Virgen María.



Esta oposición de las autoridades civiles tiene bastante lógica dado el entorno político, posterior a la Revolución, en que se han desarrollado. Es curioso que, especialmente las de Lourdes y Fátima, ponían muy nerviosos a alcaldes y gobernadores que las consideraban un acto contra lo establecido, a lo que hoy día se denomina de forma tópica «políticamente correcto».

Pero lo que sorprende es que, en ocasiones, son eclesiásticos los que más allá de la lógica prudencia, se oponen con cierta energía. Y no porque pudieran parecer visiones ilusorias o equívocas, sino porque rechazan directamente su posibilidad. Da la sensación de que, a veces, a personas incluso consagradas, la posibilidad de la acción directa de la Virgen María les causa desasosiego. Son ciertamente oposiciones escasas, pero muy notables y que Dios permite sin duda para probar la fe de los creyentes

que, a veces, han de respetar prohibiciones o limitaciones por pura obediencia.

La historia de Lourdes nos ha mostrado, como contraste, el caso ejemplar del párroco Peyramale que, no creyendo al principio en la autenticidad de las apariciones, analiza con objetividad y con fe los hechos de la cueva de Massabielle y finalmente, con inspirado discernimiento de espíritus, defiende a la vidente e informa favorablemente a su obispo. Y aun así, en el caso de Peyramale, cuando creía ya en las apariciones, al despedir a Bernadette cuando marcha hacia el convento, le pregunta una vez más a la santa sobre su sinceridad en la visión de la Señora, es decir, le cabe aún alguna duda de la propia vidente, pero él no duda de que la Virgen María puede estar obrando en Lourdes en favor de sus devotos. Las prohibiciones, en este caso, procedían de las autoridades civiles.

Pero en algunas ocasiones no es así. Los hay que se resisten porque, para ellos, no es posible que Nuestra Señora convierta más gente que el «ordinario del lugar». Esto ha ocurrido, y está ocurriendo, en apariciones recientes en las que la Iglesia no se ha pronunciado ni dado su aprobación, aunque debido a los frutos evidentes de fe y santidad, ha tolerado un culto genérico a la Madre de Dios, aún sin darle autenticidad al hecho concreto de las apariciones a unos videntes. Pero esto no debiera extrañarnos; a veces la Providencia lo permite, como hemos dicho, para dejar patente la importancia de la fe del Pueblo de Dios. ¿Cómo no va a producir frutos de conversión y santidad la entrega filial a María Santísima, esta Madre de Dios y Madre nuestra, cuya devoción la Iglesia siempre ha recomendado?

Ciertamente que hace falta un mínimo discernimiento para descartar los casos de histeria y falsas devociones que a veces aparecen, en sospechosa imitación de las verdaderas (el Maligno suele intentarlo en ocasiones). Pero la devoción mariana y la fidelidad al magisterio de la Iglesia suelen bastar para este discernimiento del que hablamos:

«... Por sus frutos los conoceréis. ¿Se cogen, acaso, uvas de los espinos o higos de los abrojos? Todo árbol bueno da buenos frutos y todo árbol malo da frutos malos ...» (Mt 7, 16 - 17)

Los mensajes proféticos

No es una característica general de las apariciones y mensajes marianos, pero desde Fátima, la Virgen María ha dado mensajes proféticos. Recordemos las advertencias sobre la guerra mundial, la expansión del comunismo, y el anuncio de su final. También el llamado «tercer secreto» de Fátima, que tras un largo período de tiempo, fue finalmente publicado por mandato del papa Juan Pablo II. En él se contenía un mensaje escatológico referente a la persecución que la Iglesia habrá de sufrir (y de hecho está ya sufriendo) en estos tiempos que han de venir.

Pero no es, como sabemos, lo único ni lo más importante de esta acción de la Virgen María sobre el pueblo fiel. Las últimas apariciones, aún en curso de estudio por la Santa Sede además de este sentido profético son también un inagotable torrente de gracias y de frutos de conversión.

Es innegable que el pueblo cristiano y piadoso, el devoto fervoroso del Corazón de Jesús, vive en la esperanza de su reinado de justicia y de caridad. ¿Pero sabe el pueblo piadoso, en realidad, lo que espera? ¿Qué se promete, por ejemplo, el pueblo español cuando confía en la conocida promesa hecha al padre Bernardo de Hoyos? ¿Qué cuando a voz en cuello entona «Corazón santo, tú reinarás»? Por lo demás, ¿quién le inspira esta creencia? ¿es el Espíritu Santo o es una pura ilusión popular? Desde luego, hay que reconocer que en el pueblo cristiano se infiltran a las veces vanas opiniones y hasta supersticiones ridículas. Pero dado que un espíritu discreto sabrá fácilmente distinguir entre aquellas mentiras transitorias y localizadas, y esta esperanza general que lejos de desvanecerse con el tiempo, va creciendo, ¿será esta diferencia prueba suficiente de intervención providencial del Espíritu de Dios?

Inclinará no poco la balanza en favor del influjo de Dios en la difusión y consolidación de la piadosa esperanza, la indiscutible autoridad de las revelaciones de Paray, de donde toma su origen. ¿Qué es la piadosa creencia sino una interpretación razonable de las promesas de Paray?

Ramón Orlandis, S.I.
«El arco iris de la "Pax romana"»,
Cristiandad, núm. 54, 15 de junio de 1946

El padre Agustín de Cardaveraz, recordado en la revista «Cristiandad»

IGNACIO M^a AZCOAGA BENGOCHEA

COMO colofón al artículo titulado «El padre Agustín de Cardaveraz, místico del siglo XVIII», publicado en los números de marzo y abril de este año, a continuación se recogen algunas referencias de artículos monográficos publicados en esta revista sobre el padre Cardaveraz, sin pretender recoger todas y cada una de ellas.

En efecto, no es desconocida la persona y obra del padre Agustín de Cardaveraz para los lectores de esta revista. Así, en el año 1973, José Manuel Zubicoa en el número de junio-julio de 1973 (p. 166) en el artículo «Orígenes de la devoción al Corazón de Jesús en España», dice: «Había nacido el P. Cardaveraz en Hernani (Guipúzcoa) el 28 de diciembre de 1703; el 20 de agosto de 1721 fue recibido en el noviciado de Villagarcía de la Compañía de Jesús; sus directores fueron los padres Loyola y Calatayud. Durante el curso 1726-1727, en su primer año de teología en el colegio de San Ambrosio de Valladolid, lee el libro del padre Galliffet y se convierte a esta devoción. Recibe muchas inteligencias y favores del Sagrado Corazón, que le eleva a los más altos grados de la mística; el 11 de septiembre de 1729 Jesús le introduce en su Corazón y, 18 días después, celebra los desposorios místicos con Nuestro Señor y desde entonces se apellida “de Jesús”. Se trata de un gran místico español del siglo XVIII, hoy casi completamente desconocido. Se dedicó a las misiones populares y fue, por tanto, un hombre de acción apostólica centrado en la extensión del culto al Sagrado Corazón; él pronunció el primer sermón acerca de esta devoción en España, el 11 de junio de 1733, víspera del día del Sagrado Corazón, en Bilbao».

En el número de CRISTIANDAD de junio-julio (pág. 3) del año 2004, Luis Comas en el artículo «Recuerdos y legado del padre Agustín de Cardaveraz: Su estancia en Bilbao (1731-1734)» describe con detalle lo relativo al sermón antes citado. «Una de las fiestas más celebradas es el Corpus Christi, así como su octava. Es usual en esos años que el Ayuntamiento de la Villa encargue el sermón a un predicador. En 1733, para la fiesta de la octava, el 11 de junio, recibe este encargo el padre Agustín de Cardaveraz». Por este motivo escribe a su amigo y dirigido, el hermano Bernardo de Hoyos, para que le dé traslado de lo correspondiente a la institución de la fiesta del Corpus, y la revelación y dificultades que para

ella hubo, como lo refiere el padr Galliffet en el tomo *De cultu Cordis Iesu*.

De este acontecimiento nos ha dejado noticia el propio padre Cardaveraz en la obra *Jesu Cristo gure Jaunaren Biotz gucziz santuaren devocio, ta bederatzi urrena* («Devoción y novena del Sacratísimo Corazón de Nuestro Señor Jesucristo»). En esa obra escribe Cardaveraz: «*Bilboco Uri noblean lenengo, nerequico, Jesus en Biotzaren Festa au Pulpituan aditcera emanzan, ta guero laster Españan*» (En la noble ciudad de Bilbao en primer lugar, se dio a conocer en el púlpito esta fiesta al Corazón de Jesús por mí mismo y luego enseguida en España).

El padre Ramière, S.J., segundo fundador e impulsor del Apostolado de la Oración, ciento cincuenta años más tarde, para conmemorar la efemérides, pronunció un sermón, en la parroquia de los Santos Juanes, titulado «El Apostolado de la Oración, apostolado del Corazón de Jesús». Aún en el año 1983, a los 250 años de distancia, tuvo lugar un acto conmemorativo con la presencia del obispo de la diócesis de Bilbao.

En el número de CRISTIANDAD de julio-agosto-septiembre-octubre de 1983 (pág. 161) se reprodujeron unos artículos que el padre José Ramón Eguillor, S.J., había publicado en la revista *Manresa* para dar a conocer la persona y obra de este místico jesuita del siglo XVIII que titula «Escritos espirituales del P. Cardaveraz». En cuanto a la semblanza espiritual, dice el padre Eguillor que «se puede resumir así:

1) Fue un gran asceta de los Ejercicios espirituales de san Ignacio.

2) Fue místico de primera categoría, comparable con los más grandes.

3) Cuando se hallaba en las más altas cumbres de su mística y próximo ya a su ordenación sacerdotal, tuvo las primeras visiones del Sagrado Corazón de Jesús, con lo cual y con lo que después se siguió en esta línea se hizo acreedor al título de primer vidente y apóstol en España del Sagrado Corazón en la forma de culto moderno que, cincuenta años antes, había quedado trazada en Francia con Sta. Margarita M.a Alacoque y el Bto. Claudio la Colombière.

4) Además de su papel y de su labor personal, providencialmente se vio preparado para colaborar con los superiores en la dirección espiritual del joven Bernardo de Hoyos, y –llegado el momento oportuno–

tuno— la de provocar la vocación de éste para ser el apóstol «oficial» —llamémosle así— del culto del Sagrado Corazón de Jesús en España»

Después, el padre Eguillor transcribe algunos escritos de las denominadas «cuentas de conciencia» del padre Cardaveraz. Son unos escritos que los directores espirituales pedían en ocasiones a sus dirigidos. Los directores del padre Cardaveraz, el padre Loyola y el padre Calatayud, así lo hicieron con Agustín. Transcribe primero un resumen autobiográfico que se encuentra en el archivo de Loyola; segundo, la descripción que hace al padre Loyola de la visión del Corazón de Jesús, que tuvo lugar el 11 de septiembre de 1729; tercero, un resumen de gracias místicas; cuarto, una carta que escribió a los padre Loyola y Calatayud, el 7 de octubre de 1729, tres meses antes de su ordenación sacerdotal en la que relata el haber tenido una visión en la que el Corazón de Jesús le dejó pasar a su interior y donde dice: «tuve altísimas inteligencias y entendí experimentalmente grandes misterios»; y relata los dones místicos de que se vio colmado en aquella ocasión por virtud del Corazón de Jesús.

En el número de CRISTIANDAD de enero-febrero de 1990 (pág. 23) publiqué «Un Rosario dedicado a san José», que compuso en euskera el padre Cardaveraz, consistente en tres oraciones dedicadas a san José para sustituir a las empleadas en el Rosario dedicado a la Virgen, para rezarlas en alguna ocasión especial dedicada a san José, no para sustituir al Santo Rosario.

En el número de enero-febrero de 1991, con motivo de conmemorar el cuarenta aniversario de la bendición de la imagen del Sagrado Corazón de Jesús del monte Urgull de San Sebastián, escribí un artículo titulado «El padre Cardaveraz y la devoción al Corazón de Jesús en el País Vasco» (pág. 23). En él se recuerda que «El padre Cardaveraz en junio de 1727 celebró por primera vez la fiesta del Sagrado Corazón y ese verano refiere, en sus escritos, haber tenido visiones claras del mismo Corazón. Es de notar que en las primeras visiones el Sagrado Corazón se le aparece como adolescente o niño, lo cual tuvo una repercusión en sus misiones por el País Vasco, pues varias parroquias de Guipúzcoa y Vizcaya, como las de Idiazabal, Abalcisqueta, Santa María de San Sebastián y Marquina, representan al Sagrado Corazón como adolescente».

En dicho artículo se recogen datos de la incansable labor y los frutos de su misión apostólica por todo el País Vasco, y así de 1735 a 1755 dio más de ciento cincuenta misiones y fundó gran número de congregaciones y cofradías del Sagrado Corazón de Jesús: se conocen actas fundacionales de varios pueblos y de algunas, como de la de Zaldibia, se guarda el original en el archivo de Loyola. «La primera con-

gregación del Sagrado Corazón, en Vizcaya, con bula e indulgencias de Roma, la fundó en el año 1738 en la villa de Elorrio; en Guipúzcoa, la primera fue la de Tolosa; y en Álava, la de Salvatierra».

En ese artículo, y con el objeto de conocer la exposición de la devoción al Corazón de Jesús que hacía el padre Cardaveraz, se transcribieron algunos fragmentos de su obra *Christauaren bicitza* («La vida del cristiano»), traducción de la obra castellana del padre Gerónimo Dutari, con unos apéndices de prácticas de piedad entre las que se encuentra la devoción y novena al Corazón de Jesús.

A modo de ejemplo, transcribimos el siguiente:

Biotz onen guganaco Amorio cabu, ta neurri gabe, ecin guciago alaco au, al degun becela ezagutu, ta adoratcea, oni beroni jarraitcea, ta oni gure biotzac betico ematea, da Devocio onen izate, edo substantia eguiazcoa, onen bicia, anima, ta Espiritu gucia. Cer Devocio santuago, bearrago, ta ederragoric, au baño?

(El ser o verdadera substancia, la vida, alma y todo el espíritu de esta Devoción, es que conozcamos, en la medida de nuestras posibilidades, el Amor inconmensurable de este Corazón para con nosotros, y que le adoremos, sigamos y le entreguemos para siempre nuestros corazones. ¿Puede haber alguna devoción más santa, más necesaria y más hermosa que ésta?)

Valgan estas referencias, que no son las únicas en las que aparece citado el padre Agustín de Cardaveraz en la revista CRISTIANDAD, para recordar y homenajear a quien tanto bien hizo con su labor apostólica. Murió en honor de santidad en el año 1770, cerca de Bolonia, en el destierro, tras la expulsión de los jesuitas por Carlos III.

En el número de CRISTIANDAD de junio-julio de 2004 (pág. 8), hice una reseña de la que es posiblemente la última obra publicada sobre el padre Cardaveraz, *Cuentas de conciencia*, realizada por el sacerdote historiador José Ignacio Tellechea Idígoras con ocasión del tercer centenario de su nacimiento.

Los escritos que Tellechea ha recogido en esta oportuna y magnífica obra «proceden de los años de noviciado hasta el final de sus estudios de teología, y están perfectamente fechados: comienzan el año 1723 y finalizan el año 1728; ocupan, por tanto, un breve espacio del tiempo de su vida, que duró 67 años. No obstante, son los años en los que Dios modela su alma, al modo divino, y le otorga una serie de gracias singulares y dones místicos, entre los que hay que destacar el haber sido uno de los escogidos por el Corazón de Jesús para darse a conocer física y místicamente y, mediante ello, formar el primer grupo de los grandes apóstoles de la devoción al Corazón de Jesús en España».



Pequeñas lecciones de historia

El Cura de Ars (VI): El camino hacia el sacerdocio (2)

GERARDO MANRESA

No cejó en su empeño el abate Balley y corrió hacia Lyon, a buscar al señor Groboz, secretario del arzobispo de Lyon, que había recibido la primera confesión y le había dado la primera comunión a Juan M^a, y con él fueron al despacho del vicario general, que el día anterior había preguntado al pretendiente al sacerdocio. Volvió a insistir sobre el alumno, quizás el menos instruido, pero sin duda el más virtuoso, apoyado en esta ocasión por el señor Groboz. El señor Bochard se dejó convencer y prometió que estudiaría el asunto, pero no le dio tiempo el señor Balley, le pidió con insistencia que fuera a examinarle a su rectoría de Écully, pues Juan M^a se había desconcertado con el tribunal; debería llevar también al director del seminario.

Tranquilizado Juan M^a con esta decisión, al día siguiente respondió muy bien a las preguntas que se le hicieron. El abate Bochard quedó gratamente impresionado, pero no era él quien debía tomar la decisión.

Tras la batalla de Leipzig, en que rusos, austríacos, alemanes, suecos e ingleses habían invadido Francia, Napoleón, en abril de 1814, firmó su abdicación. Su tío, el cardenal Fesch, arzobispo de Lyon, junto con la madre de Napoleón, huyó a refugiarse junto al papa Pío VII, a quien el sobrino había humillado. Al abandonar la diócesis, el primero de los vicarios mayores se había hecho cargo de su gobierno. Era él, pues, quien tenía que decidir sobre la suerte de Juan María Vianney. No faltó quien le dijo que este aspirante no entendía más que su lengua materna y que había que desesperar de que entendiera el latín.

El vicario general se sentía inclinado a la indulgencia y se preguntó si la situación sacerdotal de la archidiócesis era la más favorable para dejar perder sacerdotes. Apenas hacía dos años, en Navidad de 1812, para librarles del servicio militar, el cardenal-arzobispo había admitido «en masa» a «todos los alumnos del primer año de teología, y de todos los demás cursos no ordenados aún de subdiáconos». Estos alumnos no pasaron el examen previo de admisión según los sagrados cánones, pero el cardenal había declarado que todo individuo que tuviera veintidós años y que no se presentase al subdiaconado, sería por ello excluido del seminario, lo cual equivalía a decir que tendría que ir al servicio militar. Esto motivó una protesta del superior del seminario de San Ireneo, pero el cardenal Fesch temía que, estando Napoleón en Rusia, se precisaran jóvenes para el ejército y de esta forma evitaba que los aspirantes al sacerdocio de su diócesis pudieran ser requisados. ¿Acaso no podía el vicario general, en funciones de

arzobispo, hacer lo mismo en un caso especial? El señor Courbon, bueno y sencillo, se limitó a preguntar:

—¿Es Juan María piadoso?... ¿Es devoto de la Santísima Virgen?... ¿Sabe rezar el Rosario? —Sí, es un modelo de piedad. —¿Un modelo de piedad? —Pues bien, yo le admito. La gracia de Dios hará el resto.

¡Nunca estuvo el señor Courbon más inspirado!

Este fue el camino de san Juan María Vianney hasta el sacerdocio. Humanamente no había por donde cogerlo, pero siempre el Señor mira, como en el caso de su Madre, la pequeñez de su esclavo y desde ahora todas las generaciones le llamarán bienaventurado porque el Señor ha obrado grandes cosas en él.

Recibió la noticia de que el día 2 de julio, fiesta de la Visitación, recibiría Juan M^a las órdenes menores y el subdiaconado. La autoridad diocesana le dispensaba de los intersticios canónicos. ¡Qué *tedium* se cantó este día en la casa parroquial de Écully!

El día 2 de julio fue para él un día de gran júbilo, pues aquel día recibía por primera vez el cáliz que contendría la sangre de Cristo y también hizo los votos de castidad y obediencia a su obispo.

El año siguiente Juan M^a se quedó junto al señor Balley en la parroquia de Écully, sin ir al seminario, con permiso de los superiores. La Providencia veló también en esta decisión pues, por causa de la vuelta de Napoleón, y con ello, del cardenal-arzobispo y de las tensiones políticas dentro del seminario, pues los seminaristas eran mayormente favorables al Rey que a Napoleón, no hubo paz en aquel curso y, en cambio, sí la pudo vivir Juan M^a con su maestro y prepararse así para el sacerdocio más intensamente.

Después del diaconado volvió el señor Bochard el curso siguiente a Écully a examinarlo, comprobando los progresos que había hecho aquel año. El examinador le interrogó por espacio de más de una hora sobre difíciles puntos de moral, quedando muy satisfecho de sus respuestas y admirando la claridad y precisión de las mismas. Se decidió que el nuevo diácono iría a hacer ejercicios espirituales y después iría a Grenoble para ser ordenado sacerdote, pues en Lyon no había obispo, pues el cardenal-arzobispo había huido a Roma, de nuevo.

Bajo un ardiente sol de agosto, Juan M^a partió al alba a pie, con su hatillo, desde Lyon a Grenoble. Parecía tener alas. ¡Por fin iba a cumplir su gran deseo! Fue ordenado sacerdote el día 13 de agosto de 1815.

«¡Oh, el sacerdote es algo grande!, decía. ¡No, no se sabrá lo que es, sino en el cielo. Si lo entendiéramos en la tierra, moriría uno, no de espanto, sino de amor!»



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Las reliquias de santa Teresita visitarán Sudáfrica durante el Mundial de fútbol

CON ocasión de la próxima celebración en Sudáfrica del Mundial de fútbol 2010 entre el 11 junio y el 11 de julio y en el marco de diferentes iniciativas pastorales de la Iglesia local, un grupo de jóvenes de la parroquia de San Francisco de Asís de Yeovil, un suburbio de Johannesburgo, «profundamente inspirados por la santa y su fe y animados por su “caminito” espiritual», ha solicitado la visita de las reliquias de santa Teresita del Niño Jesús a la capital sudafricana.

Un comunicado de la Conferencia de Obispos Católicos del Sur de África confirmó el pasado 5 de mayo que las reliquias llegarán a Johannesburgo el 27 de junio y recorrerán distintos puntos del país (Limpopo, Gauteng, Free State, Cabo Oriental y Cabo Occidental) hasta el 12 de julio.

El Papa en Fátima

Los pasados 11 a 14 de mayo han sido días intensos para el Santo Padre. Benedicto XVI realizó durante ellos su decimoquinto viaje apostólico internacional a Portugal en una visita que ha sido calificada en numerosos medios de comunicación de crucial para el actual pontificado. «En el pontificado de Benedicto XVI habrá un antes y un después de su peregrinación apostólica a Portugal», se ha escrito.

El mensaje del Papa en Portugal ha causado un fuerte impacto en muchos comentaristas religiosos pero no causará tanta sorpresa a quien esté familiarizado con el magisterio de los papas de los últimos dos siglos, desde Gregorio XVI hasta Juan Pablo II, ya que se encuentra en perfecta continuidad con las enseñanzas pontificias de los últimos pontífices.

Quizás una de las cuestiones tratadas por el Santo Padre que más repercusión ha tenido en los medios de comunicación ha sido la afirmación de que la Iglesia está sufriendo una dolorosa pasión, provocada en buena parte por los mismos cristianos. A la pregunta de los periodistas de si el mensaje de Fátima podía extenderse, más allá del atentado a Juan Pablo II, también al sufrimiento de los papas, Benedicto XVI afirmó que la gran visión del sufrimiento del Papa recogida en el mensaje de la Virgen

se refiere también al futuro de la Iglesia. «Es verdad que además del momento indicado en la visión referente al atentado a Juan Pablo II se habla de la necesidad de una pasión de la Iglesia, que naturalmente se refleja en la persona del Papa; pero el Papa está por la Iglesia y, por tanto, son sufrimientos de la Iglesia los que se anuncian. El Señor nos ha dicho que la Iglesia tendría que sufrir siempre, de diversos modos, hasta el fin del mundo. Lo importante es que el mensaje, la respuesta de Fátima, no tiene que ver sustancialmente con devociones particulares, sino con la respuesta fundamental, es decir, la conversión permanente, la penitencia, la oración, y las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad. De este modo, vemos aquí la respuesta verdadera y fundamental que la Iglesia debe dar, que nosotros, cada persona, debemos dar en esta situación. La novedad que podemos descubrir hoy en este mensaje reside en el hecho de que los ataques al Papa y a la Iglesia no sólo vienen de fuera, sino que los sufrimientos de la Iglesia proceden precisamente de dentro de la Iglesia, del pecado que hay en la Iglesia. También esto se ha sabido siempre, pero hoy lo vemos de modo realmente tremendo. (...) Y que la Iglesia, por tanto, tiene una profunda necesidad de volver a aprender la penitencia, de aceptar la purificación, de aprender, de una parte, el perdón, pero también la necesidad de la justicia. El perdón no sustituye la justicia. En una palabra, debemos volver a aprender estas cosas esenciales: la conversión, la oración, la penitencia y las virtudes teologales.»

Al escuchar estas palabras del Romano Pontífice no podemos pasar por alto aquellas palabras del Corazón de Jesús a santa Margarita María: «He ahí este Corazón, que ha amado tanto a los hombres, que nada ha perdonado hasta agotarse y consumirse para demostrarles su amor, y en reconocimiento, no recibe de la mayor parte sino ingratitud, ya por sus irreverencias y sacrilegios, ya por la frialdad y desprecio con que me tratan en este Sacramento de amor. Pero lo que me es aún mucho más sensible es que son corazones que me están consagrados los que así me tratan». Con el fin de corresponder a este amor y desagraviarle por las ofensas cometidas, el Señor le pidió a santa Margarita los obsequios de la consagración y reparación a este divino Corazón, prácticas que el magisterio pontificio ha recogido como «suma de toda la religión y norma de vida más perfecta.»

La devoción al Amor misericordioso de Jesús,

manifestada en el mensaje de Fátima, no se trata, pues, de una devoción particular más, como recuerda Benedicto XVI, sino que constituye «el acto de religión por excelencia». Y entre las prácticas de esta devoción, recuerda Pío XI, tiene la primacía y la parte principal el espíritu de expiación en tanto que nos dispone para que Dios acepte como agradable nuestra consagración. A esta reparación, hacer notar Pío XI en la *Misericordissimus Redemptor*, nos obliga tanto la justicia como el amor porque el perdón misericordioso no sustituye la justicia debida a nuestro Creador y Redentor.

Entrando de lleno ya en las palabras de Benedicto XVI encontramos también en la citada encíclica de Pío XI las claves para interpretar esta pasión de la Iglesia de que nos habla el Santo Padre. En efecto, en unas líneas ciertamente notables y dignas de ser meditadas, Pío XI nos recuerda, siguiendo a san Agustín, que «Cristo padeció cuanto debió padecer; nada falta a la medida de su pasión. Completa está la pasión, pero en la cabeza; faltaban todavía las pasiones de Cristo en el cuerpo. (...) Con razón, pues, Jesucristo, que todavía en su Cuerpo místico padece, desea tenernos por socios en la expiación, y esto pide con Él nuestra propia necesidad; porque siendo como somos “cuerpo de Cristo, y cada uno por su parte miembro”, necesario es que lo que padezca la cabeza lo padezcan con ella los miembros».

Sin embargo, el Papa no es pesimista. «El Señor, nuestra gran esperanza está con nosotros –ha exclamado Benedicto XVI–; en su amor misericordioso, ofrece un futuro a su pueblo: un futuro de comunión con Él». Somos realistas al constatar que «el mal ataca siempre, ataca desde el interior y el exterior, pero también que las fuerzas del bien están presentes y que, al final, el Señor es más fuerte que el mal, y la Virgen para nosotros es la garantía visible y materna de la bondad de Dios, que es siempre la última palabra de la historia». Y con este viaje el Santo Padre ha querido anticipar la próxima celebración del centenario de las apariciones de la Virgen María a los Pastorcillos, augurando que los siete años que faltan para esa conmemoración «puedan apresurar el preanunciado triunfo del Corazón Inmaculado de María a gloria de la Santísima Trinidad», un triunfo que precederá al prometido triunfo de Cristo sobre todos sus enemigos.

XVI sesión plenaria de la Academia de Ciencias Sociales

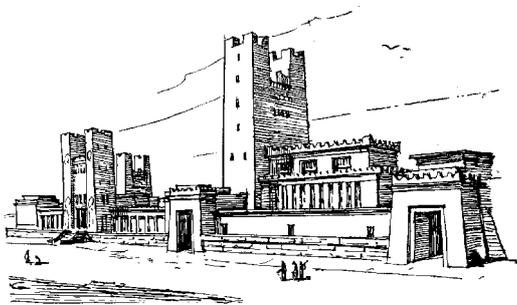
LA crisis económica global y una mirada para re proyectar el camino fue el tema principal de la recientemente concluida decimosexta sesión plenaria de la Academia Pontificia de las Cien-

cias Sociales. En dicho encuentro participaron cincuenta personalidades de diferentes países pertenecientes al mundo eclesial, académico, de negocios, financiero y de la sociedad civil, que se centraron en tres aspectos: los fracasos financieros, reguladores y morales de la actual crisis. Entre las conclusiones de la Academia podemos destacar las siguientes ideas:

«La actividad económica es un aspecto de la actividad humana y, por tanto, el análisis económico de la crisis debe centrarse en la consideración del hombre y los valores presentes en su comportamiento ya que “toda decisión económica tiene una consecuencia moral”. (...) El hombre vive hoy inmerso en un materialismo que le impide ver el horizonte de la trascendencia y donde lo cuantitativo ha sustituido a lo cualitativo, y cualquier elemento material que pueda ser medido, ponderado y valorado en términos monetarios, cancela toda consideración o referencia de carácter espiritual, referencias que se encuentran en el corazón del hombre, y que son las que configuran el empresario *sub specie aeternitatis*, empresario que es consciente de su proyecto de vida, un proyecto que tiende hacia Dios.»

«La economía no es el centro de la actividad humana y, ciertamente, no constituye la referencia que debe configurar la conducta de los hombres. (...) Existe una amplia gama de necesidades espirituales a las que el mercado no puede ofrecer una vía para garantizar su satisfacción. En estas necesidades, destaca claramente la de la gratuidad en lugar del intercambio. Debe percibirse en ellas la fraternidad que invade la relación afectiva, sin equivalencia en términos de compensación. (...) Ante el peligro del individualismo, la solución no es el colectivismo, sino más bien la apertura a la fraternidad. Aquí es donde el hombre disfruta de su condición humana, donde se abre a la gratuidad y donde él se siente el protagonista en la promoción del bien común. Una sociedad civil que desee ser fuerte sólo puede serlo mediante lazos de interdependencia que subordinen, sin coacción, el interés privado y exclusivo, con el bien común, como bien de todos y cada uno de los miembros de la comunidad. Este concepto, que abarca la familia humana en su totalidad, es el que puede proporcionar la solución a la falta de confianza que parece ser la piedra angular de la actual crisis.»

«La respuesta frente a la crisis es, en un número infinito de casos, la depresión y el desaliento, en lugar de la lucha que daría lugar a una acción decisiva para reducir sus efectos.» Y esto tiene su origen en buena parte en la educación ofrecida a los jóvenes. «No estamos formando personas, sino más bien profesionales, y a estos los formamos libres de compromiso con la sociedad en la que ejercerán sus funciones.»



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Iraq, camino de la erradicación de su pasado no musulmán

MUCHOS recordarán la decisión de los talibán de hacer volar por los aires, en 2001, los Budas de Bamyan, gigantes esculpidos en el siglo VI que daban testimonio de que hubo una época en la que ese territorio no formaba parte de Dar-el-Islam. Fue el tristemente famoso Mullah Mohammed Omar quien decretó la destrucción, acusando a las estatuas de ser ídolos prohibidos bajo la ley islámica o Sharia. La salvajada vino acompañada de numerosas censuras y críticas internacionales.

Ahora, en 2010, una parte del mundo musulmán, y no precisamente la que pasa a ojos occidentales como la más radical, continúa por los mismos derroteros. Nos referimos a la retirada de inscripciones judías grabadas sobre la supuesta tumba del profeta Ezequiel, en la ciudad de Al-Kifl, al sur de Bagdad, aprobada por la Administración iraquí dentro del plan para levantar una mezquita sobre la tumba. No obstante, lo que más choca del asunto no es el disparate musulmán (por desgracia, no es el primero y nos tememos que tampoco será el último), sino el silencio y la ausencia de reacción por parte de la prensa internacional.

Quizás el hecho de que se trate de un ataque sobre patrimonio judío haya influido en una época en la que el pueblo judío pierde apoyos, empujando por el actual presidente de los Estados Unidos. Es posible también que tenga un peso la voluntad de no remover un tema, como el de la progresiva expulsión de los judíos de los países árabes, que matizaría el discurso oficial palestino, siempre presto a recordar los miles de palestinos refugiados que debieron huir de sus hogares en 1948. Pero si bien aquí no se deben buscar falsas justificaciones, lo cierto es que el 60 % de los judíos israelíes provienen de familias expulsadas y privadas de sus bienes en los países árabes de Oriente Medio.

Por no apartarnos de Iraq, en 1948 la comunidad judía iraquí contaba con ciento cincuenta mil personas, mientras que hoy en día apenas quedan un puñado que algunos cifran en diez personas. Oriente

Medio corre, pues, hacia una hegemonía musulmana cada vez más aplastante, en la que los judíos se refugian en el pequeño Israel mientras los cristianos, o bien emigran a Occidente o bien, sencillamente, desaparecen.

El fin del Sarajevo multiétnico

SARAJEVO ha sido presentado hasta la saciedad como un símbolo, casi mítico, de la posibilidad de convivencia multiétnica, precisamente en una de las regiones del mundo en que esto parecía casi imposible: los Balcanes. Fue justamente esta la imagen que se empleó para legitimar la intervención militar occidental contra Serbia durante la guerra que azotó Bosnia a lo largo de la primera mitad de la década de los noventa del siglo XX. Los serbios y los croatas bosnios, por su parte, argumentaban que los musulmanes bosnios, lejos de ser inocentes, eran la cuarta columna de un islam cuya huella ya se había dejado sentir en el pasado. Estas voces cayeron en el olvido y la interpretación corriente en Occidente insistió en presentar a los bosnios musulmanes como víctimas ante los salvajes agresores serbios. Sin embargo, algunas de las noticias que llegan desde aquel país parecen dar la razón, aunque sea póstuma, a quienes advertían del verdadero carácter de este enclave musulmán en plena Europa.

La islamización bosnia viene de lejos: cuando la guerra se inició, en 1992, el 19 % del ejército bosnio no era musulmán; al acabar, en 1995, este porcentaje había caído a un 3 %. Además, se habían unido a ese ejército hasta cuatro mil mujaidines extranjeros que intensificaron la islamización creciente de la población bosnia. La realidad es que lo que se nos quiso presentar como un estado multiétnico, a duras penas podía ocultar su carácter cada vez más musulmán.

Acabada la guerra, una parte no despreciable de las ingentes cantidades de dinero occidental que llegaron a la Bosnia de Itzebegovic para su reconstrucción fue destinada a construir mezquitas a lo largo de todo el territorio, mientras muchas iglesias, arrasadas durante el conflicto, permanecían

en ruinas. Por su parte, Arabia Saudí ha reconocido haber destinado hasta mil millones de euros a actividades islámicas en Bosnia, entre las que destaca el Centro Rey Fahd en la misma Sarajevo. La única condición saudí: que el dinero se empleara en promover el wahabismo, la corriente radical islamista que estuvo en el origen de Arabia Saudí y que está también en la génesis de algunos de los más mortíferos conflictos que han sacudido el mundo durante las últimas décadas, como la guerra de Chechenia.

La islamización creciente no ha cesado desde entonces: las fiestas del final del Ramadán han sido declaradas fiestas estatales, mientras toda representación navideña es marginada, incluyendo la prohibición de utilizar la imagen de Santa Claus en las guarderías infantiles. Por el contrario, la educación religiosa musulmana ha sido introducida desde los cursos de parvulario, a pesar de las protestas de los padres no musulmanes. En uno de los barrios con menos población musulmana de Sarajevo, Ciglane, se ha construido una nueva mezquita, desoyendo una vez más las protestas de los vecinos.

La presión islamista es creciente: el director del Festival internacional de teatro de Sarajevo ha sido acusado de inmoral debido a que el festival se desarrolló este año durante el mes de Ramadán. El director del festival internacional de cine se ha apresurado a avisar de que su evento no coincidirá con el mes de Ramadán.

Para redondear este panorama hay que contemplar un hecho altamente simbólico: el reciente funeral del general del ejército bosnio, el musulmán Rasim Delic, condenado por crímenes de guerra, que recibió tratamiento de funeral de Estado, con participación del gobierno bosnio en pleno. Cada vez se ve con mayor claridad que el mito del Sarajevo multiétnico no ha sido nada más que una herramienta para desterrar el cristianismo de la región y entregarla al islam.

¿Veremos una Irlanda islámica?

LA misma fórmula parece un disparate, pues el rasgo que ha dado identidad y que ha conformado Irlanda desde su origen es precisamente su fe católica. No obstante, el clima de secularización y apostasía creciente y la aplicación de una serie de políticas nefastas en el modo comunitarista de tratar a la aún pequeña pero creciente población musulmana, importadas de la vecina Inglaterra, hacen que el activismo islámico en la catolicísima Irlanda haya dejado de ser un fenómeno extravagante.

Lo cierto es que la tradicionalmente neutral Irlanda se ha convertido en refugio de los musulmanes más radicales en Europa. Dublín es uno de los centros más activos de los Hermanos Musulmanes, gracias a la tolerancia del Gobierno irlandés y a los millones saudí; los niqabs y las burkas aparecen cada vez más en las calles dublinesas. Eso sí, la división que siempre ha acompañado al islam se está reproduciendo también en este islam irlandés, en el que las tensiones entre chiíes y suníes no cesan de crecer, en lo que parece un remedo del conflicto entre católicos y protestantes que desgarró la isla en el pasado.

Pero la presencia musulmana en Irlanda no se limita a inmigrantes, predicadores y estudiantes. Un miembro de Al-Qaeda, el argelino Abbas Boutrab, vivió en Dublín antes de ser detenido y la emisora Radio Telefis Eireann, que emite también desde la capital irlandesa, está dirigida por un libio de nacimiento pero irlandés de nacionalidad, Ibrahim Buisir, a quien se le han encontrado también vínculos con la organización de Osama bin Laden. Todavía tendrá que llover mucho hasta poder ver una Irlanda islámica pues la fe cristiana aún no ha dicho su última palabra, pero que la tierra de san Patricio se ha convertido en una cómoda base para el islamismo interesado en desestabilizar los países europeos ya es, por desgracia, una realidad.

Testamento del beato Pío IX

«¡Qué he de pensar, hijo mío! Mira: estoy contemplando dulcemente los quince misterios que adornan las paredes de esta sala, que son otros tantos cuadros de consuelo. ¡Si vieses cómo me animan! Contemplando los misterios de gozo, no me acuerdo de mis dolores; pensando en los de la cruz, me siento confortado en gran manera, pues veo que no voy solo en el camino de dolor, sino que delante de mí va Jesús, y cuando considero los de gloria, siento gran alegría, y me parece que todas mis penas se convierten en resplandores de gloria. ¡Oh, cómo me consuela el rosario en este lecho de muerte.» Dirigiéndose después a los que le rodeaban, dijo: «Es el rosario un evangelio compendiado y dará a los que lo rezan los ríos de paz de que nos habla la Escritura; es la devoción más hermosa, más rica en gracias y gratísima al Corazón de María. Sea éste, hijos míos, mi testamento para que os acordéis de mí en la tierra.»



emos leído

ALDOBRANDO VALS

La tragedia de la escuela católica

El cada vez más habitual en estas páginas Juan Manuel de Prada ha osado escribir en ABC lo que muchos pensamos pero no suele expresarse abiertamente. Resulta difícil, por no decir imposible, comprender lo que ha sucedido en nuestro país si no consideramos la profunda debacle de la educación católica:

«Colegios católicos, cantera de líderes», rotulaba ayer este periódico un magnífico –y, acaso sin pretenderlo, estremecedor– reportaje de Blanca Torquemada en el que se desempolva la infancia y adolescencia de diversos dirigentes políticos españoles que estudiaron con curas y monjas. En realidad, el rótulo que mejor hubiese casado con el reportaje hubiese sido: «Colegios católicos, cantera de líderes anticatólicos», a la vista del ganado que en él se concitaba; pero basta el eufemismo de «cantera de líderes» para designar la tragedia de la escuela católica, cuya razón de ser no es otra que la de erigirse en «cantera de discípulos»; y no del liberalismo, ni del socialismo, ni del feminismo, ni de cualquiera de los «ismos» o idolatrías políticas establecidas, sino discípulos de Cristo. «Dejad que los niños se acerquen a mí», dice Jesús en cierto pasaje muy divulgado del Evangelio; pero cuando se comprueba que muchos niños que pasan por la escuela católica son quienes luego, de adultos, más se alejan de Cristo y más afanosamente trabajan para que otros también se alejen, uno empieza a considerar que tal vez la escuela católica debería empezar a aplicarse la admonición que hallamos en el mismo pasaje evangélico: «Al que escandalizare a uno de estos pequeños, más le valdría encajarse una rueda de molino y arrojarse al mar».

En su reportaje, Blanca Torquemada afirma que las solici-

tudes de ingreso para los colegios católicos son «aluvión»; y ensalza el «predicamento de los colegios católicos, que consolidaron su prestigio y sus altos niveles de exigencia académica y se mantienen como referente de la educación de calidad en España». Pero si el prestigio de la escuela católica ha de justificarse por su nivel de exigencia académica y por el número de las solicitudes de ingreso es porque ha extraviado su razón de ser; pues, por mucho que fatiguemos el Evangelio, no encontraremos pasaje alguno en el que Cristo hable de exigencia académica o de aluvión de solicitudes. Más bien al contrario, descubrimos que a sus seguidores no los buscó precisamente entre los letrados; y, desde luego, tampoco puede decirse que hubiera un «aluvión de solicitudes» para incorporarse al número de sus discípulos. Una escuela católica en la que escasearan las solicitudes de ingreso y donde la exigencia académica fuese más bien escasa tendría razón de ser, con tal de que fuera verdadera «cantera de discípulos»; en cambio, una escuela católica convertida en cantera de líderes anticatólicos que luego se dedican a combatir el Evangelio de Cristo en la política, los medios de comunicación, la cultura o la empresa carece de razón de ser, por mucho que la desborden las solicitudes de ingreso y por elevada que sea su exigencia académica. Si la sal se vuelve sosa, ¿quién podrá salar el mundo?

El reportaje de Blanca Torquemada incluye declaraciones de los religiosos que se encargaron de la formación de estos líderes anticatólicos ante las cuales uno no sabe si reír (con una risa nerviosa y mohína) o llorar (con lágrimas como las de Getsemaní). La monja que enseñó religión a Bibiana Aído, por ejemplo, asegura que la ministra que compara ponerse tetos con abortar y niega la pertenencia al género humano de los niños que se gestan en

el vientre de sus madres quiere a las monjas con las que estudió «algo exagerado»; y que «los valores de la familia de Nazaret fueron el fundamento de su educación, y eso queda». Como hemos de suponer que la hermana en cuestión no es una cínica, tenemos que concluir que vive en la inopia. Que es, exactamente, lo contrario de lo que se nos reclama en el Evangelio: «Estad despiertos y vigilantes». Pero sospecho que la escuela católica lleva mucho tiempo viviendo como las vírgenes necias de la parábola; y así se ha convertido en cantera de líderes anticatólicos.

India: la música gregoriana me llevó a Cristo

En este año sacerdotal, abrumados por los casos de sacerdotes indignos, no nos vendrá mal conocer lo que constituye la normalidad de miles de vocaciones al sacerdocio en las que se refleja la santidad. Algunas han sido dirigidas por caminos poco frecuentes, como la de este joven indio de la que se hace eco Spero News:

Gaurav, un joven gujarati converso fue cautivado por la música gregoriana, que despertó en él una búsqueda de la belleza. Gaurav Shroff nació el 30 de diciembre de 1972 en el Hospital de la Sagrada Familia en Nueva Delhi («suelo bromear con mis padres acerca de que «Sagrada Familia» ya era una pista sobre mi futuro»). Su infancia la pasó en Bethesda, MD (un suburbio de Washington DC), cuando su padre trabajaba para el Banco Mundial. La familia regresó a la India cuando tenía alrededor de 6 años, donde asistió al St Xavier's Loyola Hall, un colegio en Ahmedabad, donde se inscribió al coro de la escuela. Su único conocimiento sobre los cristianos era que no hablaban gujarati o hindi con fluidez y que

enterraban a los muertos, algo que lo intrigaba.

Al describir su propia educación religiosa, Gaurav explica: «Mi padre trabajaba en el Banco Mundial y más tarde fue el editor del *Economic Times*. Mi madre fue la primera recaudadora mujer de Gujarat. Si hubo un énfasis, éste estuvo en los valores tradicionales indios, si bien mis padres abrazaron ideales y valores humanistas seculares. Sin embargo, fue a través de mi abuela como conocí las antiguas historias de la religión hindú, las epopeyas del Mahabharata, el Ramayana y el Bhagavad Gita».

«Fue la estética», afirma Gaurav. «La belleza de la música sacra me tenía embelesado desde mi primera experiencia en una Eucaristía en el colegio de San Xavier, en Mumbai, el 15 de agosto, día de la Independencia india y de la fiesta de la Asunción. La sublime música de la misa, sin duda, me convenció de la presencia de Dios, y el canto gregoriano elevó mi espíritu, creando en mí una sensación de reverencia por lo sagrado. Me sentí atraído instintivamente por la belleza estética de la Eucaristía y esta experiencia llenó mi corazón de inmensa alegría.»

Este joven, idealista, occidentalizado y con 18 años, hindú de casta alta, que había estudiado música clásica indostánica, comenzó a estudiar historia de la Iglesia, en un intento de entender «lo que podía haber inspirado el genio de grandes músicos para componer algunas de los grandes obras clásicas en honor a la Divinidad y a poner su arte al servicio de la liturgia».

Gaurav pasaba horas estudiando los libros en la Biblioteca de San Xavier, aprendiendo por sí mismo latín en los misales de antes del vaticano II para así aprender y entender los cantos gregorianos: el Credo, el Gloria, las otras partes de la Misa.

Tan fascinado estaba por la música sacra que asistió a la misa del Gallo ese mismo año en la Catedral del Santo Nombre, acompañado por su padre. Al interesarse cada vez más en la liturgia, sus amigos lo invitaron al Triduo Pascual del año siguiente, con la advertencia de que no

debía recibir la Sagrada Comunión.

Por lo tanto, en 1991, Gaurav fue a la Misa de la Cena del Señor en la catedral del Santo Nombre. «Nada me había preparado para el lavatorio de los pies». Contemplé con asombro cómo el arzobispo Simon Pimenta se arrodilló y lavó los pies de doce hombres. Yo nunca había presenciado tanta humildad en un líder espiritual». Comencé a reflexionar sobre la naturaleza de estos sacerdotes, algo que significaba un extraño concepto para mí.

El Viernes Santo, ya que sus amigos sólo lo habían excluido de la comunión, se decidió a venerar la Cruz. «Cuando me arrodillé y besé la cruz, recuerdo vívidamente la voz clara en mi corazón que me decía: “Yo morí por ti”, y comencé a llorar sin vergüenza, y aunque yo no entendía lo que significaba, yo estaba seguro de que Cristo Crucificado me amaba. Ya no se trataba sólo de música, sino que quería aprender más acerca de este Jesús. O bien Jesús estaba completamente loco o es que era Dios».

Empezó a leer todo lo relacionado con la fe católica, la Biblia y asistía con regularidad a la misa dominical. En 1993, Gaurav fue a un retiro en el que pasó la noche orando a solas ante el Santísimo Sacramento. «Sentí con fuerza la presencia de Dios, el profundo amor de Dios hacia mí, y en la oscuridad fui iluminado: mi vida pertenecía a Jesús, para conocerlo, amarlo y servirlo. Ésta era mi misión y vocación. Me sentí llamado a ser sacerdote».

«También tuve una charla muy seria con mi familia sobre mi decisión de ser católico y ser bautizado. Mientras no cortes los lazos familiares y no vayas haciendo proselitismo agresivo, tienes nuestra bendición, fue la respuesta de mi padre». El 15 de agosto de 1994, en la fiesta de la Asunción, Gaurav fue bautizado en la iglesia de San Pedro, en Bandra, acompañado de 20 amigos.

Dos semanas después de su bautismo, Gaurav llegó a los Estados Unidos y encontró un clima intelectual de sospecha hacia la Iglesia católica. «Dios siempre fue fiel, y bajo la protección de su Santísima Madre, perseveraré en la fe».

«Los siguientes cuatro años de

mi vida fueron el tiempo en que Dios me permitió ver mi realidad: pero, incluso en momentos de crisis, la vocación al sacerdocio persistió. Así que, con el fin de tratar de discernir el plan de Dios en mi vida, en 1998 comencé un segundo Master en Estudios Religiosos, en la Universidad de Carolina del Sur, y obtuve una maestría en ciencias de la religión, con especialización en el Nuevo Testamento, en 2001».

Ese mismo año empezó a trabajar a tiempo completo en el Centro de Estudiantes Católicos St. Thomas More de la Universidad de Carolina del Sur como ayudante, siendo responsable de la catequesis de la pequeña parroquia de la Universidad. Su celo evangelizador le llevó en 2006 al noviciado de los padres paúles en Washington, DC.

«En 2006 a mi padre le diagnosticaron cáncer de pulmón en estado avanzado. Siempre he tenido una estrecha relación con él, y esto fue devastador. Fue justo antes de entrar en el noviciado, y tenía que pasar unos meses con él antes de salir para Washington. La generosidad de Dios no conoce límites y pude estar en la India durante sus dos últimas semanas de vida».

En 2007 discernió que Dios lo llamaba al sacerdocio diocesano y volvió al sur de Estados Unidos, a la archidiócesis de Atlanta. Después de un tiempo de trabajo pastoral en la diócesis, fue enviado al Mount St. Mary's Seminary en Emmitsburg, Maryland, en 2008. En la actualidad, está terminando el primero de sus cuatro años de estudios teológicos en el seminario, y «si Dios quiere, voy a ser ordenado diácono en 2012 y sacerdote en 2013 en la archidiócesis de Atlanta».

«La intervención de Dios a los pies de la cruz en 1991 cambió el curso de mi vida para siempre. La evangelización y la vocación de los laicos será la principal pasión de mi ministerio como sacerdote diocesano. Espero que, a través de mi vocación, proclame el amor de Cristo crucificado a la gente y que lleve a la gente a Jesucristo, para que lleguen a conocerlo en una íntima y profunda relación, porque Él es la fuente de todo amor y felicidad».

San Antonio M.^a Claret y el mensaje de Fátima

CRISTIANDAD dedicaba el número del 15 de mayo de 1950 a la insigne figura de san Antonio María Claret, canonizado el 7 de aquel mismo mes, y hacía especial hincapié en su devoción mariana. El padre Claret fue el apóstol fervoroso, el propagador ardiente del Inmaculado Corazón de María. Esta fue su arma de combate preferida, el centro de sus predicaciones, el eje en torno al cual hacía girar las más altas esperanzas de conversión del mundo lanzado ya, en su tiempo, por la pendiente naturalista que le había de conducir a la postración moral inmensa de nuestros días. Sus campañas por todos los rincones de Cataluña primero, y luego por otras regiones españolas y la archidiócesis de Cuba tenían el sello mariano marcado con carácter indeleble. El Rosario, su instrumento de apostolado predilecto, fue difundido y ensalzado en todas sus largas correrías de misionero, persegui-

dor de almas, inquieto siempre por el bienestar social fundado en el amor a Dios a través del amor a su Madre. El padre Claret tuvo esta visión de los males futuros. Y de cómo la humanidad estaba necesitada de un Corazón en que centrar sus afectos y abocar sus esperanzas.

El mensaje de Fátima fue una solemne confirmación de este sobrenatural remedio y de esta esperanza también sobrenatural. Cuando Pío XII consagraba hace casi setenta años el mundo al Corazón Inmaculado de María, hacía más patente la excelsitud de la soberana doctrina del amor que el Santo español difundiera con celo fervoroso. Este recuerdo de la figura del santo obispo se hace actualidad en este mes en que Su Santidad Benedicto XVI acaba de visitar Fátima y ha recordado la vigencia de su mensaje mariano. Este artículo que reproducimos era de Valentín Conejero, C. M. F.

I. Fátima

Fátima se abre a nuestras pupilas como la gran revelación del siglo xx. En el caos de un mundo agonizante por la asfixia materialista irrumpe la luz esplendorosa del cielo, del espíritu, de esa porción que trasciende lo rastrero de la materia. Hay algo superior a esto que vemos y palpamos. Nuestro ser no es sólo un puñado de polvo que después se llevará el viento. Palpita en la arcilla de nuestro «Yo» algo divino, algo que no puede encontrar su fin en las cosas creadas.

Este es el significado general de la gran revelación de Fátima: un destello de sobrenaturalismo que ilumina la tiniebla densa del mundo materialista y grosero.

El Corazón de María quiere reivindicar los valores de espiritualidad encarnados en el misterio de nuestra vida.

«*Mi pueblo es el cielo*», dice la Señora a Lucía. Y añade: «*¿Queréis ofrecer al Señor, dispuestos a sacrificaros, y aceptar con gusto todas las penas que Él quiera enviaros, en reparación de tantos pecados con los que se ofende a la Divina Majestad, para alcanzar la conversión de los*

pecadores, y en reparación de las blasfemias y de todas las ofensas hechas al Inmaculado Corazón de María?» Una encomienda: «*Rezad todos los días el Rosario con devoción para obtener la paz del mundo.*»

Ha transcurrido un mes. Los afortunados videntes esperan ansiosos junto a la encina de las apariciones. Quedan envueltos en un atmósfera divina. Se ilumina el primer secreto: «*Jesús quiere servirse de ti para hacerme conocer y amar. Él quiere establecer en el mundo la devoción a mi Corazón Inmaculado*»... y delante de la mano derecha de la Señora aparece un corazón rodeado de espinas que lo punzan por todas partes. Es el Corazón de María que pide penitencia y reparación.

Después de un calvario que puso a prueba la virtud de los videntes, amanece el 13 de julio saturado de expectación.

Por segunda vez enlaza el cielo la devoción al Inmaculado Corazón de María y la conversión de los pecadores: «*Sacrificaos por los pecadores y decid frecuentemente, en especial al hacer algún sacrificio: ¡Oh, Jesús, por vuestro amor, por la conversión de los pecadores y en reparación de las in-*

jurias cometidas contra el Inmaculado Corazón de María!»

Contemplan los videntes el drama trágico del infierno. Presa del espanto, clavan sus miradas en la celestial Señora y escuchan la encomienda de la Virgen: «*Habéis visto el infierno, adonde van a parar las almas de los pobres pecadores. Para salvarlos, el Señor quiere establecer en el mundo la devoción a mi Corazón Inmaculado. Si se hiciere lo que os diré, muchas almas se salvarán y vendrá la paz.*» Anuncia a continuación los castigos que amenazan al mundo. «*Para impedir esto vendré a pedir la consagración del mundo a mi Corazón Inmaculado y la comunión reparadora en los primeros sábados de mes.*»... «*Al fin, mi Corazón Inmaculado triunfará.*» Y concluye: «*Cuando recéis el rosario decid al final de cada decena: “Oh, Jesús, perdona nuestras culpas, preservadnos del fuego del infierno; llevad al cielo todas las almas, especialmente las más necesitadas de vuestra misericordia”*».

Creemos ociosos los comentarios. Penitencia, Rosario y Corazón de María son el resumen y compendio de las manifestaciones de Fátima. Oración penitente del Rosario, para desagrar al Corazón de María de los ultrajes que le infieren los pecadores.

II. Figura profética

El mensaje de Fátima es objeto de una singular profecía.

Transcurre el siglo XIX lleno de revolución y librepensamiento. Dios está de más en el entendimiento y corazón de españoles renegados. La religión de sus mayores es causa del atraso de la industria, comercio y de la hacienda. Por esto les halagan las doctrinas exóticas, importadas particularmente de Francia. Baja el nivel moral del pueblo. La propaganda antirreligiosa, avasalladora. El poder real, desprestigiado.

Es el marco histórico de nuestro héroe. Hemos recalado las sombras para que aparezca más esplendente su talle de profeta y apóstol.

A) Profeta de la penitencia

Esbochemos únicamente el hecho contentándonos con ideas generales. No queremos multiplicar citas que nos harían fastidiosos.

Se ha denominado al padre Claret el «Apóstol del siglo XIX». Este solo apelativo demuestra hasta la saciedad el papel principalísimo que en el siglo de la Revolución y de la decadencia religiosa en España jugaba el padre Claret. Misionero apostólico primero, su actividad queda circunscrita al Principado catalán. Incansable en sus predicaciones, hace

sus viajes a pie y no lleva dinero ni provisión, confiado en el Señor que cuida a las aves del cielo y viste los lirios del campo. Vive de limosna y no acepta nada en pago del sagrado ministerio. Es un renuevo auténtico de los apóstoles de Cristo. No hay púlpito de Cataluña que no se haya estremecido al oír la voz apocalíptica del predicador de la penitencia. Sus temas de predicación son las verdades eternas y los deberes del cristiano. El soplo de la Palabra divina remueve las cenizas que encubren la fe y el entusiasmo religioso del pueblo español.

Arzobispo de la metrópoli cubana, recorre incansable varias veces su extensa y difícil diócesis, como en los tiempos de sus correrías apostólicas por tierras catalanas. Esta actividad misionera es la traducción del lema que reza en su escudo pastoral: «*Charitas Christi urget nos*». La caridad de Cristo nos apremia. Este es el resorte de aquel gran Apóstol, que, incansable, en sus fatigosas misiones predica penitencia como otro Juan.

B) El Domingo de los tiempos modernos

Así se ha llamado también a Claret. No es piadosa exageración. Lo mismo que Domingo de Guzmán en sus campañas contra la herejía albigense, Claret esgrime el arma poderosa del Rosario para hacer frente a las herejías modernas del materialismo y comunismo. Así lo dice él explícitamente en sus apuntes íntimos.

Sus palabras, que aparecen en otro de los artículos del presente número, parecen una traducción del Mensaje de Fátima. Huelgan comentarios. A esta fecha se refiere sin duda lo que nuestro Santo escuchó de los labios mismos de la Santísima Virgen: «*En la devoción al Santo Rosario está basada la salvación de España.*»

¿Qué motivos pudo tener Claret para propagar la devoción del Rosario? Muchos. Se pueden catalogar, por su modalidad, en ordinarios y extraordinarios.

a) *Extraordinarios.*— Apariciones y locuciones de la misma celestial Señora. Dice Claret en sus apuntes íntimos de 1858: *El día 3 [octubre], a las cuatro de la madrugada, me dijo [la Virgen] lo que ya me tenía dicho antes, que yo había de ser el Domingo de estos tiempos en la propagación del Rosario, y luego escribí el librito del Rosario.*»

Cuatro años más tarde, a las 6.45 de la tarde del 6 de diciembre, refiere Claret en sus manuscritos: «*La Santísima Virgen me dijo que yo había de propagar la devoción del Santísimo Rosario, como lo hizo el venerable Alano de Rupe.*»

Estos y otros testimonios que podríamos aducir son el índice más elocuente de su actividad apostólica en la propagación del Rosario.

b) *Ordinarios*. – A estos motivos de carácter preternatural juntábanse otros de orden natural, redundancia en su espíritu de las enseñanzas recibidas por divina revelación. Así lo consigna él en diversas ocasiones en sus escritos. El Santo Rosario dice: «*Es la devoción más grata a Dios y a la Santísima Virgen, a la par que la más provechosa a todos los hombres, después de la Santa Misa.*»

«La devoción a María por excelencia; la más santa, más grande y agradable.» «El medio más poderoso, fácil y suave para disipar ignorancias, quitar errores y herejías.» «Un eficaz remedio para socorrer las necesidades del mundo y *conceder* [Dios] *las gracias que los mortales necesitan para salvarse.*» Porque mediante «la devoción del Santísimo Rosario se ha hallado remedio en las necesidades públicas de guerras, pestes, hambres y otras calamidades.»

Estas son las convicciones profundas de Claret. El Rosario era en su espíritu el remedio de las calamidades públicas y privadas, religiosas, sociales e individuales y el medio más apto de perfección y santificación personal.

c) *Obra apostólica de propaganda*. – Múltiples fueron los medios de que echó mano el Apóstol del Rosario. En la imposibilidad de hacer un recuento exacto de todos, nos parece apta la clasificación siguiente:

1) El ejemplo; 2) la palabra; 3) la pluma; 4) difusión y reparto de objetos religiosos; 5) asociaciones.

1. *Apostolado del ejemplo*. – Los ejemplos arrastran.

Esta verdad psicológica no podía pasar desapercibida al talento observador característico de Claret. El ejemplo es el arma que esgrime para inculcar la mortificación corporal, según afirma en la *Autobiografía*, y del ejemplo también se sirve para propagar la devoción al Rosario.

Quien tan altamente sentía de tal devoción debía traducirlo en realidades y más pesando sobre sus hombros la responsabilidad del Apóstol. Sentía ver-

dadera satisfacción en dirigir por sí mismo el rezo del Santo Rosario, y exhortaba a los sacerdotes a que también lo recitasen ellos en público, como se observa en su opúsculo «*Arte de misionar en las aldeas*». Su vida es un ejemplo continuo de devoción al Santísimo Rosario.

Apostolado de la palabra. – Su celo ardiente encontraba en este sabroso tema la fuente inagotable de su predicación. No daba misión en la que no incluyera una exhortación al rezo del Santo Rosario. «Después de 1840, en que dio principio a sus misiones, hasta 1850, en que fue consagrado arzobispo, y aun podemos decir hasta su muerte, su especial empeño para conservar el copiosísimo fruto que reportaban los pueblos de sus apostólicas predicaciones era recomendarles con mucha eficacia el rezo del Santo Rosario.» Y en el destierro, poco antes de su muerte, proponía: «*Lo que más inculcaré, oportuno et importuno, será enseñar y exhortar a rezar bien el Santo Rosario... Conversaciones. En la calle y donde se me presente ocasión, la materia será de religión, de los sacramentos, del Santísimo Rosario, etc.*».

Apostolado de la pluma. – No fue menos eficaz y extenso. No hay reglamento de vida en el que no inserte como ejercicio cotidiano el rezo del Santo Rosario. Así en las *Constituciones de Misioneros hijos del Inmaculado Corazón de María*, *Avisos a un sacerdote que acaba de hacer los Ejercicios*, *Ejercicios de San Ignacio*, *Manojito de flores*, *Reglamento de la Academia de San Miguel*, *Reglamento de los Capellanes de El Escorial*, etc.

Apostolado de la propaganda. – Mas sus escritos no quedaban en los rincones de los talleres de impresión: Juntamente con sus opúsculos repartía el Santo, gratis, innumerables objetos piadosos: Rosarios, medallas, estampas. Misionero por tierras catalanas, tenía sistematizada la propaganda de libros, hojas sueltas, etc. Ponía interés especial en propagar, junto con *El camino recto*, llamado por



Claret «Breviario del pueblo», el opúsculo *Misterios del Rosario*, y deseaba que llegara a todos los hogares de los pueblos por él misionados.

Apostolado de la asociación. – Conocía el Apóstol del Rosario la volubilidad e inconstancia del corazón humano. Quiso por esto apuntalar los entusiasmos del momento en el firme sostén de las asociaciones y cofradías del Rosario, que más tarde identifica y refunde con la Cofradía del Inmaculado Corazón de María.

Y, finalmente, hora es ya de desgranar unas ideas sobre el apostolado cordimariano de Claret. No intentamos dar una síntesis de su cordimariología. Sólo haremos resaltar sucintamente el aspecto que hace a nuestro caso: la conversión de los pecadores, función de la devoción al Corazón de María y al Santísimo Rosario, devociones que, íntimamente trabadas en la mente de Claret, constituyen el arma más eficaz de su apostolado.

III. Apóstol del Corazón de María

Es proverbial el amor de Claret al Corazón de María. Una frase de su autobiografía resume las ternuras de Claret con la Madre de Dios. «*María Santísima* –dice– *es mi madre, mi madrina, mi maestra, mi directora y mi todo después de Jesús.*»

Estas convicciones no podían menos de cristalizar en obras de apostolado cordimariano. Efectivamente; en su *Carta a un devoto del Purísimo e Inmaculado Corazón de María* da una síntesis de sus convicciones sobre el Corazón de la Madre de Dios y nuestra. «*Acabo de recibir vuestra estimadísima carta con que me pedís os diga alguna cosa para crecer cada día más y más en la devoción al Inmaculado Corazón de María. Querido amigo, no podíais pedir cosa más de mi gusto. Yo quisiera que todos los cristianos tuvieran*

hambre y sed de esta devoción. Amad, amigo mío, amad y amad muchísimo a María.» Expone después los motivos impulsivos de nuestro amor por el Corazón de María: «a) *Dios lo quiere*; b) *Ella lo merece*; c) *es un medio poderosísimo para alcanzar la salvación.*» «*María* –dice en el último apartado– *es la que obtiene la gracia justificante a los pecadores... Por esto los Santos Padres la llaman... el canal de la gracia y la dispensadora de las misericordias. Por esto se ha dicho que el ser devoto de María es una señal de predestinación, así como es una marca de reprobación el no ser devoto o adverso de María.*» Da la razón profundamente teológica de sus afirmaciones y concluye: «*Por tanto, amigo mío, después de Jesús hemos de poner toda nuestra confianza y esperanza de nuestra salvación en Ella. ¡Oh, dichoso el que invoca a María, el que acude al Inmaculado Corazón de María con confianza, que él alcanzará el perdón de los pecados, por muchos y por grandes que sean!*» Y cita las palabras de san Epifanio para corroborar su aserto: «*Unica peccatorum advocata; portus tutissimus, naufragantium omnium salus.*» Así sentía Claret del Corazón de María, y esta convicción es la clave para explicar su apostolado.

IV. Conclusión

Con profundidad teológica hermana Claret la devoción al Corazón de María y al Rosario; y estas devociones son el arma más eficaz de su apostolado en la obra de la conversión de las almas. La conclusión que de este desgrane esquemático de ideas aflora es evidente. Recordemos el mensaje de Fátima: Penitencia, Rosario, Corazón de María.

Repasemos la obra apostólica de Claret: Penitencia, Rosario, Corazón de María.

INTENCIONES DEL PAPA ENCOMENDADAS AL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN



Mayo

General: Para que se ponga fin al vergonzoso e inicuo comercio de seres humanos, que tristemente involucra a millones de mujeres y niños.

Misionera: Para que los ministros ordenados, las religiosas, religiosos y los laicos comprometidos en el apostolado, sepan infundir entusiasmo misionero a las comunidades confiadas a su cuidado.

Junio

General: Para que todas las instituciones nacionales y transnacionales se comprometan a garantizar el respeto de la vida humana, desde la concepción hasta su fin natural.

Misionera: Para que las Iglesias de Asia, que constituyen «una pequeña grey» entre poblaciones no cristianas, sepan comunicar el Evangelio y testimoniar con gozo su adhesión a Cristo.



LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

Este mes recomendamos:

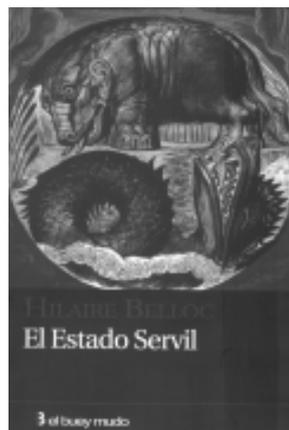


Cien oraciones anecdóticas

Autor: Carlos Moreno Pérez
Editorial: Vozdepapel
138 páginas
Precio: 12,00 €

La oración la «elevación de la mente a Dios para alabarlo o pedirle mercedes». Carlos Moreno Pérez nos hace ver y sentir con naturalidad que la oración no es algo limitado a un espacio sagrado o a momentos especialmente solemnes: cualquier ocasión de la vida cotidiana puede ser idónea para elevar la mente y el corazón hacia Dios: al cruzar una calle, degustando una

buena comida, durante una noche de insomnio, considerando la belleza –o la fealdad– de una mujer, en el hospital, al contemplar el esplendor de un paisaje...

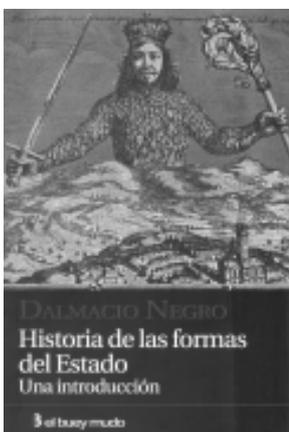


El Estado servil

Autor: Hilaire Belloc
Editorial: El buey mudo
176 páginas
Precio: 16,50 €

Nuestra sociedad, en la cual sólo unos pocos poseen los medios de producción, tiende a alcanzar una condición de equilibrio mediante la implantación del trabajo obligatorio. Los hombres serán divididos en dos clases: la primera, económica y políticamente libre, en posesión, ratificada y garantizada, de los medios de producción; la segunda, sin libertad económica ni política,

pero a la cual, por su misma falta de libertad, se le asegurará al principio la satisfacción de ciertas necesidades vitales y un nivel mínimo de bienestar.

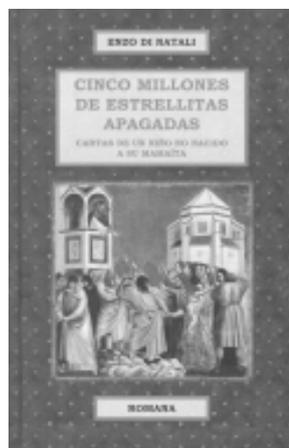


Historia de las formas de Estado

Autor: Dalmacio Negro
Editorial: El buey mudo
424 páginas
Precio: 23,50 €

Dalmacio Negro, una de las figuras más brillantes a nivel mundial en el campo del pensamiento político, acomete la clasificación de las formas de Estado desde el punto de vista de las ideas, destacando su evolución y su específico modo de ser. Un análisis fundamental no sólo para entender la actual deriva del Estado, sino también por cuanto

nos hace tomar conciencia de su naturaleza y de hasta qué punto determina las relaciones entre los ciudadanos.



Cinco millones de estrellitas apagadas

Autor: Enzo Di Natali
Editorial: Romana
107 páginas
Precio: 20,00 €

Un bello relato a favor de la vida del «nasciturus», articulado a través de una treintena de cartas que el no-nato dirige a su mamá en las que expresa su pensamiento de niño infortunado, al que se le ha negado la posibilidad de nacer. ¿De qué habla este niño que no ha visto la luz? Ante todo del amor inmenso que siente por su «mamaíta», centro de su mundo, de su hermosura y de lo maravilloso que habría sido abrazarla. «Yo vivo en tí».

CONTRAPORTADA

«Los católicos irlandeses han demostrado ser una fuerza motriz del bien»

A lo largo de la historia, los católicos irlandeses han demostrado ser, tanto en su patria como fuera de ella, una fuerza motriz del bien. Monjes celtas como san Columbano difundieron el Evangelio en Europa occidental y sentaron las bases de la cultura monástica medieval. [...]

A partir del siglo XVI, los católicos en Irlanda sufrieron un largo período de persecución, durante el cual lucharon por mantener viva la llama de la fe en circunstancias difíciles y peligrosas. San Oliverio Plunkett, arzobispo mártir de Armagh, es el ejemplo más famoso de una multitud de valerosos hijos e hijas de Irlanda dispuestos a dar su vida por la fidelidad al Evangelio. Después de la Emancipación Católica, la Iglesia fue libre para volver a crecer. Las familias y un sinnúmero de personas que habían conservado la fe en el momento de la prueba se convirtieron en la chispa de un gran renacimiento del catolicismo irlandés en el siglo XIX. La Iglesia escolarizaba, especialmente a los pobres, lo cual supuso una importante contribución a la sociedad irlandesa. [...]

En las últimas décadas, sin embargo, la Iglesia en vuestro país ha tenido que afrontar nuevos y graves retos para la fe debidos a la rápida transformación y secularización de la sociedad irlandesa. El cambio social ha sido muy veloz y con frecuencia ha repercutido adversamente en la tradicional adhesión de las personas a la enseñanza y los valores católicos. Asimismo, a menudo se dejaban de lado las prácticas sacramentales y devocionales que sostienen la fe y la hacen capaz de crecer, como la confesión frecuente, la oración diaria y los retiros anuales. También fue significativa en ese período la tendencia, incluso por parte de sacerdotes y religiosos, a adoptar formas de pensamiento y de juicio de las realidades seculares sin suficiente referencia al Evangelio. El programa de renovación propuesto por el concilio Vaticano II a veces fue mal entendido y, además, a la luz de los profundos cambios sociales que estaban teniendo lugar, no era nada fácil discernir la mejor manera de realizarlo. En particular, hubo una tendencia, motivada por buenas intenciones, pero equivocada, a evitar los enfoques penales de las situaciones canónicamente irregulares. En este contexto general debemos tratar de entender el desconcertante problema del abuso sexual de niños, que ha contribuido no poco al debilitamiento de la fe y a la pérdida de respeto por la Iglesia y sus enseñanzas. [...]

Hay que prestar también especial atención a la adoración eucarística, y en cada diócesis debe haber iglesias o capillas específicamente dedicadas a este fin. Pido a las parroquias, seminarios, casas religiosas y monasterios que organicen tiempos de adoración eucarística, para que todos tengan la oportunidad de participar. Con la oración ferviente ante la presencia real del Señor, podéis llevar a cabo la reparación por los pecados de abusos que han causado tanto daño y, al mismo tiempo, implorar la gracia de una fuerza renovada y un sentido más profundo de misión por parte de todos los obispos, sacerdotes, religiosos y fieles.

BENEDICTO XVI: Carta a los católicos de Irlanda
(19 de marzo de 2010)